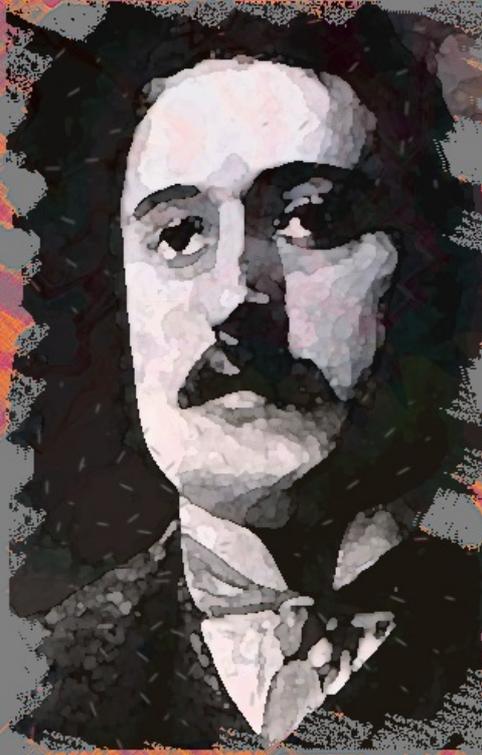


# El heresiarca



**GUILLAUME  
APOLLINAIRE**

**Guillaume Apollinaire**

**El Heresiarca y Cía.**

**[bajalibros.com](http://bajalibros.com)**

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-644-7

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

# ESTUDIO PRELIMINAR

En 1910, Guillaume Apollinaire publica con el editor P.-V. Stock El Heresiarca y Cía., colección de relatos de los cuales muchos ya habían sido dados a conocer en publicaciones periódicas: en 1902 y en 1903 en la Revue Blanche, La Grande France y en su propia Le Festín d'Esopo, en 1905 en Les Lettres Modernes, en 1907 en Verse et Prose. En diciembre de ese mismo año, en la votación para atribuir el Premio Goncourt, El Heresiarca y Cía., apoyado por Elémir Bourges, encabeza la primera vuelta, con tres votos. Pero el Premio recae finalmente en Louis Pergaud por su libro De Goupil á Margot, obra y autor que hoy casi nadie recuerdan.

En este desopilante libro de relatos <sup>1</sup> que, como toda la obra de Apollinaire, constituye un auténtico fermento de renovaciones estéticas que más tarde, durante el siglo, llegarían a ser encaradas y desarrolladas por el arte moderno, pueden rastrearse ya eficazmente muchas de las características –que luego serían peculiares– de su personalidad y de su obra. En primer lugar, y ya desde la primera página del primer cuento: "El caminante de Praga" ("Para mi asombro, los cinco primeros no conocían una sola palabra de alemán y sólo hablaban el checo. El sexto me escuchó sonriente y me contestó en francés. . . "), se hacen evidentes la peculiar riqueza y variedad con que el lenguaje, los idiomas del mundo, se cruzaban en él, hijo de madre polaca y padre probablemente italiano, nacido en Roma y afincado en París, auténtico descendiente de Babel. Esa permanente alusión a la bullente vitalidad de los idiomas europeos, que él gozaba como los buenos vinos viejos, se reitera una y otra vez a lo largo de El Heresiarca y Cía.. Así, en el cuento citado anteriormente, dice: "Los niños se insultaban en checo o en jerga hebrea". Y en el comienzo de "El judío latino": "... un violento campanillazo me despertó. Me incorporé jurando en latín, francés, alemán, italiano, provenzal y valón...". Para insistir más adelante: "...la traducción francesa que existe del Talmud es, al decir de los judíos alemanes o polacos, un monumento de la ignorancia de los rabinos franceses". Y en el mismo El Heresiarca: "Mi conocimiento demasiado superficial de los dialectos italianos no me permitió, por otra parte, comprenderlo del todo... ". Así como puede leerse en la primera de las "Tres Historias sobre Castigos Divinos": "O mejor aún, remedaban a su paso la obscena letra Z de un alfabeto mudo, que empleaban generosamente los nizardos, monegascos, turbiascos y mentoneses".

Vitalidad acuciante e indomable, que se extiende también por supuesto a las ciudades, los paisajes y los hombres. La aguda sensibilidad de Apollinaire, exacerbada desde su juventud por la experiencia propia de sus avatares familiares, que no sólo mezclaban en él diversas sangres y hasta lo hacían nieto de un camarleno del Papa, sino que lo llevaron a vivir de una forma a menudo trashumante, saltando de ciudad en ciudad, de país en país, haciéndolo –en contrapartida– conocedor y gustador de los hermosos y cambiantes rostros de la vida, ese elixir que nunca cesó de seducirle.

En segundo lugar, asoma aquí ya esa vena de desparpajo y de irreverencia, sutilmente teñida del más sano erotismo que, a las contradicciones de ser hijo y nieto de quien era y educado en un colegio católico, responde con la reducción al absurdo de muchos de los mitos que ya crujían en esa época: desde la infalibilidad pontificia hasta el bautismo antes de la muerte como absolución de todos los pecados, desde el Judío Errante hasta el Abogado del Diablo, desde las herejías por los mil y un motivos posibles hasta las mil y una posibilidades de relación de cristianos y hebreos. Todo ello sometido a la prueba de fuego de una lógica a la vez divertida e inflexible, legítima antecesora del mejor humor negro. Pero también al lirismo del mejor cuño, esa mirada nostálgica que, como bisagra entre dos tiempos, despierta melancólicamente al que se va mientras encara ávidamente el futuro.

Y, asimismo, se perciben aquí, palpitantes y actuando, muchas de las características que entretejen sin posibilidad alguna de separación la obra y la vida de Guillaume Apollinaire <sup>2</sup>. Del incesante vagabundeo de país en país y de idioma en idioma que constituyen, tanto su propia ascendencia como la infancia y la juventud que le tocó vivir, y también de su asombrosa capacidad para gozar todo y de todo, intrínseca a su manera solar de ser, y que todavía –en esa Europa que aún no había sido indeleblemente marcada por la Guerra Mundial– podía permitirse gozar de la vida sin otra preocupación que hacerlo a gusto, El Heresiarca y Cía. recoge el clima funambulesco, vibrante y abigarrado de los lugares y las gentes con que Apollinaire tuvo que convivir. Un pintoresco panorama de una humanidad que aún puede reír, tener sueños y esperanzas, preocuparse por los pequeños problemas de la sagrada vida cotidiana, beber a la salud de la amada o los amigos, enamorarse locamente y cantar locamente a la belleza.

Aunque, por supuesto, no sólo de eso se trata. Se trazan aquí, también, casi como jugando, buena parte de las direcciones que luego iba a retomar el espíritu contemporáneo. Cuentos tan magistrales y ricos como "¿Qué Vlo-ve? " o "La desaparición de Honoré Subrac", por no citar sino a los más tocantes,, bastan para colocar a su autor en primera línea, en cuanto a creatividad e invención. Sí no fuera que estos cuentos, además, por su clima y por su letra, no vienen sino a confirmar también por anticipado, a la manera de auténticos heraldos, lo que luego demostrarían sus dos magnos libros de poesía: Alcoholes y Caligramas. Uno sólo es el espíritu, el sentido y la significación de la obra toda de Apollinaire. Uno sólo es el clima que comparte, el clima que crea y que recrea, en uno y otro género: la exaltación generosa y fecunda de lo viviente, el emocionado homenaje a la gloria de estar vivo, un canto de amor universal exento de toda grandilocuencia y ampulosidad que, no por ser limpiamente general, deja de resultar a la vez –como debe ser– específico, peculiar, no menos limpiamente original. Y no menos original y limpiamente encarnado en un lenguaje, hecho evidencia viva y compartible. Hecho belleza y pasión, "razón ardiente" (como él mismo dijo, más que bien, en "La linda pelirroja"), que en su corta vida nunca llegó a desmentir.

Hijo natural de una joven polaca de veintinueve años, de cuyo padre se decía que era nada menos que camarleno del Papa, el 26 de agosto de 1880 es dado a luz en Roma un niño cuyo nacimiento no se registra sino cinco días más tarde,

bajo los nombres de Dulcigni Guillaume Albert, conservando su madre el anonimato. El 29 de setiembre la señorita Angélica de Kostrowitzky hace bautizar en la iglesia de San Vito, siempre en Roma, a un niño al que hace llamar Guillaume Apollinaire Albert. Y recién el 2 de noviembre del mismo año, ante escribano público, su madre se decide a reconocer como hijo natural suyo al niño antes llamado Dulcigni dándole, junto con el apellido materno de Kostrowitzky, los nombres de Guillaume Albert Wladimir Alexandre Apollinaire.

En 1882 la madre de Apollinaire alumbró un segundo niño: Albert. Y en 1885 su padre, que no es otro que el caballero italiano Francesco Flugi d'Aspermont, de unos cincuenta años, abandona a su amante, Angélica de Kostrowitzky, quien se va a vivir a Mónaco con sus dos hijos. En 1889, Guillaume entra al colegio católico Saint-Charles, donde conoce a Rene Dalize, "el más antiguo de mis camaradas" (según él mismo lo mencionaría en su imborrable poema "Zona").

No es difícil imaginar la dolorosa huella que todos estos avatares, que no hacían más que comenzar, han de haber dejado en el ánimo infantil del pequeño Guillaume, en una época y en un medio en que tales circunstancias no eran en absoluto lo habitual. Pero será inútil rastrear en toda su obra alguna referencia concreta a este asunto o alguna queja contra su padre. Como no se entienda justamente por tal esta ausencia total de referencias. Han de tomarse también a cuenta de ello (y de su innato espíritu burlón) las leyendas que sobre su origen él mismo no se preocupaba en desmentir, como la que lo hacía hijo de un sacerdote italiano, que en realidad no era más que un hermano de su padre. Con más que buen humor, una característica de toda su vida, Apollinaire aprende desde joven a burlarse sanamente de sí mismo, de las convenciones sociales o culturales, y también de las penas, aún de las más dolorosas.

Después de trabajar como preceptor de su hija con una rica alemana, la vizcondesa de Milhau, en 1902 se inicia tanto la fecunda actividad literaria de Apollinaire, colaborando en la *Revue Blanche*, como la serie de sus viajes y de sus amores, casi siempre desdichados, el primero de los cuales es la inglesa Annie Playden. En 1903 conoce a Alfred Jarry y a André Salmón, al mismo tiempo que publica su propia revista: *Le Festín d'Esopo*. Y, al año siguiente, continúan las amistades significativas: conoce a Picasso y a Max Jacob. En 1908 se enamora de una joven pintora: Marie Laurencin. Y sus amores y amistades lo llevan a la crítica de arte. Exalta a los nuevos artistas: Matisse, Van Dongen, Picasso, Braque, Dufy, Derain, Vlaminck, entre otros. Conoce al legendario Aduanero Rousseau, quien lo retrata en su famoso cuadro *La Musa* inspirando al poeta. En mayo de 1909 "*La Canción del Mal Amado*", uno de sus más imborrables poemas, aparece en la revista *Mercure de France*. Ese mismo año, dos jóvenes editores, los hermanos Briffaut, le encargan dos colecciones de textos libertinos o satíricos. Apollinaire las encara con todo cuidado y atención y, entre otros textos significativos, nace una antología del Marqués de Sade. El 7 de setiembre de 1911 es arrestado, bajo la acusación de un robo de estatuillas cometido en el Louvre. Pero el mismo día 13 es dejado en libertad. Y el 19 de enero de 1912 el juez reconoce finalmente la inocencia de Apollinaire. En otoño de 1912, Marie Laurencin decide cortar su relación con el poeta.

En la primavera de 1913 publica *Meditaciones estéticas*, primera obra consagrada a los pintores cubistas. Y a fines de abril aparece *Alcoholes*, uno de sus dos libros mayores de poesía. El 29 de junio adhiere al movimiento futurista desencadenado en Italia por Marinetti y redacta un agresivo manifiesto: *La Antitradición futurista*.

En julio de 1914 publica en *Les Soirées de París* –una revista en cuya fundación había participado– algunos de sus primeros caligramas, poemas de experimentación visual, que ya se han vuelto clásicos. El 31 de julio de ese año el gobierno anuncia la movilización general. El 3 de setiembre la ofensiva alemana amenaza París. Rechazado por su nuevo amor, Louise de Coligny-Chatillon, y privado de los recursos que le brindaba el periodismo, en diciembre se enrola para toda la guerra –aunque su nacionalidad no lo obligaba a ello– y se dirige a Nimes, donde es incorporado al 38° regimiento de artillería.

A comienzos de abril de 1915 parte hacia el frente, donde pocos días más tarde es ascendido a brigadier. En mayo, por carta, nace un idilio con Madeleine Pagés, una joven francesa residente en Oran (Argelia), con quien había viajado por azar a comienzos de ese año. El 10 de agosto pide la mano de la muchacha, que le es concedida.

El 20 de noviembre, ambicionando un nuevo ascenso, solicita ser trasladado a la infantería, sin duda más peligrosa, logrando el grado de subteniente en el 96° regimiento. El 17 de marzo de 1916, a eso de las 16 horas, en una trinchera de los bosques de Buttes, cerca de Berry-au-Bac, un obús lo hiere en la sien derecha, después de horadar su casco. El 18 de marzo es evacuado y operado a las dos de la mañana. A fines de abril, sus amigos, los editores Briffaut, publican *El joven asesinado*. El 9 de mayo, transportado a Auteuil, es trepanado por el doctor Baudet. En junio, la revista *Cabaret Voltaire* que publica en Zurich el grupo iniciador del dadaísmo, incluye un poema de Apollinaire.

El 21 de junio de 1917 el poeta Pierre-Albert Birot hace representar en Montmartre *Les Mamelles de Tirésias*, un drama al que su autor califica utilizando por primera vez el término surrealista. El 26 de noviembre, importante conferencia sobre el "espíritu nuevo".

En enero de 1918, una congestión pulmonar lo lleva de vuelta al hospital. En marzo aparece *Caligramas*, su segundo gran libro de poemas. El 2 de mayo se casa con Jacqueline Kolb, la "linda pelirroja" del poema inolvidable. Los testigos del novio son Picasso y Ambroise Vollard. A comienzos de noviembre contrae la "gripe española", y muere el día 9 de ese mes, a las 17 horas. Cuatro días después, el 13 de noviembre de 1918, es enterrado en el cementerio del Père Lachaise.

Son treinta y siete años, pues, de una vida intensa y paradigmática. Como si el destino hubiera querido convertir hasta a su misma biografía en una clara metáfora de que fue, el profeta del espíritu moderno, no bastan las anécdotas, los amores, los cenáculos, las revistas, los amigos, los movimientos, y aún los libros, para encerrar todo lo suyo, para

apresarlo o describirlo. Justamente el hábito de vida contagiosa y cálida, junto con el timbre purísimo de un lirismo siempre en su más alta tensión, son los que su palabra –y muy especialmente en sus poemas– han venido a dejarnos entrever. Que la literatura no está en absoluto separada de la vida, que la poesía es (como quería Tristan Tzara) nada menos que "una manera de vivir".

Si hay una leyenda Apollinaire no es el resultado de ninguna idealización más o menos castradora o de una propuesta automitificación. Delicada y firmemente respetuoso de una ética tan nueva como nueva era su estética, hay una coherencia tan nítida entre la vida, la conducta –literaria y humana– y la obra de Apollinaire, y al mismo tiempo es tan tocante su lirismo, tan cercano y feliz, tan compañero y a la vez tan exigente, que su legítimo resplandor no cesa de alumbrar –no sólo en el país que hizo suyo con su pluma y con su sangre– sino en el mismo ámbito que hoy ya podemos definir como "el mundo entero". ¿Es casual acaso que uno de los astronautas de Solaris, el inteligente filme del joven director soviético Andrei Tarkovsky, basado en la no menos exigente y lúcida novela de ciencia-ficción del polaco Stanislaw Lem, un auténtico adelantado del género, incluya entre las pocas cosas que lleva hacia el espacio misterioso un ejemplar de Alcoholes"? Pocos textos, pocas palabras, pueden hacernos sentir tan unidos a la Tierra, tan ligados a lo mejor de ella, tan humanamente humanos– valga la redundancia– y tan centrados en la vida, en lo mejor de la vida.

*Rodolfo Alonso*

## NOTAS

<sup>1</sup> Permítaseme llamar la atención sobre la calidad y la calidez de esta traducción de *El Heresiarca y Cía.*, realizada por nuestro compatriota Juan Esteban Fassio, un espíritu absolutamente libre y singular, casi secreto propulsor en nuestro medio de las más audaces experiencias de vanguardia, y que nos dejó hace pocos años.

<sup>2</sup> Cf. *El mundo de Guillaume Apollinaire*. Selección, traducción, prólogo y notas de Rodolfo Alonso. (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981).

*A Thadée Natanson,  
estos filtros fantásticos*

# EL CAMINANTE DE PRAGA

En marzo de 1902 llegué a Praga.

Venía de Dresde.

Desde Bodenbach, donde se halla la aduana austríaca, las maneras de los empleados del ferrocarril me demostraron que la rigidez alemana no existe en el imperio de los Habsburgo.

Cuando en la estación pregunté por el depósito de equipajes para dejar allí mi valija, un empleado me la quitó de las manos y, sacando de su bolsillo una papeleta muy ajada y grasienta, la partió en dos y me dio una mitad, recomendándome que la guardara cuidadosamente. Me aseguró que él, por su parte, haría lo mismo con la otra mitad, y que, haciendo coincidir las dos mitades de la papeleta, podría probar que era el propietario de la maleta cuando deseara reunirme con ella. Y me saludó, quitándose su desagradable quepí austríaco.

A la salida de la estación Francisco José, luego de desembarazarme de los mozos de cordel, que con obsequiosidad muy italiana y en un alemán incomprensible me ofrecían sus servicios, me interné por las viejas calles en busca de un albergue al alcance de mi bolsillo de viajero poco rico. Según una costumbre bastante inconveniente pero muy cómoda cuando se desconoce totalmente una ciudad, interrogué a varios transeúntes.

Para mi asombro, los cinco primeros no conocían una sola palabra de alemán y sólo hablaban el checo. El sexto me escuchó sonriente y me contestó en francés:

—Señor, hable usted en francés; detestamos a los alemanes mucho más que los franceses. Odiamos a esa gente que quiere imponernos su idioma y se aprovecha de nuestra industria y de nuestro suelo, cuya fecundidad produce de todo: vino, carbón, piedras finas y metales preciosos, sí, todo, menos la sal. En Praga sólo se habla el checo, pero cuando usted hable en francés los que sepan responderle lo harán con alegría.

Me señaló un hotel situado en una calle cuyo nombre se halla ortografiado de tal manera que se pronuncia Porjitz, y se alejó, reiterándome su simpatía hacia Francia.

\*\*

\*

Pocos días antes París había festejado el centenario de Víctor Hugo.

Pude constatar que no eran vanas las simpatías bohemias manifestadas en esa ocasión. En las paredes, hermosos carteles anunciaban las traducciones al checo de las novelas de Víctor Hugo, Las vidrieras de las librerías parecían verdaderos museos bibliográficos del poeta. En las vitrinas se hallaban pegados recortes de los diarios parisienses, que informaban sobre la visita del intendente de Praga y de los Sokols. Me pregunto aún cuál pudo ser el papel de la gimnástica en este asunto.

La planta baja del hotel que me habían indicado estaba ocupada por un café cantante. En el primer piso encontré a una vieja que, luego que hube discutido con ella el precio, me condujo a una estrecha habitación en la que había dos camas. Objeté que quería vivir solo. La mujer sonrió y me dijo que hiciese como mejor me pareciera, pero que de cualquier manera encontraría fácilmente una compañera en el café cantante de la planta baja.

\*\*

\*

Salí, con la intención de pasear mientras durara la luz del día y cenar luego en alguna hostería bohemia. Interrogué a un transeúnte, según mi costumbre. Y sucedió que éste también reconoció mi acento y me respondió en francés:

—Soy, como usted, extranjero, pero conozco bastante bien Praga y sus bellezas como para invitarlo a acompañarme a través de la ciudad.

Observé al hombre. Me pareció un sexagenario, pero aún lozano. Su vestimenta aparente se componía de un largo abrigo marrón con cuello de nutria, un pantalón de tela negra muy ajustado, que le moldeaba las pantorrillas, sin duda muy musculosas. Se cubría con un gran sombrero de fieltro negro, como los que llevan los profesores alemanes. Una vincha de seda negra ceñía su frente. Sus zapatos de cuero blando, sin tacos, hacían silenciosos sus pasos, regulares y lentos, como los de alguien que tiene un largo camino por delante y no quiere llegar a destino fatigado. Caminábamos sin hablar. Entre tanto, yo estudiaba el perfil de mi acompañante. El rostro casi desaparecía bajo la masa de la barba, de los bigotes y de los cabellos, desmesuradamente largos pero cuidadosamente peinados, de una blancura de armiño. Se distinguían, sin embargo, sus labios gruesos y violetas. La nariz era prominente, velluda y curvada. Cerca de un mingitorio el desconocido se detuvo y me dijo: —Disculpe usted, señor.

Lo seguí y vi que su pantalón estaba a punto. Cuando hubimos salido me dijo: —Mire usted esas antiguas casas; conservan las insignias que las distinguían antes de que se las numerara. Esta es la casa de la Virgen, aquella la del Águila, aquella otra la casa del Caballero.

—Sobre el portal de esta última se hallaba grabada una fecha.

El viejo la leyó en alta voz:

—1721. ¿Dónde estaba yo entonces...? El 21 de junio de 1721 llegué a las puertas de Munich.

Lo escuchaba hablar, asustado, creyendo haber topado con un loco. Me miró y sonrió, descubriendo sus mejillas

desdentadas. Continuó de esta manera:

–Llegué a las puertas de Munich. Pero parece que mi cara no gustó a los soldados de la guardia, pues me interrogaron de manera harto indiscreta. Como mis respuestas no les satisficieron, me sujetaron y me llevaron ante los inquisidores. Aunque mi conciencia estaba limpia, no me sentía muy tranquilo. Durante mi camino, la figura de San Onofrio, pintada en el frente de la casa que actualmente lleva el número 17 de la Marienplatz, me aseguró que por lo menos viviría hasta el día siguiente. Porque esta imagen tiene la propiedad de conceder un día de vida a quien la mira. Es cierto que para mí esa visión tiene escasa importancia; poseo la irónica certidumbre de sobrevivir. Los jueces me pusieron en libertad y, durante ocho días, me paseé por Munich.

–Sería usted muy joven por entonces –dije, por decir algo–, ¡muy joven! Con tono indiferente me respondió: –Uno o dos siglos más joven. Pero, salvo la ropa, mi aspecto era el mismo que hoy. Por otra parte, no era esa mi primera visita a Munich. Antes, había estado allí en 1334, y siempre recuerdo dos cortejos que encontré. El primero estaba formado por arqueros que conducían a una mujerzuela que desafiaba valientemente al griterío popular y llevaba con realce su corona de paja, diadema infamante en cuya punta tintineaba un cascabel; dos largas trenzas de paja descendían hasta las pantorrillas de la hermosa joven. Llevaba las manos encadenadas, cruzadas sobre el vientre, que avanzaba venéreamente, a la moda de esa época, en que la belleza de las mujeres consistía en parecer encintas. Por otra parte, esa era su única belleza. El segundo cortejo era el de un judío condenado a la horca. En medio de la multitud que aullaba, atestada de cerveza, marché hasta la horca. El judío tenía la cabeza cubierta con una máscara de hierro pintada de rojo. Esta máscara simulaba una figura diabólica, cuyas orejas tenían, a decir verdad, la forma de los cucuruchos que, bajo el nombre de orejas de asno, se coloca a los niños malos en la cabeza. El peso de la nariz, prolongada en punta, forzaba al desgraciado a marchar encorvado. Una lengua inmensa, chata y enroscada, completaba ese incómodo juguete. Ninguna mujer tenía piedad del judío. A ninguna se le ocurrió enjugar su cara sudorosa bajo la máscara, como aquella desconocida que enjugó el rostro de Jesús con el lienzo llamado Santa Verónica. Como la plebe observara que un sirviente del cortejo llevaba por las riendas a dos grandes perros, exigió que fueran ahorcados uno a cada costado del judío. Esto pareció un doble sacrilegio, desde el punto de vista de la religión de esa gente, que hizo del judío una especie de Cristo afligente, y desde el punto de vista de la humanidad, ¡porque yo, señor, detesto a los animales y no soporto que se los trate como a hombres!

–¿Es usted israelita, verdad? –pregunté simplemente.

El respondió:

–Soy el Judío Errante. Sin duda usted lo ha ya adivinado. Soy el Judío Eterno; así me llaman los alemanes. Soy Isaac Laquedem. Le di mi tarjeta diciéndole:

–Estuvo usted en París en abril del año pasado, ¿verdad? Y trazó usted su nombre con tiza en una pared de la calle Bretagne. Recuerdo haberlo leído desde el imperial de un ómnibus un día que iba a la Bastilla.

Dijo que era cierto y continuó:

–¿Se le atribuye a usted a menudo el apellido Ahasverus?

–¡Dios mío! ¡Ese y muchos otros apellidos me pertenecen! La cantilena que se cantaba luego de mi visita a Bruselas me llama Isaac Laquedem, según Philippe Mouskes, que en 1243 virtió mi historia en versos flamencos. El cronista inglés Mathieu de París, que la había recibido del patriarca armenio, ya la había relatado anteriormente. A partir de entonces los poetas y los cronistas han hablado a menudo de mi paso, bajo el nombre de Ahasver, Ahasverus o Ahasvere, por tal o cual ciudad. Los italianos me llaman Buttadio –en latín Buttadeus–; los bretones, Boudedeo; los españoles, –Juan Espera-en-Dios. Yo prefiero el nombre de Isaac Laquedem, bajo el cual se me ha visto frecuentemente en Holanda. Hay autores que sostienen que fui portero en casa de Poncio Pilatos y que mi nombre era entonces Kartafilos. Otros sólo ven en mí a un zapatero, y la ciudad de Berna se enorgullece de poseer un par de botas pretendidamente hechas por mí y abandonadas allí cuando abandoné el lugar. Pero no diré nada sobre mi identidad, salvo que Jesús me ordenó caminar hasta su regreso. No he leído las obras que he inspirado, pero conozco el nombre de sus autores. Ellos son: Goethe, Schubart, Schlegel, Schreiber, von Schenck, Pfizer, W. Müller, Lenau, Zedütz, Mosens, Kohler, Klingermann, Levin, Schüking, Andersen, Heller, Herrig, Hamerling, Robert Giseke, Carmen Sylva, Hellig, Neubaur, Paulus, Cassel, Edgard Quinet, Eugéne Sue, Gastón Paris, Jean Richepin, Jules Jouy, el inglés Conway, los pragueños Max Haushofer y Suchomel. Es legítimo agregar que todos esos autores se han basado en un librito popular aparecido en Leyde en 1602, y en seguida traducido al latín, francés y holandés, y corregido y aumentado por Simrock en sus libros populares alemanes. Pero, ¡fíjese usted! Este es el Ring o Plaza del Ayuntamiento. Esta iglesia contiene la tumba del astrónomo Tycho Brahe; en ella predicó Jean Huss, y sus muros guardan las huellas de las balas de las guerras de los Treinta y de los Siete años.

Callados, recorrimos la iglesia y luego fuimos a oír dar las horas al reloj del Ayuntamiento. La Muerte, tirando de una cuerda, hacía sonar la campana y meneaba la cabeza. Otras estatuillas se movían mientras el gallo batía sus alas y, frente a una ventana abierta, pasaban los doce Apóstoles lanzando sus miradas impasibles hacia la calle. Después de haber visitado la desoladora prisión llamada Schbinska, atravesamos el barrio judío, con sus escaparates de ropa vieja, chatarra y otras cosas sin nombre. Los carniceros trozaban las reses. Pasaban apresuradas unas mujeres calzadas con botas, cruzándose con judíos de duelo, reconocibles por sus ropas desgarradas. Los niños se insultaban en checo o en jerga hebrea. Visitamos, con la cabeza cubierta, la antigua sinagoga, a la cual no entran las mujeres durante las ceremonias, pero sí pueden mirar por una claraboya. Esta sinagoga tiene el aspecto de una tumba, donde reposa velado el viejo rollo de pergamino que es la admirable tora. En seguida Laquedem consultó la hora en el Ayuntamiento judío:

eran las tres. Este reloj tiene los números en hebreo y sus manecillas al revés. Cruzamos el Moldava por el Carlsbrücke, puente desde donde fue arrojado al río San Juan Nepomuceno, mártir del secreto de la Confesión. Desde ese puente adornado con piadosas estatuas se contempla el magnífico espectáculo del Moldava y de toda la ciudad de Praga, con sus iglesias y conventos.

Frente a nosotros se alzaba la colina del Hradshin. Y mientras subíamos entre los palacios, hablábamos.

—Creía, le dije, que usted no existía. Su leyenda me parecía simbolizar a su raza errante... Señor, los judíos me gustan. Se agitan agradablemente y hay entre ellos infortunados... ¿Es cierto, pues, que Jesús lo expulsó a usted?

—Es cierto, pero no hablemos de eso. Estoy acostumbrado a mi vida sin fin y sin reposo. Pues no duermo nunca. Ando sin cesar y andaré hasta que se manifiesten los Quince Signos del Juicio Final. Pero el mío no es el camino de la cruz, es una ruta feliz. Testigo inmortal y único de la presencia de Cristo sobre la tierra, certifico ante los hombres la realidad del drama divino y redentor que se desarrolló sobre el Gólgota. ¡Qué gloria! ¡Qué regocijo! Pero también soy, desde hace diecinueve siglos, el espectador de la Humanidad, la que me proporciona maravillosos entretenimientos. Mi pecado, señor, fue un pecado genial, y hace mucho tiempo que he dejado de arrepentirme de él.

Calló. Visitamos el castillo real del Hradshin, de salas majestuosas y desoladas, y luego la catedral, donde están las tumbas reales y el relicario de San Nepomuceno. En la capilla donde eran coronados los reyes de Bohemia y donde el santo rey Wenceslao sufrió el martirio, Laquedem me hizo observar que los muros eran de piedras preciosas: ágata y amatista. Me señaló una de éstas y dijo:

—Fíjese usted; en el centro, las nervaduras dibujan un rostro de ojos flamígeros y locos. Se dice que es la máscara de Napoleón.

—¡Es mi cara! —exclamé—, con mis ojos sombríos y recelosos.

Es cierto. Allí está mi retrato doloroso, cerca de la puerta de bronce donde cuelga el anillo que llevaba Wenceslao cuando fue asesinado. Debimos salir. Estaba pálido y me sentía desdichado por haberme visto loco, yo que tanto temo enloquecer. Laquedem, compadecido, me consoló de esta manera:

—No visitemos más monumentos. Vayamos por las calles. Mire bien a Praga. Humboldt asegura que se halla entre las cinco ciudades más interesantes de Europa.

—¿De manera que usted lee?

—¡Oh! A veces, algún buen libro, caminando... Vamos, ¡ríase usted! También amo, a veces, caminando.

—¿Cómo? ¿Ama usted y nunca siente celos?

—Mis amores de un instante valen por los amores de un siglo. Pero, felizmente, nadie me sigue y no tengo tiempo de tomar la costumbre, engendradora de los celos. Vamos, ¡ríase! No tema al futuro ni a la muerte. Nunca se está seguro de morir. ¿Cree usted que soy el único que no ha de morir? Recuerde usted a Enoch, a Elias, a Empédocles, a Apolonio de Tiana. ¿Ya no hay nadie sobre la tierra que crea que Napoleón vive aún? ¡Y ese desgraciado rey de Baviera, Luis II! Pregunte usted a los bávaros: todos afirmarán que su rey magnífico y loco vive todavía. Usted mismo, quizá no muera nunca.

La noche descendía y las luces nacían en la ciudad. Volvimos a cruzar el Moldava, ahora por un puente más moderno.

—Es hora de cenar —dijo Laquedem—, la caminata despierta el apetito y soy un gran comilón.

Entramos en una posada en la que se hacía música. Había allí un violinista, un encargado del tambor, el bombo y el triángulo, y un tercero que tocaba una especie de armonio con dos pequeños teclados yuxtapuestos colocados sobre fuelles. Esos tres músicos hacían un ruido del demonio, muy apropiado para acompañar el goulasch con paprika, las papas salteadas mezcladas con granos de comino, el pan con amapola y la cerveza amarga de Pilsen que nos sirvieron. Laquedem comió de pie, paseándose por la sala. Los músicos tocaban y luego pasaban el platillo. Mientras tanto, la sala se llenaba de las voces guturales de los huéspedes, todos bohemios de cabeza en forma de bola y rostro redondo, con la nariz respingada. Laquedem habló con ellos y vi que me señalaba. Me miraron; alguien vino a estrecharme la mano, diciéndome: "Vivé la Frantzé!"

Los músicos tocaron la Marsellesa. Poco a poco la posada se llenó. Y como también había mujeres, se bailó. Laquedem invitó a bailar a la hija del posadero y me alborocé viéndolos. Ambos bailaban como ángeles, de acuerdo con lo que dice de éstos el Talmud: que son maestros de danza. De pronto, él tomó en vilo a su compañera y bailó así, ante el aplauso de todos. Cuando la joven se halló de nuevo sobre sus pies, estaba seria y casi desfalleciente. Laquedem le dio un beso que sonó juvenilmente. Quiso pagar su parte de nuestra cuenta, que ascendía a un florín, y extrajo su bolsa, hermana de la de Fortunatus, nunca desprovista de los cinco centavos legendarios.

\*\*

\*

Salimos de la posada y cruzamos la gran plaza rectangular llamada Wenzelplatz, Viehmarkt, Rossmarkt o Václavské Náměstí. Eran las diez. A la luz de los reverberos vagabundeaban las mujeres que, al pasar junto a nosotros, nos incitaban murmurando palabras checas. Laquedem me condujo al barrio judío diciéndome:

—Verá usted; durante la noche cada casa se transforma en un lupanar.

Era verdad. En cada puerta había una matrona, de pie o sentada, con la cabeza cubierta con un chal, rezongando un llamado al amor nocturno. De pronto, Laquedem dijo:

—¿Quiere usted venir al barrio de los Viñedos Reales? Allí se encuentran niñas de catorce a quince años que hasta los propios filópedos hallarían de su gusto.

Decliné esta tentadora oferta. En una casa próxima bebimos vino húngaro junto a mujeres alemanas, húngaras o bohemias, tocadas con peinadores. La fiesta se tornó licenciosa, pero no participé en ella.

Laquedem menospreció mi circunspección. Se aparejó a una húngara tetona y nalguda. Luego, despechugado, arrastró con él a la mujer, que le tenía miedo. Su miembro circunciso semejaba un tronco nudoso, o uno de esos postes coloreados de las pieles rojas, embadurnados de tierra de Siena, escarlata y el tono violáceo oscuro de los cielos tormentosos, un rato después volvieron. La mujer, fatigada, enamorada, pero asustada, gritaba en alemán:

—¡Caminó continuamente, caminó continuamente!

\*\*

\*

Laquedem reía; pagamos y nos fuimos. Me dijo:

—He quedado muy contento con esta muchacha, y mire que soy difícil de satisfacer. No recuerdo semejantes goces, salvo cuando, en 1267, poseí a una doncella en Forlì. Fui feliz también en Siena, no sé en qué año del siglo XIV, con una fornarina casada, cuyos cabellos tenían el color de pan dorado. En 1542, en Hamburgo, estuve tan enamorado que iba descalzo a una iglesia para rogar a Dios, vanamente, que me perdonara y me permitiera detenerme. Ese día, durante el sermón, fui reconocido y abordado por el estudiante Paulus von Eitzen, que llegaría a ser, con el tiempo, arzobispo de Schleswig. Contó su aventura a su compañero Crisóstomo Dsedalus, quien la dio a luz en 1564.

—¡Eso se llama vivir! —dije.

—¡Sí! Vivo una vida casi divina, como un Wotan, nunca triste. Pero siento que debo partir. ¡Estoy harto de Praga! Usted se cae de sueño; váyase a dormir. ¡Adiós!

\*\*

\*

Mientras se alejaba en la iría noche, mis ojos siguieron los juegos de su sombra, que se duplicaba o triplicaba a favor del resplandor de los reverberos.

De pronto agitó los brazos, profirió un lamentoso grito de animal herido y cayó al suelo.

Corrí hacia él, gritando. Me arrodillé y desabotoné su camisa. Me miró con ojos extraviados, diciéndome confusamente:

—Gracias. El tiempo ha llegado. Cada noventa o cien años una terrible enfermedad me golpea. Pero me curo, y retomo las fuerzas necesarias para un nuevo siglo de vida.

Y se lamentó, diciendo:

—¡Oi, oi! —lo que en hebreo quiere decir: ¡ay!

Entre tanto, todo el puterío del barrio había acudido. También la policía. Y hombres vestidos a medias, que se habían levantado apresuradamente de sus camas. Algunos rostros aparecieron en las ventanas. Me hice a un lado y miré cómo se alejaba el cortejo de los agentes de policía que conducía a Laquedem, seguido por una multitud de hombres sin sombrero y mujeres con almidonados peinadores.

\*\*

\*

En un momento sólo quedó en la calle un viejo judío con ojos de profeta. Me miró con desconfianza y murmuró en alemán:

—Es un judío. Va a morir.

Y vi que antes de entrar a su casa abrió su abrigo y desgarró su camisa en sentido diagonal.

# EL SACRILEGIO

El Padre Serafín, cuyo hombre monástico reemplazaba al de una ilustre familia bávara, era alto y delgado. Tenía la tez oscura, los cabellos rubios y los ojos color azul de arroyuelo. Hablaba el francés sin el menor acento extranjero, y sólo quienes le oían decir la misa podían sospechar su origen franconio, pues el sacerdote pronunciaba el latín a la manera alemana.

Destinado en un principio a la carrera militar, había llevado el uniforme de la caballería ligera durante un año, desde su salida del Maximilianeum de Munich, donde está la escuela para cadetes.

Decepcionado tempranamente de la vida, el oficial se retiró en un convento de la orden de San Francisco, en Francia, y poco tiempo después recibió los hábitos.

Nadie conocía la aventura que había impulsado al Padre Serafín a refugiarse entre los monjes. Sólo se sabía que llevaba tatuado un nombre en el antebrazo derecho. Los niños del coro lo habían leído mientras el sacerdote, al predicar, dejaba caer las anchas mangas de su hábito color carmelita. Era un nombre de mujer: Elinor, que es también nombre de hada en las viejas novelas de caballería.

\*\*

\*

Algunos años después de los acontecimientos que habían transformado al oficial bávaro en franciscano francés, la reputación del Padre Serafín como predicador, teólogo y casuista llegó a Roma, a donde le llamaron para encargarle la delicada e ingrata tarea de abogado del diablo.

El Padre Serafín tomó muy en serio su papel, y durante su ejercicio no hubo ninguna canonización. Con una pasión que, a no ser por la santidad del personaje, se hubiera podido tomar por satánica, el Padre Serafín puso tal empeñamiento en combatir la canonización del bienaventurado Jerónimo de Stavelot, que la idea hubo de abandonarse desde entonces.

Demostró también que los éxtasis de la Venerable María de Belén eran simples crisis de histeria. Los Jesuitas, por temor al terrible abogado del diablo, retiraron por sí mismos la solicitud de beatificación del Padre Juan Saillé, considerado venerable desde el siglo XVIII. En cuanto a Juana del Llobregat, esa puntillera mallorquina cuya vida transcurrió en Cataluña y a quien la Virgen –se dice– se le apareció por lo menos treinta veces, sola o acompañada de Santa Teresa de Ávila o de San Isidoro, el Padre Serafín descubrió tales debilidades en su vida que los obispos españoles renunciaron a verla declarada venerable, y su nombre sólo es ahora invocado en ciertas casas de Barcelona, de notoria mala fama.

Irritados a causa del fanatismo con que el Padre Serafín manchaba los méritos de los difuntos honrados por ellos, las Ordenes que tenían intereses en esas santas causas intriguaron para que el Padre cesara en su cargo. ¡Y qué éxito tuvieron! El Padre Serafín debió regresar a Francia.

Su extraña reputación de abogado del diablo lo siguió. Se temblaba al escucharlo predicar sobre la muerte o el infierno. Cuando levantaba el brazo derecho, su mano, que sólo conservaba el dedo mayor y el anular –pues había perdido los otros dedos en alguna ignorada aventura–, parecía la cabeza cornuda de un diablo enano. Las letras azuladas del nombre de Elinor, ilegible a la distancia, parecía una quemadura infernal; y si pronunciaba a la manera gótica una frase latina, los devotos se santiguaban temblando.

Investigando en la vida de los futuros santos, el Padre Serafín había desestimado todo lo que es humano; despreciaba a todos los santos, convencido de que no hubieran llegado a tales si él hubiese desempeñado su cargo en la época de sus respectivos procesos de canonización. A pesar de que él no lo confesaba, el culto de dulia que se les profesa le parecía casi herético; por eso él no invocaba, dentro de lo posible, más que a las personas de la Santísima Trinidad.

No eran desconocidas sus altas virtudes, y así llegó a ser confesor ordinario del arzobispo.

En la época de anticlericalismo que le tocaba vivir, no podía dejar de buscar los medios para remediar la irreligión universal. Sus meditaciones lo llevaron a pensar que la intervención de los santos tenía poco efecto ante la divinidad:

–Para que el mundo vuelva a Dios –se decía el Padre Serafín– es necesario que el mismo Dios vuelva entre los hombres.

\*\*

\*

Una noche se desveló, preguntándose asombrado:

–¿Cómo he podido blasfemar? ¿Acaso no tenemos permanentemente a Dios entre nosotros? ¿No tenemos la Eucaristía, que si todos los hombres se nutriesen de ella destruiría la impiedad sobre la tierra?

Y el monje se levantó, y ya vestido con su sayal atravesó el claustro silencioso, despertó al hermano portero y abandonó el convento.

Las calles estaban a oscuras; los traperos, con sus linternas, parecían fuegos fatuos, y los faroleros corrían presurosos hacia las llamas de gas que bailaban todavía en algunas bocacalles.

A veces brillaba el respiradero de alguna panadería. El Padre Serafín se aproximaba a él, extendía las manos y

pronunciaba las palabras sacramentales:

–Este es mi cuerpo, esta es mi sangre... –consagrando así hornadas enteras.

Después del amanecer se sintió cansado y convencido de haber consagrado una cantidad de pan suficiente para la comunión de cerca de un millón de hombres. Esta multitud se saciaría de Eucaristía durante el día. Gracias a ella, los hombres volverían a ser buenos, y después del mediodía el reino de Dios llegaría a la tierra. ¡Qué milagro y qué júbilo!

El monje pasó toda la mañana andando por las hermosas calles, y hacia el mediodía llegó al arzobispado. Muy contento de sí mismo fue a ver al arzobispo, que en ese momento estaba sentado a la mesa.

–Tomad asiento, padre –dijo el prelado–; almorzaréis en mi compañía ya que habéis llegado justo a tiempo.

Sentóse el padre Serafín y, mientras aguardaba que le sirvieran, miraba en pan que se extendía sobre el mantel. El arzobispo había partido un pan y el lado cortado parecía blanco y redondo como una hostia. El arzobispo llevóse a la boca un trozo de carne y uno de pan, y continuó:

–Habéis llegado muy oportunamente: tenía necesidad de vuestro ministerio, y esta mañana no he dicho la santa misa. Me confesaré después de la comida.

El monje se estremeció, y mirando al arzobispo le preguntó con voz ronca:

–¿Un pecado mortal, Monseñor?

En ese momento llegó el doméstico trayendo unos platos humeantes que colocó ante el monje, a quien el prelado había recomendado silencio, llevándose un dedo a los labios.

El doméstico salió y el Padre Serafín repitió, poniéndose de pie:

–¿Un pecado mortal, Monseñor? ¡Y habéis comido pan!

El arzobispo lo miraba asombrado, amasando entre los dedos bolitas de miga que arrojaba hacia el techo, y pensaba:

–¡Qué fanático! Cambiaré de confesor.

El monje repitió:

–Un pecado mortal, Monseñor, ¿y habéis comido el pan eucarístico?

El prelado negó:

–Habéis comprendido mal, padre mío; ya os he dicho que no he celebrado la santa misa esta mañana.

Pero el Padre Serafín cayó de rodillas, los brazos en cruz, gritando:

–Soy un pecador, Monseñor; ¡yo consagré esta mañana todos los panes en todas las panaderías de nuestra ciudad! Habéis comido pan consagrado. ¡Cuántos hombres, muchos de los cuales estaban en pecado mortal, han comido el cuerpo de Nuestro Señor! El alimento divino ha sido profanado por culpa mía, sacerdote sacrílego.

El arzobispo se levantó iracundo, terrible:

–¡Anatema sobre ti, monje!

Luego, mezclando en su espíritu la antigua función del Padre Serafín, y reminiscencias clásicas, declamó:

Advocat infame vatem dici

Pronunciado espiritualmente, a la manera de los franceses del siglo XVI: ¡Avocat infame va-t-en d'ici! (¡Abogado infame vete de aquí!).

Y en seguida lanzó una carcajada. Pero el monje no reía:

–Confesadme, Monseñor –díjole–. Yo os confesaré después.

Se absolviéron mutuamente. En seguida, a instancias del franciscano culpable, fueron enganchadas las carrozas del arzobispado y los domésticos, los pequeños abates que pueblan los palacios episcopales, fueron a todas las panaderías a comprar el pan que debían trasladar al convento del monje sacrílego.

\*\*

\*

En el convento estaban reunidos los monjes. El padre guardián hablaba:

–¿Qué le ha ocurrido al Padre Serafín? Era virtuoso. Quizás, a semejanza de nuestro hermano? de antaño que fueron extraviados por los pájaros celestes y permanecieron durante siglos en éxtasis, volverá dentro de cien años.

Los monjes se persignaron y cada uno de ellos tuvo alguna historia para contar:

–Uno de los monjes de Heisterbach, que había dudado de la eternidad, siguió a una ardilla en el bosque. Pensó permanecer allí diez minutos. Pero al volver al convento vio que los pequeños cipreses del borde del camino se habían transformado en grandes árboles...

Otro dijo:

Un monje italiano creyó no haber escuchado sino durante un minuto el canto de un ruiseñor, pero al volver al convento. . .

Un monje joven y porfiado dijo burlescamente:

–Se citan algunas aventuras de esta especie entre los griegos. ¿Quién sabe? Quizás en la Edad Media se había trasegado en esos pájaros el alma de las antiguas Sirenas...

En ese momento golpearon a la puerta del convento y los pequeños abates del arzobispado entraron llevando con

precauciones infinitas los panes consagrados, que eran de diversas formas. Había entre ellos flautas largas y delgadas, panes polkas semejantes a escudos redondos –ahusados de oro, a causa de la corteza, y de plata, a causa de la harina espolvoreada–, amasados por heñidores ignorantes del arte del blasón; panecillos vieneses, similares a naranjas pálidas; panes caseros, llamados abedules o hendidos, según su aspecto.

Y ante los monjes, que cantaban el Tantum ergo, los pequeños abates transportaron su carga a la capilla, apilando los panes sobre el altar..

En expiación del sacrilegio, los sacerdotes y los monjes pasaron la noche en adoración. A la mañana comulgaron y comulgaron los días subsiguientes hasta la consumación de las Santas Especies, que en los últimos días crujían entre los dientes, pues el pan se había endurecido. ..

\*\*

\*

El Padre Serafín no volvió a aparecer en el convento. Nadie habría podido decir qué se había hecho de él, si los diarios no hubieran informado de la muerte, durante el asalto a Pekín, de un soldado anónimo de la Legión Extranjera, que tenía tatuado en el antebrazo un nombre de mujer, Elinor, que es también un nombre de hada en las antiguas novelas de caballería...

# EL JUDÍO LATINO

Me encontraba durmiendo una mañana cuando, en medio de un hermoso sueño, un violento campanillazo me despertó. Me incorporé jurando en latín, francés, alemán, italiano, provenzal y valón; me puse un pantalón y unos chanclos y fui a abrir. Un señor de correcta apariencia me solicitó un instante de atención.

Hice pasar al desconocido a la habitación que me sirve, según la ocasión, de cuarto de trabajo, salón o comedor. Se enseñoreó del único sillón, mientras yo volvía al dormitorio para terminar un sumario arreglo personal y echar un vistazo al despertador, que señalaba las once. Metí la cabeza en la jofaina y froté mis cabellos mojados, mientras el hombre gritaba:

—¡Me aburro de tener la vela!

Con los cabellos en desorden penetré en la habitación, donde hallé al desconocido inclinado sobre un trozo de pastel que yo había olvidado esconder. Me excusé, y con el pretexto de ir a ponerme un saco llevé el plato al dormitorio.

Cuando regresé, el señor me dijo con una sonrisa.

—He leído El caminante de Praga, y por él sé que usted me quiere.

Murmuré algo, sin atreverme a negarlo, pues creía habérmela con un editor original que, seducido por mi literatura, venía a solicitarme un manuscrito, a pagar en especies. Prosiguió:

—Soy Gabriel Fernisoun, de Aviñón. Usted no me conoce, pero ama a los judíos; en consecuencia, ¡usted me quiere, porque soy judío, señor!

Sonreí, diciéndole que, en consecuencia, era verdad que lo quería, pero Fernisoun me interrumpió exclamando:

—¡Alto ahí! No me quiera usted. Es usted indecente, amigo mío. Tiene usted mala cara esta mañana, ¡pobre! ¡Y osa usted hablar de amor!

Protesté, aduciendo que mis hábitos eran puros y que me había acostado antes de la una de la mañana. Fernisoun volvió a instalarse en el sillón. Yo tomé una silla y él continuó:

—Consiento en ello; usted no está enamorado. Y puesto que es usted razonable, voy a dilucidar su simpatía por los judíos. ¿Qué judíos prefiere?

A esta pregunta extravagante, respondí para adularlo:

—Los de Aviñón, estimado señor; y entre ellos prefiero a los que llevan el nombre de Gabriel, nombre que termina en el como las palabras que me son más queridas: *ciel (cielo) y miel. Palabras*

*que terminan en el como los nombre de  
( los ángeles  
el cielo en que soñamos y la miel que se come.*

Fernisoun rió estrepitosamente y exclamó en tono triunfal:

—¡Ahí está el asunto, Boudiou! Dígalo crudamente y sin ambages: son los judíos del sur de la Europa occidental los que usted prefiere. No son los judíos, sino los latinos, a quienes usted quiere. Le dije que yo era judío, señor; pero hablaba desde el punto de vista confesional; en los demás aspectos soy latino. Usted siente inclinación por los judíos llamados portugueses que antaño, falsamente convertidos, recibieron de sus padrinos españoles o portugueses, nombres españoles o portugueses. A usted le gustan los judíos cuyos nombres son católicos, como Santa Cruz o Saint-Paul. Usted prefiere los judíos italianos y los franceses, llamados Contadinos. Ya le dije, señor, que he nacido en Aviñón, en el seno de una familia establecida allí desde hace siglos. Usted gusta de nombres como Muscat o Fernisoun. Usted adora a los latinos y allí estamos de acuerdo. Usted nos quiere porque, portugueses o contadinos, no estamos malditos. No, no lo estamos. No nos hemos enlodado en el crimen judicial cometido con Cristo. ¡La traición da fe de ello, y la maldición no nos alcanza!...

Fernisoun se había puesto de pie, rojo y gesticulante, en tanto que yo, sentado, lo observaba con la boca abierta.

Se calmó y miró a su alrededor y me dijo con una mueca desdeñosa:

—Está usted bastante mal instalado, Boudiou. Por lo demás, me importa un bledo; aunque, a decir verdad, usted debiera tener alguna bebida delicada. Sus visitantes lo estarían muy agradecidos.

Fui a la chimenea, levanté la cubierta y saqué de entre las cenizas un frasco de viejo licor de peras bergamotas. Fernisoun lo descorchó en tanto yo iba a buscar una taza y elogiaba la calidad de este licor que me proveía un destilador de Durckheim, en el Palatinado.

Sin escucharme, llenó su taza hasta el borde y la bebió de un trago. Luego sacudió cuidadosamente las últimas gotas sobre el piso, mientras yo me disculpaba:

—¿Hubiera preferido usted un bol?

Fernisoun no se molestó en responderme y continuó:

—Después de todo, en realidad tienen razón ustedes los latinos al querernos a nosotros, los judíos latinos. Porque pertenecemos a las razas latinas tanto como los griegos y los sarracenos de Provenza y de Sicilia. No somos ya metecios, no más que los individuos heterogéneos que las grandes invasiones mezclaron a los romanos del Imperio.

Somos, además, los mejores propagadores de la latinidad. En la mayoría de los medios judíos de Bulgaria y Turquía, ¿qué otra lengua se habla sino el español?

Fernisoun bebió una nueva porción de licor de peras bergamotas; luego, hurgando en su chaleco, extrajo papel para liar cigarrillos. Me pidió tabaco. Se lo alcancé, junto con los fósforos. Fernisoun armó un cigarrillo, lo encendió y, arrojando triplemente el humo por la boca y las narices, continuó:

—En suma: ¿en qué reside la diferencia entre judíos y cristianos? En que los judíos esperan un Mesías mientras que los cristianos lo recuerdan. Nietzsche se apropió de la idea judía. ¡Cuántos latinos se impregnaron de las ideas de Nietzsche y esperan ese superhombre algo mesiánico cuya llegada proclama Zaratustra, tomado del Vendidad, en el que venera la palabra santa y brillante, el cielo que se ha producido a sí mismo, el tiempo infinito, el viento que actúa en lo alto, la humana ley mazdeista, la ley de Zaratustra contra los Daevas! Nosotros los judíos latinos, ya no tenemos esperanzas. Los profetas nos prometieron el bienestar material: lo tenemos, Francia, Italia, España, no nos tratan ya como extranjeros. Somos libres. Por eso, no teniendo ya nada que desear, no esperamos más, y admito que el Mesías ha venido tanto para ustedes como para nosotros. Y puedo confesarlo: en el fondo de mi corazón soy católico. ¿Por qué?, preguntará usted. Porque aquí, en Francia, ya no hay religión hebraica. Los judíos rusos, polacos o alemanes han conservado una religión exterior. Sus rabinos conocen, enseñan y robustecen la religión. Nosotros comemos asados cocidos con manteca, engullimos menudos de cerdo sin preocuparnos de Moisés ni de los Profetas. Adoro la sopa de cangrejo en las comidas galantes y hasta tengo debilidad por los caracoles. ¿Y el hebreo? A duras penas la mayoría de nosotros lo sabe leer en el momento de la Barmitzva. Nuestros sabios hebraizantes hacen sonreír a los rabinos extranjeros: la traducción francesa que existe del Talmud es, al decir de los judíos alemanes o polacos, un monumento de la ignorancia de los rabinos franceses. Por lo tanto, ignoro la religión judía: está abolida como el paganismo, o más bien, como el paganismo, subsiste dentro del catolicismo, que me atrae, sobre todo, por sus teofanías. El judaísmo alejandrino no hizo caso de las teofanías mosaicas. En esa época parecieron fabulosas y groseras. El catolicismo ha tomado de la teofanía diversos dogmas. Ese milagro se renueva cada día en la misa. La historia del Sagrado Corazón hace delirar a mi vieja alma de judío latino, enamorado de las teofanías y de los antropomorfismos. Soy católico, salvo que no estoy bautizado.

—Es muy sencillo —le dije—; hágase bautizar. El bautismo es un sacramento que cualquiera puede administrarle, hombre, mujer, judío, protestante, budista o mahometano.

—Lo sé —repuso Fernisoun—: pero no quiero servirme de él hasta más adelante. Entre tanto me divierto.

—¡Ah! ¡Ah! El bautismo tiene por efecto borrar todos los pecados. Como no se puede usar de él más que una sola vez, usted quiere postergar lo más posible ese instante.

—Ni más ni menos. No espero al Mesías; en cambio, el Bautismo. Esta esperanza me da todas las alegrías posibles. Vivo plenamente; me, divierto maravillosamente. Robo, mato, destripo a las mujeres, violo sepulturas; no obstante, iré al paraíso porque espero el Bautismo y no se dirá el Kadisch en mi muerte.

—Me parece que usted exagera —insinué—. Creo que está demasiado imbuido de cierta literatura. Tenga cuidado; la muerte viene como un ladrón, de puntillas, repentinamente, y si yo tuviese la fortuna de ser creyente como usted, agregaría que el infierno está empedrado de buenas intenciones. Veamos ¿qué libros lee usted?

—¿Le interesa saberlo? Aquí está mi biblioteca: es edificante.

Sacó de un bolsillo dos libros ajados: el título del primero era Catecismo de la diócesis de Aviñón; el del segundo. Los Vampiros de Hungría, por Dom Calmet. Este último título me espantó más aún que la criminal declaración del judío latino.

Comprendí que no se vanagloriaba en absoluto y que, erudito y sanguinario, el hombre que tenía frente a mí era un maniático asesino. Eché una rápida mirada en derredor con la esperanza de descubrir un arma para defenderme en caso de que Fernisoun se hiciera el loco. Sobre un estante, al alcance de mi mano, vi un pequeño revolver de fantasía que, deteriorado y sin valor, debió ser arrojado a la basura hacía mucho tiempo. Este objeto me salvó la vida en esa emergencia, pues Fernisoun, aprovechando el instante en que yo desviaba la vista extrajo un cuchillo que llevaba a la cintura, entre las ropas. Dejé caer los libros y tomé precipitadamente la minúscula e ilusoria arma de fuego, con la que apunté al judío latino. Palideció, y se puso a temblar de pies a cabeza, implorando:

—¡Piedad! ¡Usted se equivoca!

—¡Asesino! —le grité—. ¡Ve a otra parte a perpetrar tus crímenes que crees perdonables! Mis principios no me permiten denunciarte, pero deseo que, desde hoy, tus bestialidades encuentren castigo. Tu cobardía, espero, limita el número de tus víctimas y tu locuacidad te delatará a la policía. ¡En París hay jueces, y si recibes el Bautismo, que sea antes de subir al cadalso!

Mientras yo hablaba, Fernisoun, recogió sus libros; al erguirse me pidió muy cortésmente perdón por haberme asustado. Le exigí me dejase su arma, una navaja catalana muy peligrosa. Obedeció y se fue, siempre amenazado por el pequeño y ridículo revólver de fantasía que yo no había soltado.

\*\*

\*

Esa noche cené en casa, por economía, con unas salchichas y el resto del pastel que había atraído a Fernisoun. No tenía la menor idea del peligro que estaba corriendo.

Pronto apreció, no obstante, la perversidad del alma del judío latino. Sentí intolerables dolores internos. El pastel

estaba envenenado. Fernisoun lo había rociado o espolvoreado con alguna droga ponzoñosa que me habría matado en pocas horas si no hubiese bebido en seguida una botellita de aceite y luego un frasquito de glicerina, que me provocaron saludables vómitos. Corrí a comprar leche y me salvé sin recurrir al médico.

Durante los días siguientes, los diarios se llenaron de narraciones de crímenes sensacionales cometidos contra mujeres en todos los rincones de París. Una de ellas fue hallada desnuda, extendida como una flameante bandera y clavada en una estaca en medio del bulevar de Belleville. Niños y viejos fueron degollados. Nótese que sólo se trataba de seres indefensos.

Algunos transeúntes, hombres o mujeres, entre la multitud que se apretujaba en las avenidas a la caída de la tarde fueron tajeados en las nalgas o en los brazos con una navaja de afeitar que, de un solo corte, atravesaba las ropas y la carne. Como la navaja cortaba sin dolor, las víctimas caían bañadas en sangre sólo al cabo de unos pasos. Los asesinatos podían así ser atribuidos a las bandas de apaches y a otros malvivientes que espantan nuestras mejores almas y llenan de desolación a aquellos que creen en la perfectibilidad humana. Los otros atentados fueron adjudicados a uno de esos maniáticos que abundan y que no dependen de los tribunales sino de la Salpêtrière. Estuve varias veces tentado de denunciar al autor de todos estos crímenes, pues no tenía la menor duda que se trataba del catecúmeno Gabriel Fernisoun, actuando a la espera del bautismo. El egoísmo triunfó. Yo había escapado al monstruo y lo dejaba actuar sin denunciarlo.

\*\*

\*

Unos meses después me encontraba con uno de esos grupos de extravagantes que frecuentan las tabernas del barrio latino. Estábamos en la Lorraine sentados frente a nuestros vasos de ajenjo, que atacábamos metódicamente. Junto a mí estaba uno de esos periodistas novatos que escriben las crónicas vagas de la tercera página en pasquines de mala muerte, dan noticias a los grandes cotidianos y mendigan órdenes de publicación en las empresas comerciales. Estaba también allí, vestido con gorra y abrigo de piel de foca, uno de esos chóferes que frecuentan a todos los fabricantes de la avenida de la Grande-Armée, tienen siempre algún auto para vendar o están a punto de comprarlo, conocen profundamente los autos de todas las marcas y acaban por pedirnos algún dinero.

Había un alumno de la Escuela de Bellas Artes y un funcionario de Colonias, recientemente llegado de la Martinica, que narraba por tercera vez la erupción del Mont-Pelé.

El periodista trataba de formar una mesa de poker. El estudiante de Bellas Artes, bostezando decía que prefería jugar a las damas. El chófer exclamó:

—¡Ahí está Philippe!

Philippe, dudoso estudiante pero muy chic y buen mozo, llegaba con Nella, que era una alta y muy bella morocha. El corsé, con arreglo a la moda, le llegaba muy abajo, abultando sus nalgas; pero esta prominencia era ilusoria según los que conocían a Nella íntimamente.

Philippe nos estrechó la mano, se despojó del sombrero y abrigo, y se sentó frente a Nella en una mesa vecina. Pidió un cocktail con fresas para él y una quina para Nella. Volviéndose luego hacia nosotros, dijo:

—¡Tengo una noticia sensacional! ¡Nella quiere hacerse monja!

—¡Ya no hay más congregaciones! —gritó el chófer.

El periodista agregó que para eso hacía falta una buena dote.

—Quiero hacerme hermanita de los pobres —afirmó Nella.

Reímos con estrépito preguntando a coro:

—¿Y por qué?

—Es una historia inverosímil —se burló Philippe—. Anda, cuéntanos eso, Nella.

—¡Oh! ¡Basta! —dijo ella—. Pero apremiada por nuestra insistencia se decidió a hablar:

—¡Bueno! Había ido por un asunto a la calle de la Pepinière, cerca de la plaza de San Agustín, y volvía por el bulevar Maeshherbes con la intención de tomar el ómnibus en la Madelaine. De repente, en la esquina de la calle de los Mathurins, apareció ante mí un hombre que decía a gritos: "Señora o señorita, ¡soy judío! ¡Voy a morir, bautíceme usted!" Sentí miedo; era casi medianoche, quise echar a correr, pero el señor, jadeante, se aferró a mi brazo suplicándome: "¡Soy un gran criminal! Mi último crimen, el más execrable, es que acabo de envenenarme. Hace rato me asaltó el temor de que pudiera morirme sin bautismo y he querido poner fin a mi vida, por medio de un suicidio que me dejara el tiempo suficiente para hacerme bautizar. Estoy arrepentido, señora, y le suplico: ahí en la alcantarilla junto a la acera, hay agua. Basta con que eche unas gotas sobre mi cabeza, diciendo: Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Apúrese usted: el veneno está obrando y me siento morir." Algunos transeúntes que se habían detenido nos miraban con curiosidad. El caballero sentía que las fuerzas lo abandonaban y se acostó en la acera. Tuve piedad de ese moribundo que imploraba. Extraje con la mano un poco de agua estancada de la alcantarilla y bauticé al judío, como me lo había pedido, mientras gritaba dolorosamente: "¡Mea culpa, mea culpa!" En ese momento irrumpió la policía. El recién bautizado deliraba: "¡Soy cristiano!..., ¡Oh, cuánto sufro!... A beber... El cielo se abre."

Y murió en medio de convulsiones, mientras los agentes se lo llevaban. Tuve que acompañarlos a la comisaría, donde debí cumplir algunos trámites.

Los diarios se ocuparon poco de este hecho pues otros acontecimientos más importantes atraen la atención del

público, y por eso yo no tuve la publicidad que en el momento esperaba. El judío se llamaba Gabriel Fernisoun. En el testamento que llevaba consigo establecía que dejaba su fortuna al arzobispo de París, con la condición de emplearla en activar la conversión de los judíos, hecho que habrá de producirse poco antes del fin del mundo. Entre tanto, yo me he convertido. No volveré a encontrar reposo hasta que no me haga hermanita de los pobres, y esto no tardará mucho. Fíjense ustedes que todos aquellos que se acercaron al cadáver de Fernisoun se han asombrado del buen olor que exhalaba. El comisario me dijo que los médicos pueden explicar este hecho, que se produce contadas veces. Pero para mí es milagroso. Además, de los dos agentes que condujeron el cadáver a la comisaría, uno, el que se reía creyendo que se trataba de un borracho, murió al día siguiente por la ruptura de un aneurisma. El segundo, que había enjugado con su pañuelo la baba que subía de los labios del agonizante y después le cerró los ojos, acaba de recibir una herencia que lo hace rico para el resto de su vida. Conozco estas cosas de boca del segundo agente, a quien volví a ver en casa del comisario de policía.

\*\*  
\*

Esta historia había aburrido a todo el mundo. El periodista fue de los primeros en irse, diciendo que haría una nota sobre Fernisoun y Nella. Pero supongo que renunció a ello, pues se trataba de una historia demasiado clerical y digna de los Bollandistas. El chófer y el estudiante de Bellas Artes pagaron sus consumiciones y luego se marcharon sin decir nada. Phillipe pidió un tablero, y finalmente salí yo, bastante triste, dejando a la convertida y a su amante entregados a los placeres del juego.

\*\*  
\*

Al día siguiente fui a ver a un sacerdote de mi amistad. Le conté detalladamente la historia de Fernisoun, desde la visita que me había hecho hasta los fenómenos que se produjeron después de su deceso. El sacerdote me escuchó atentamente y me dijo:

—Este Gabriel Fernisoun está realmente en el Paraíso. El bautismo lo ha limpiado de todos sus pecados y, mezclado al rebaño de los Inocentes, se halla ahora consagrado a la adoración perpetua y engrosando el número de santos desconocidos que la Iglesia honra el día de Todos los Santos. Dejé a mi amigo luego de escucharlo. Después supe que, con el asenso del arzobispo que había heredado la enorme fortuna de Fernisoun, había compilado una documentación sobre el extraño y edificante caso de ese judío que, pese a haber vivido como un criminal, pudo salvarse porque tuvo fe. Este sacerdote ha obtenido las declaraciones escritas del policía, de Nella, del comisario. Le he prometido también la mía.

\*\*  
\*

Dentro de cincuenta años la causa de canonización de Gabriel Fernisoun llegará de Roma. Al abogado de Dios le tocará desempeñar un brillante papel. Durante el minuto transcurrido entre su bautismo y su muerte, Fernisoun fue edificante y admirable, y su vida precedente, lavada en el agua bautismal, no cuenta desde el punto de vista religioso. Los milagros operados por su cadáver parecerán incontestables. La ciencia que pretenda explicar por medios naturales el buen olor exhalado por un cuerpo muerto, será ridiculizada.

Además, ese cadáver operó una conversión, porque Nella, aunque persuadida por el sacerdote, se transformó, efectivamente, en una religiosa, y actualmente educa con el ejemplo a sus compañeras de convento. Los dos milagros acontecidos en los agentes de policía son manifiestos. Los incrédulos podrán adjudicar al azar la muerte súbita y la herencia inesperada; pero el azar no tiene nada que hacer en un proceso de canonización. La única coartada de la que el abogado del diablo podrá sacar partido, se referirá al agua utilizada para el bautismo. El agua de las alcantarillas parisienses difícilmente es límpida. Como Fernisoun fue bautizado cerca de un paradero de coches, el abogado del diablo insinuará que esta agua podría ser quizás orín de caballos. Si esta opinión prevalece, quedará probado que Fernisoun nunca fue bautizado y, en este caso —¡Dios mío—!, todos sabemos que el Infierno está empedrado de buenas intenciones.

# EL HERESIARCA

El mundo anglosajón se interesa en las cuestiones religiosas. Sobre todo en América, nuevas religiones nacen del cristianismo cada año y reclutan numerosos adherentes.

Por el contrario, los reformadores y los profetas dejan a la Catolicidad muy indiferente. En realidad ella no se preocupa ya mucho del fondo de su religión. Es también muy raro que se produzcan en su seno esas pequeñas disenciones teológicas que en otros tiempos inducían a la fundación de una herejía. Ocurre a menudo, en verdad, que algunos sacerdotes católicos se separen de la Iglesia, pero esas fugas obedecen a la pérdida de fe. Muchos de esos sacerdotes se alejan a causa de sus opiniones especiales sobre diversos puntos de moral o disciplina (el matrimonio de los eclesiásticos, etc.). Los apóstatas son, en la mayoría de los casos, no creyentes; algunos, sin embargo, fundan un pequeño cisma. Pero ya no hay heresiarcas verdaderos como Arius, por ejemplo. Puede que haya algún guasón solitario, en tanto que parece imposible que surja un eliasita.

Por estas razones el caso de Benedetto Orfei, que a fines del siglo XIX fundó en Roma la herejía llamada de Las Tres Vidas, es único en mi opinión.

\*\*

\*

En 1778, el R.P. Benedetto Orfei, representante de su Orden ante el Estado, fue expulsado de Roma. El padre Benedetto Orfei era teólogo y gastrónomo, piadoso y glotón. Gozaba de gran aprecio en la corte pontificia y, de no haber sido por sus actos ulteriores, hoy sería cardenal; es decir, posible candidato a Papa. Este hombre tan dotado para ser un pacífico purpurado, se perdió al pretender fundar una herejía.

Luego de su excomunión se retiró a una villa de Frascati. Allí pontificaba, teniendo por fieles a sus domésticos, a dos damas piadosas y a algunos niños campesinos a los que enseñaba los rudimentos. Creía de esta manera preparar una secta gloriosa destinada a reemplazar el catolicismo.

Como todo heresiarca, rechazaba el dogma de la Infalibilidad Papal y juraba que Dios le había dado poderes para reformar la Iglesia. Imagino que si Benedetto Orfei hubiese llegado a Papa y la inspiración de la herejía le hubiese llegado después de ese momento, se hubiera servido del dogma de la Infalibilidad para obligar a los católicos a creer en su doctrina, que nadie podría entonces negar sin ser herético.

\*\*

\*

Visité a Benedetto Orfei en una apacible tarde de mayo. El heresiarca se hallaba sentado en un muelle sillón. Sobre su mesa había papeles esparcidos –quizás epístolas papales o encíclicas. Me recibió muy cortésmente y ordenó traer, en mi homenaje, unos viejos frascos de vino santo y ciertas confituras romanas o sicilianas: nueces bañadas en miel; una especie de pastel hecho con pasta de fondant perfumadas con rosa, menta y limón y relleno con trozos de frutas confitadas (cáscaras de naranja, toronja, ananá); una pasta de membrillo dulcísima llamada cotogniata; otra masa llamada cocuzzata, y una masa de puré de duraznos que recibe el nombre de persicata. Exigió que gustase el vino santo, y él lo paladeó juntamente conmigo, no sin dar muestras de real satisfacción: meneos de cabeza, agitación del vino dentro de la boca con movimientos apropiados de labios y carrillos, ligera frotación de la mano izquierda sobre su estómago. Bien pronto observé que el buen heresiarca era sordo. Como él sabía que había ido a visitarlo para tomar notas destinadas a un ensayo sobre su herejía, lo dejé hablar sin interrumpirle para nada.

Como Benedetto Orfei era oriundo de Alessandria, hacía uso frecuente de su dialecto. Su discurso estaba salpicado de palabras gruesas, casi obscenas, pero asombrosamente expresivas. Ocurre a menudo que los místicos empleen tales palabras, pues lo místico toca de cerca lo erótico. A pesar del interés que para los filólogos podrían tener algunas de sus expresiones, no insistiré sobre ese aspecto del talento de Orfei. Mi conocimiento demasiado superficial de los dialectos italianos no me permitió, por otra parte, comprenderlo del todo, y sólo pude atrapar el sentido de muchas expresiones gracias a la mímica con que el heresiarca acompañaba su plática.

\*\*

\*

He aquí cómo Benedetto Orfei me relató lo que él llamaba su conversión iluminadora:

"Durante todo el día estuve ocupándome de la hipóstasis. Llegada la noche, después de haber dicho mis oraciones, me acosté y comencé el rosario. Al mismo tiempo meditaba sobre los misterios de la Religión. Pensaba en la bondad del hijo de Dios, que, por borrar el pecado original, se hizo hombre y murió en la Cruz, suplicio infamante, entre dos ladrones. Una frase que tomó la forma de un estribillo popular comenzó a cantar en mi mente:

*"Eran tres hombres  
en el Gólgota;  
al igual que en el cielo  
están en Trinidad."*

El heresiarca se detuvo aquí, emocionado, vertió vino en nuestros dos vasos y bebió del suyo con un aire entristecido que pronto se disipó, sin olvidar las frotaciones de estómago con la mano, las alteraciones del rostro, ni las

exclamaciones sobre lo aterciopelado del vino añejo. Me obligó a saborear la cocuzzata y continuó de esta manera:

\*\*

\*

"El estribillo divino cantó en mi espíritu hasta la hora en que me dormí. Mi sueño fue profundo. Entre los coros de las jerarquías de Asistencia, Imperio y Ejecución y por encima del coro de los Serafines, que es el más elevado, tres crucificados se ofrecieron a mi adoración. Deslumbrado por la luz que rodeaba a los crucificados, bajé los ojos y vi el coro santo de las Vírgenes, las Viudas, los Confesores, los Doctores y los Mártires que les rendían adoración. San Benito, mi patrón, vino a mi encuentro seguido de un ángel, un león y un buey, mientras que un águila volaba sobre él. Me dijo: "¡Amigo, recuerda!", al tiempo que levantaba la mano derecha señalando a los crucificados. Observé que el pulgar, el índice y el dedo mayor estaban extendidos, en tanto que los otros dedos quedaban replegados. En ese instante los Querubines agitaron sus incensarios y un perfume más suave que el más puro de los inciesos se expandía en el aire. Vi entonces que el ángel escolta de mi santo patrono llevaba un copón de oro, admirablemente trabajado. San Benito descubrió el copón, tomó una hostia que dividió en tres partes, y yo comulgué triplemente con una sola hostia, cuyo sabor debía ser más exquisito que el de maná que paladearon los hebreos en el desierto. Se escuchó entonces una arrebatadora música de laúdes, arpas y otros instrumentos celestes tañidos por Arcángeles y el coro de los Santos cantó:

*"Eran tres hombres  
en el Gólgota;  
al igual que en el cielo  
están en la Trinidad.*

"Me desperté. Comprendí que ese sueño era un acontecimiento solemne para mi vida y para los hombres. La hora en que se produjo no me dejó la menor duda sobre la veracidad de tal sueño. No obstante, como echaba por tierra las creencias sobre las cuales se apoya el cristianismo, tuve temores de hacérselo conocer al Papa. La noche siguiente, en el sueño matinal, vi a la Santísima Virgen entre dos mujeres, a quienes decía «¡Vosotras también sois madres de Dios, pero los hombres ignoran vuestra maternidad!» Me desperté bañado en sudor. Ya no me quedaba ninguna duda. Recité en voz alta la doxología. Fui a decir misa a Santa María Mayor, luego me encaminé al Vaticano para solicitar audiencia al Santo Padre, quien me la concedió. Le relaté todo lo que había ocurrido. El Papa me escuchó en silencio y meditó un instante después de haberme oído. Terminada su meditación, me ordenó severamente que cesara totalmente en mis estudios teológicos y dejara de pensar en cosas ridículas e imposibles que sólo un demonio habría suscitado en mí. Me conminó a volver a visitarlo al cabo de un mes, y me fui pesaroso y avergonzado. Volví a mi convento desierto y lloré. El sagrado estribillo «Eran tres hombres...» volvió a resonar en mi mente. Lo rechacé con toda la fuerza de mi voluntad, como a una tentación. Me humillé ante Dios.

"Durante un mes observé un ayuno riguroso y practiqué las doce mortificaciones recomendadas por el contemplativo Harphius en el libro II de su Teología Mística. Me castigaba, sobre todo, con las cinco últimas: mortificación de toda curiosidad del entendimiento, mortificación de todo escrúpulo del corazón, mortificación de toda impaciencia inquieta del alma, mortificación de toda voluntad y práctica de la resignación para soportar todo abandono por amor a Dios. Al cabo del mes, después de esas penitencias, la convicción que se había poseído fortuitamente de mí se robusteció en mi alma y volví a ver al Santo Padre, quien, muy afectuosamente, me preguntó si ya había abandonado las quimeras que el demonio de la herejía me había inspirado. Para responderle, no se me ocurrió otra cosa que estas palabras: Eran tres hombres. . .

"-¡Ay! -exclamó el Papa-. Este hombre está poseído.

"Entonces me eché de rodillas. Hablé de mis mortificaciones y supliqué al pontífice que me exorcizara. Con lágrimas en los ojos me dijo que Dios estaría agradecido por esta humillación voluntaria; luego me exorcizó según los ritos. Partí inmediatamente, sin insistir, ya que estaba bien seguro de que mis pensamientos no eran en absoluto de inspiración diabólica sino divina, puesto que ningún exorcismo había prevalecido sobre ellos."

\*\*

\*

El heresiarca dejó de hablar, repitió sus movimientos de costumbre, bebió su vino santo, meditó un momento con los ojos fijos en el techo y, abandonándose en el sillón, hizo girar los pulgares uno alrededor del otro sobre el vientre. Retomó el discurso de esta manera:

\*\*

\*

"Al día siguiente escribí al Papa insistiendo en mis convicciones y rogándole, puesto que él era el jefe de la religión, que proclamase la verdad lograda por mí, tan milagrosamente. Agregaba que no había infabilidad que pudiera hacer engañoso lo verdadero y que, por consecuencia, yo me separaría de la Iglesia en caso de que él prefiriese los antiguos errores a la evidencia nueva. Por toda respuesta se me excomulgó.

Entonces abandoné la Orden y, enriquecido con los bienes que yo había aportado, vine a refugiarme a este asilo de paz, donde, arrojado del seno de la iglesia católica, echo los cimientos de la nueva religión. Introduje la verdadera comunión triple, encerrando en una hostia los tres cuerpos humanos de un solo Dios en Tres Personas. Porque la verdad es ésta: la Trinidad se hizo hombres. Hubo tres encarnaciones. Las Tres Personas del Dios único sufrieron, en el mismo día, la Pasión necesaria para el rescate de la Humanidad. El ladrón de la derecha era Dios Padre. Se lo reconoce

fácilmente por las palabras solícitas que, en la Cruz, dirigió a su Hijo bienamado. Su vida fue triste y paciente. Sufrió la injusticia de ser tomado por ladrón, no siéndolo. Y siendo todopoderoso e infinitamente majestuoso, no quiso tener discípulo alguno. Cristo, que murió entre los Ladrones divinos, era el Verbo, y por tanto fue el Legislador. Sus palabras y sus actos debían ser transmitidos al mundo para servirle de enseñanza. Y así lo hizo. El ladrón de la izquierda era el Espíritu Santo, el Paráclito, el Amor eterno que, hecho hombre, quiso ser semejante al amor humano, que es infame. Fue realmente ladrón y sufrió justamente. He aquí el misterio en toda su santidad: Dios se hizo hombre. Dios padre, encarnado, sufrió para ejercitar sobre sí mismo su omnipotencia y se humilló hasta mantenerse desconocido y sin historia. Dios hijo, encarnado, sufrió para certificar la verdad de su enseñanza y dar el ejemplo del martirio. Sufrió injusta pero gloriosamente para conmover el espíritu de los hombres. Dios Espíritu Santo, quiso sufrir con justicia. Se encarnó en las peores debilidades humanas y se abandonó a todos los pecados por compasión y amor profundo hacia la Humanidad. He aquí la verdad:

*"Eran tres hombres  
en el Gólgota;  
al igual que en el cielo  
están en Trinidad."*

\*\*

\*

Con estas palabras Benedetto Orfei me contó la historia de su herejía y me expuso su doctrina. Arrebatado por su relato, había olvidado beber. En cuanto terminó de hablar extendió la mano derecha, siempre hundido en el sillón, tomó una hojuela de persicata que arrolló cuidadosamente, y comió de un bocado. Luego, habiéndose servido el vino santo, lo bebió, pero tan desmañadamente que persicata y vino santo se desviaron en su garganta. Los engulló atravesados, de lo que resultó una explosión por la boca y la nariz. El heresiarca, rojo al punto de estallar, tosió durante cinco largos minutos. Tuvo necesidad de sonarse y, como no era afecto al rapé, en lugar de algún enorme pañuelo de color extrajo un pañuelito de batista blanca, muy poco eclesiástico. Su elegancia me asombró. Retomó aliento respirando ruidosamente, mientras me señalaba con el dedo la mermelada, invitándome a servirme.

En seguida me confesó que la religión católica estaba podrida y que, como era demasiado vieja, el Papa evitaba tocarla, temiendo que se pudiera derrumbar. Fue incluso más expresivo, y empleando su dialecto natal agregó:

*—L'è éme ra merda: pi a s' asmircia, pi ra spissa.*

\*\*

\*

Cuando me levanté para despedirme, el heresiarca quiso acompañarme hasta la puerta. En el momento de incorporarse se abrió su sotana, especie de vestimenta monacal de sayal negro, y pude ver que, debajo de ella, el heresiarca estaba desnudo. Su cuerpo velludo estaba surcado por marcas de flagelación. Un cinturón rugoso, erizado de puntas de hierro que debía producirle insoportable sufrimiento, rodeaba su talle. Vi también otras cosas, pero son de tal naturaleza que no puedo describirlas. Toda esta desnudez, a decir verdad, sólo se me apareció durante un instante. El heresiarca cerró rápidamente la sotana, cuyo cordón anudó, y sonriendo me invitó a pasar a la habitación inmediata, donde estaba la biblioteca. Quedé pasmado al observar que este hombre, al tiempo que sometía a su carne a tales castigos, satisfacía al mismo tiempo su glotona sensualidad. Medité en ese contraste mientras entraba en la biblioteca, donde vi, convenientemente ordenados en los estantes, toda suerte de libros que el heresiarca me invitaba a mirar. Había allí, entremezclados, volúmenes preciosos y vulgares, de teología, filosofía, literatura y ciencias.

Eran libros y manuscritos antiguos y modernos de papel y pergamino. Vi las obras de Aristóteles, Galeno, Oribase, la Syphilis de Fracastor, la Sabiduría de Charrón, el libro del jesuita Mariana, los cuentos de Boccaccio, de Bandello, de Lasca, Santo Tomás, Vico, Kant, Marcilo Picino, la Diadema de los monjes de Smaragdus, y otros varios. En seguida dejé al heresiarca, a quien no he vuelto a ver.

\*\*

\*

Pasado algún tiempo, me enteré que acababa de aparecer El Evangelio verídico, de Benedetto Orfei, traducido a la lengua corriente, conteniendo la vida de Dios padre, primero de los dos evangelios paralelos a los dos evangelios canónicos. Me procuré el libro, que era muy breve. No contenía nada preciso sobre la vida de la primera persona de Dios. Se afirmaba en sus páginas que se ignora todo sobre el nacimiento de Dios padre y que de su vida no se sabe casi nada, salvo que fue justo, oscuro y sin amigos. Su existencia estaba mezclada a la de las otras dos personas de la Trinidad, y fue a raíz de haber tratado de desviar a Dios Espíritu Santo de un delito que iba a cometer, que fue arrestado con él y condenado injustamente. Cada una de las palabras que Dios padre había cambiado con Jesús y el mal ladrón en el lugar del suplicio, era objeto de un capítulo en el que se la comentaba. Era, en verdad, el único momento bien conocido de su vida y aun así el heresiarca había tomado la narración de los evangelios sinópticos. Después de la muerte de Dios padre todo se volvía misterioso. No se sabía más nada; ni de su resurrección y ascensión probables, pero desconocidas. La obra parecía haber sido escrita en latín, traducida rápidamente al italiano y publicada. El manuscrito sobre pergamino debe de existir todavía.

El año siguiente Benedetto Orfei publicó el segundo evangelio paralelo a los evangelios canónicos o Evangelios del Espíritu Santo. Como la de Dios padre, su vida era poco conocida. Pero mientras que del Padre Eterno sólo se conocía

su muerte, se sabía del Espíritu Santo que había violado a una virgen dormida. Este estupro había sido la operación del Espíritu Santo de la cual nació Jesús. Se insistía también con respecto a las palabras pronunciadas en la cruz, el misterio reaparecía luego de que los soldados quebraron las piernas de los dos ladrones. Este volumen, en verdad muy bello y de gran nobleza intelectual en algunos pasajes, contenía otros de tal crudeza que las autoridades italianas lo hicieron requisar como libro obsceno; por lo cual es inhallable.

Los ejemplares del primer evangelio, o Vida de Dios padre, son, por otra parte, muy raros también. Interesada en destruirlos, la corte pontificia los adquirió en su mayor parte.

La herejía de las Tres Vidas no se difundió. Benedetto Orfei murió en el umbral del siglo. Sus escasos discípulos se dispersaron y es muy probable que las enseñanzas del heresiarca hayan sido vanas, que de ellas no saldrá nada y que nadie pensará en retomarlas.

\*\*  
\*

Un sacerdote que había conocido mucho a Benedetto Orfei y que había tratado frecuentemente de hacerlo abjurar de lo que los católicos llamaban sus errores, me ha contado el fin del heresiarca. Murió, según parece, a consecuencia de una indigestión, pero su cuerpo se descubrió cubierto de llagas, resultantes de las torturas que Orfei se imponía, por lo cual los médicos dudaban entre atribuir el deceso a la gula o a las mortificaciones.

La verdad es que el heresiarca era semejante a todos los hombres, pues todos son a la vez pecadores y santos, cuando no son criminales y mártires.

# LA INFALIBILIDAD

El 25 de junio de 1946, el cardenal Porporelli terminaba de almorzar cuando le fue anunciada la visita de un sacerdote francés, el abate Delhonneau. Eran las tres de la tarde. El implacable sol que exalto la astucia triunfante de los antiguos romanos y que ahora penosamente entibia la fría truhanería de nuestros coetáneos, aunque dejaba caer sus insoportables rayos sobre la plaza España, donde se levanta el pasita de un sacerdote francés, el abate Delhonneau, lacio cardenalicio, respetaba sin embargo el departamento de monseñor Porporelli. Allí las persianas conservaban un frescor agradable y una penumbra casi voluptuosa.

El abate Delhonneau fue conducido al comedor. Era un sacerdote del Morvan Su aspecto de hombre testarudo tenía cierta analogía con el de los pieles rojas.

Si hubiera sido autunés, hubiera debido nacer en el recinto céltico de la antigua Berbricia, en el monte Beuvray Hay aún en Autún, ciudad de origen galo-romano, y en sus alrededores, algunos galos por cuyas venas no corre una gota de sangre latina, y el abate Delhonnesu era uno de ellos.

Se acercó al príncipe de la Iglesia y le besó el anillo, según la costumbre. Rehusando los frutos sicilianos que monseñor Porporelli le ofrecía en una canastilla, expuso el motivo de su visita.

–Deseo –expreses– tener una entrevista con nuestro Santo Padre, el Papa, pero en audiencia privada.

–¿Misión secreta gubernamental? –preguntó el cardenal guiñando un ojo.

–¡En absoluto, monseñor! –repuso el abate Delhonneau–. Los motivos que me impulsan a solicitar esta audiencia no sólo interesan a la Iglesia de Francia sino a la catolicidad entera.

–¡Dio mío! –exclamó el cardenal hincando el diente en un higo seco relleno de avellana y anís– ¿Es realmente tan grave?

–Muy grave, monseñor –repitió el sacerdote francés, mientras que, descubriendo algunas manchas de sebo en su sotana, se empeñaba en rascarlas con las uñas.

El prelado gimoteó:

–¿Qué más puede haber todavía? Tenemos ya bastantes historias con vuestra ley sobre la separación y los extravíos de ese canónigo Bierbaum, de Landshut, en Baviera. que no deja de escribir contra la Infalibilidad.

–¡El imprudente! –interrumpió el abate Delhonneau.

Monseñor Porporelli se mordió los labios. En su juventud, cuando no era más que un mundano sacerdote de Florencia, él también había combatido la Infalibilidad, pero pronto se había de inclinar ante el dogma.

–Mañana tendréis audiencia, signor abate –dijo–. ¿Conocéis el ceremonial?

Le tendió la mano. El sacerdote se inclinó y la besó sonoramente, retrocedió hasta la puerta, desde donde se inclinó por segunda vez, mientras el cardenal, con gesto fatigado, lo bendecía con la mano derecha mientras su izquierda palpaba los duraznos en la canastilla.

\*\*

\*

Cuando el día siguiente fue conducido ante el Papa, el abate Delhonneau se dejó caer de rodillas y besó la sandalia del blanco Pontífice; luego, incorporándose decididamente, le rogó en latín que lo escuchase a solas, como en confesión. Y, ¡oh condescendencia!, el Santo Padre dio buena acogida a esta osada petición.

Una vez a solas, el abate Delhonneau comenzó a hablar lentamente. Esforzábese en pronunciar el latín a la italiana, pero los galicismos abundaban en su léxico de seminario; además, la u francesa aparecía continuamente, incomprendible para el Papa, quien interrumpía al orador para hacerle repetir lo que no comprendía bien.

–Santo Padre –decía el abate Delhonneau–, como consecuencia de mis estudios y mis penosas reflexiones, he llegado a la certidumbre de que nuestros dogmas no son de origen divino. He perdido la fe y estoy convencido de que en ningún hombre ella podría resistir un examen honesto. No hay una sola rama de la ciencia que no contradiga con hechos irrefutables las llamadas verdades de la religión. ¡Ay!, Santo Padre, ¡qué pena para un sacerdote el descubrir esos errores y qué dolor el atreverse a confesarlos!

–Hijo mío –dijo el Papa–, pienso que en esas condiciones habréis dejado de celebrar la Santa Misa. Ningún sacerdote puede vanagloriarse de no haber conocido las dudas que os asaltan; pero un retiro en esta ciudad, cuna del catolicismo, os devolverá la fe perdida, y por los méritos de. ..

–¡No! ¡No! Santo Padre, he hecho todo lo posible para recobrar una fe que, vacilante primero, ha terminado por desplomarse. Me esforcé en apartarme de los pensamientos que me torturaban. Fue en vano! ... ya vos mismo, Santo Padre, lo habéis confesado, las dudas os asaltaron alguna vez. ¿Qué digo? ¿Dudas? ¡No, sino claridades, iluminaciones, certidumbres! Confesadlo; la tiara que lleváis sobre vuestra frente está cargada de falsedades consagradas. Y si la política os impide sostener las negociaciones que se agitan en vuestro cerebro, no por ello dejan de existir. He allí la verdadera carga del papado: es el espanto de reinar por medio de mentiras seculares; es la carga que hace dudar a los elegidos al salir del cónclave... Respondedme, Santo Padre: Vos conocéis todo esto. ¡Un pontífice romano no debe ser menos perspicaz que un pobre cura de Morvan!

\*\*

\*

El Papa estaba sentado, inmóvil y grave; durante esta última parte del discurso no abrió la boca para nada. Delante suyo el abate Delhonneau se asemejaba a esos galos que, durante el saqueo de Roma, acudían a irritar a los senadores, majestuosos como estatuas, sentados en sus sillas cúrales. Levantando lentamente los ojos, el pontífice preguntó:

–Sacerdote, ¿a dónde queréis llegar?

–Santo Padre –respondió el abate Delhonneau–, Vos detentáis un poder formidable, tenéis el derecho de establecer el Bien y el Mal Vuestra Infalibilidad, ese dogma incontestable que descansa en una realidad terrena, os otorga un magisterio que no tolera ninguna contradicción. A vuestra elección podéis imponer a los católicos la verdad o el error. ¡Sed bueno, sed humano! ¡Enseñad lo verdadero! ¡Ordenad ex cathedra que sea disuelto el catolicismo! ¡Proclamad que sus prácticas son supersticiosas! Erigid esas verdades en dogma y habréis logrado el reconocimiento de la humanidad. ¡Después descenderéis dignamente de un trono desde el que dominabais por error y que nadie podrá en adelante volver a ocupar legítimamente, si Vos lo declaráis vacío para siempre!

\*\*

\*

El Papa se había incorporado. Dejando de lado todo ceremonial, salió de la habitación sin dirigir una palabra ni una mirada al sacerdote francés, que sonreía con desprecio y al que un guardia noble guió a través de las suntuosas galerías del Vaticano hasta la salida.

\*\*

\*

Un tiempo después, la curia romana creó un nuevo obispado en Fontainebleau, designando titular al abate Delhonneau.

En ocasión de su primer viaje ad limina, este obispo propuso a la Santa Sede que erigiese en dogma la creencia de la misión divina de Francia. Cuando el cardenal Porporelli lo supo, exclamó:

–¡Galicismo puro! Sin embargo, la administración galorromana es el mejor beneficio para los galos. Es necesaria para domar la turbulencia de los franceses. ¡Cuántas penurias para civilizarlos!...

# TRES HISTORIAS SOBRE CASTIGOS DIVINOS

## I

### *El joven vicioso*

El tal Louis Gian, hijo de un pequeño vendedor de aceites de Niza, no demostró nunca la más mínima piedad, a la inversa de los otros niños que, al menos en la época de su primera comunión, dan pruebas de una devoción conmovedora.

El vicario cojo de San Reparaz le había dicho un día, durante el catecismo, mientras limpiaba sus anteojos con la sucia sotana:

—¡Ay de ti, Louis! Serás desdichado porque eres falso. Al verte, se te tomaría por un ángel. ¿La verdad? Eres tan nimio como una chinche de rodillas. Tú te burlas de mí. Lo sé, y puedes hacerlo. Pero no se bromea con Dios. Por otra parte, lo aprenderás muy pronto por tu cuenta.

Louis Gian había escuchado, de pie y con los ojos bajos, la amonestación del vicario. Pero una vez que éste volviera la espalda, el impío remedó su andar vacilante y canturreó:

—Cinco y tres son ocho. Cinco y tres son ocho.

El joven nizado no se corrigió nunca. Hasta los catorce años frecuentó poco la escuela; en cambio, se entregaba a la sensualidad bajo los puentes del Paillon y en el Castillo, primero con muchachos de su edad y luego con niñas. A los catorce años fue colocado en casa de un camisero, abandonando la vieja Niza con sus perfumes de frutos y aromas mezclados a los olores de carne cruda, pasta agria, bacalao y letrinas, por una tienda en la ciudad nueva. Desde el primer momento fue vigilado por el patrón y la patrona, que no lo dejaron descansar ni de día ni de noche.

La patrona era roja como una toronja, y el patrón olía a pissala. Durante el carnaval, Louis Gian se dejó raptar por un ruso quincuagenario y minucioso, al que tenía que llamar "Mi general", y quien a su vez lo llamaba "¡Ganimedes!".

Pero cuando comprobó que el ruso era exigente y avaro, lo abandonó luego de robarle. A continuación se prodigó a un turco brutal y glotón. Cuando el turco se arruinó en Montecarlo, lo reemplazó por un americano. Louis Gian comprendió que su naturaleza generosa lo adaptaba, como un mapamundi, a todas las nacionalidades.

Sin embargo, no supo mantener, en su momento afortunado, esa serenidad que es privilegio de los virtuosos. Despreció a sus compañeros de antaño y si pasaba cerca de ellos fingía no verlos. Estos le devolvieron al principio desprecio por desprecio. Cuando se topaban con él no dejaban de hacerle el gesto que consiste en aplicar el antebrazo izquierdo en el pliegue del derecho mientras se agita el puño de la mano derecha. O mejor aún, remedaban a su paso la obscena letra Z de un alfabeto mudo, que empleaban generosamente los nizados, monegascos, turbiascos y mentoneses.

Finalmente, la inconducta de Louis Gian fue espanto del cielo como antes lo fue de sus antiguos camaradas. El que mea contra el viento se moja la camisa; plugo a Dios castigar con la pena del tallón los pecados del vicioso.

Louis Gian insultó a uno de esos amigos de antaño que lo había apostrofado. Hubo allí querrela, pelea y promesas de venganza.

Cuatro jóvenes que, en suma, no valían mucho más que Louis Gian, lo esperaron una noche que había ido solo al teatro. Se atestaron de ese vino de Córcega cuya reputación del siglo XVI se había venido abajo, y luego se emboscaron frente a la villa donde el vicioso vivía con un mórbido austriaco.

Cuando Louis Gian llegó, pasada la medianoche, se precipitaron sobre él, lo amordazaron y, luego de izarlo en la reja de la casa, lo empalaron, escapando del lugar a todo lo que daban.

El empalado murió, quizá voluptuosamente. Estaba bello como Atis. Las luciérnagas brillaban alrededor de él...

## II

### *La danzarina*

Hace un tiempo leí en un viejo autor este relato, auténtico o legendario, de la muerte de Salomé. No he adornado el cuento con palabras hebreas ni descripciones exactas de las vestimentas ni del palacio, sofisticaciones éstas que hubiesen dado al relato ese color local tan apreciado actualmente. A decir verdad, mi ignorancia me hubiese impedido hacerlo, y he conservado inclusive los nombres que mis personajes llevan en nuestros evangelios.

Los que hicieron morir a San Juan Bautista fueron castigados. Herodías había quedado" prendada de la incitante delgadez del penitente que invitaba a los hombres a tomar baños. A pesar de haber actuado como José en casa de Putifar, el comedor de langostas había experimentado sin duda deseos carnales, pronto reprimidos, hacia aquélla que lo quería. Cuando Herodías, incestuosamente según la ley de los judíos, hubo desposado a su cuñado Herodes Antipas, los reproches hechos por el Bautista estaban algo cargados de celos. Salomé, adornada, emperifollada, colorsada y maquillada, bailó frente al rey y, excitando un deseo doblemente incestuoso, obtuvo la cabeza del santo, negada a su madre.

Herodías recibió la cabeza cabelluda, de rostro barbudo, en una bandeja de oro. Su pasión se despertó de pronto y besó ardientemente los labios violáceos del Bautista decapitado. Pero su resentimiento fue más fuerte. Lo satisfizo perforando con un alfiler la lengua, los ojos y todas las partes de la testa sangrante. El sacrilegio terminó con la muerte de Herodías, que jugando todavía con la preciosa cabeza, sucumbió al parecer por la ruptura de un aneurisma.

Esta orgullosa mujer no permaneció mucho tiempo en el infierno. Formó parte de esas hordas de espíritus que pueblan los aires y que, cuando son buenos, me place llamarlos dioses. Entiéndase bien que llamo dios a todo aquello sobre lo que el hombre no tiene poder y no esa alma del mundo que Speusippe de Atenas fue el primero en suponer que gobernaba sin entendimiento el mundo. En las noches de tempestad, Herodías, anunciada por el ulular de los búhos y el espanto de los animales, conduce una cacería fantástica que pasa por encima de nuestros bosques.

Herodes Antipas, rey de Judea, cuyo poder equivalía al de un bey tunecino de nuestros días, fue desterrado por Tiberio y murió desventurado en Lyon.

Salomé, cuya hermosa danza había enceguecido al rey, murió bailando; extraña muerte que envidiarían todas las bailarinas.

Una vez, esta dama bailó durante una fiesta en la terraza de mármol incrustada de serpentina de un procónsul, quien la llevó consigo cuando abandonó Judea para ir a una provincia bárbara a orillas del Danubio.

Un día de invierno ocurrió que, habiéndose extraviado al borde del río helado, Salomé se sintió seducida por el hielo azulino y se lanzó sobre él, bailando. Estaba, como siempre, ricamente ataviada, dorada por sus cadenas de mallas minúsculas, semejante a las que después hicieron esos joyeros venecianos que quedaban ciegos hacia los treinta años de edad. Salomé bailó largo rato, mimando al amor, a la muerte y a la locura. Y, en verdad, parecía que hubiera algo de locura en su gracia y su liviandad. Según las actitudes que su cuerpo asumía, sus manos se expresaban en quironomía. Nostálgicamente imitó también los lentos movimientos de las cosechadoras de Judea, enguantadas y en cuclillas, cuando recogen las olivas maduras.

Después, con los ojos entrecerrados, ensayó los pasos de una danza casi olvidada, esa danza condenable que le había valido la cabeza del Bautista. De pronto el hielo se rompió bajo sus pies y ella se hundió en el Danubio, pero de tal manera que, hallándose el cuerpo sumergido, la cabeza quedó afuera y el hielo volvió a cerrarse alrededor de su cuello. Sus terribles gritos espantaron a los grandes pájaros de vuelo pesado, y cuando la desgraciada calló su cabeza parecía tronchada y puesta sobre una bandeja de plata.

Llegó la noche, clara y fría. Las constelaciones brillaban. Las bestias salvajes se acercaban a husmear a la agonizante, que las miraba aún aterrorizada. Finalmente, en un último esfuerzo, apartó su mirada de las cosas de la tierra para fijarla en las cosas del cielo y expiró.

Como una tierna gema, la cabeza permaneció largo tiempo sobre los pulidos hielos que la rodeaban. Las aves de presa y las bestias feroces la respetaron.

Y el invierno pasó. Después, bajo el sol de Pascua, se produjo el deshielo, y el cuerpo engalanado, incrustado de joyas, fue arrojado a la orilla para su fatal descomposición.

Algunos rabinos sostienen que el alma de Adán animó también a Moisés y a David. Yo no estoy lejos de creer que la de Salomón se encarnó en la hija de Jefe, y que, no habiendo hallado reposo desde entonces, sobrevive en España, en Turquía o quizás en las provincias danubianas, en el cuerpo de alguna bailarina de kolo, esa ronda obscena que podría llamarse la danza de la grupa.

### III

## *De un monstruo lionés o el antojo*

Había una vez en Lyon un fabricante de telas apellidado Goréne, al que sus padres, muy piadosos, le habían puesto el nombre de Gaétan por haber nacido el mismo día de la fuga del Papa a Gaeta.

Gaétan Goréne había llegado a ser un buen católico. Heredó la enorme fortuna paterna, quedó al frente de los negocios y tomó por mujer a una joven de su condición.

Sus bienes aumentaron. Aunque el suyo era un matrimonio feliz, no gozaba de una felicidad completa, pues transcurridos ya tres años no tenía hijos.

En la esperanza de ser padre hizo observar a su mujer las prescripciones de los más grandes médicos. En vano la llevó a las fuentes reputadas como maravillosas contra la esterilidad.

Por fin, convencido de que los recursos humanos eran impotentes, de común acuerdo con su mujer recurrió a la religión. Escuchó los consejos del confesor de su esposa. Pero las virtudes de las peregrinaciones más famosas no se manifestaron y las más fervientes plegarias fueron rezadas inútilmente.

El fabricante lionés ganó un incalculable número de días de indulgencia, pero su mujer permaneció tan estéril como antes. Blasfemó contra el cielo, puso en duda las verdades de la religión y, finalmente, perdió la fe en sus antepasados. Este hombre presuntuoso no podía soportar que la Divinidad no obrara un milagro en su favor. No se confesó más, no comulgó más, dejó de ir a los oficios religiosos e interrumpió sus donaciones a las obras piadosas que hasta entonces habían contado con su ayuda.

Releyó la historia de Napoleón y llegó a pensar en repudiar a su mujer estéril, que se mantenía piadosa a pesar de su marido. Por ese entonces encontró un médico sin renombre pero de alto nivel científico, quien, informado del infortunio del rico industrial, emprendió el tratamiento y, de una manera u otra, tornó propicia para la siembra la tierra infecunda.

Gaétan Goréne creyó morir de alegría cuando su mujer le anunció un día que ante diversos e inequívocos síntomas debía reconocer que se hallaba encinta, y que si ese embarazo tenía venturoso fin esperaba no permanecer primípara. El fabricante reafirmó con esto su impiedad y trató de apartar a su esposa de las prácticas devotas.

La dama, como buena cristiana, no dejó de contar todos estos hechos a su confesor. Este era un robusto sacerdote en la flor de la edad, empecinado en la fe, y pensaba que todo está permitido si se trata de que el reino de Dios llegue. Se había enterado con dolor del escándalo causado por la irreligiosidad del fabricante, pero, ante el resultado obtenido con sus sinceros consejos no pudo dejar de sentirse despechado. Comprendiendo que a causa del embarazo de la dama Satanás había sido el más fuerte, el sacerdote trató de volver al redil a la oveja extraviada.

Y, ciertamente, el cielo hizo caer una resplandeciente venganza sobre la impiedad de Gaétan Goréne. Una noche de plegarias inspiró al sacerdote un artificio que tuvo el más completo éxito.

Un día de verano, sabiendo que el marido estaba en Lyon por asuntos de negocios mientras la mujer quedaba en el campo, el sacerdote se cambió la sotana por las peores ropas que pudo hallar, simulando ser un vagabundo, buhonero, buscón, mendigo, pícaro, holgazán o desocupado como esos que se ven en todos los caminos.

Así ataviado se encaminó a la villa donde la dama encinta se aburría en soledad, mirando por la ventana. Era un violento día estival, cerca del mediodía, hora en que Pan, oculto en los sembrados, simboliza el celo estremecedor. El falso vagabundo se acerca hasta el muro, debajo de la ventana de la dama que se aburría. Cumplió allí una función natural que no es necesario describir, exhibiendo un pisón de mortero, un báculo pastoral, una flauta de Robín y, mejor aún, un ruiseñor a quien muchas damas hubieran querido oír cantar el Kyrie eleison. Nuestra dama, a pesar de su devoción, no permaneció indiferente y tuvo el antojo de ser el mortero del pisón, la jaula del ruiseñor. Pero, como era honesta, no podía satisfacer su deseo. Sin embargo, es natural que al sentir la comezón, se rascara.

Aunque los fenómenos relacionados con los antojos de las mujeres embarazadas sean menospreciados por muchos hombres de ciencia, creo que la dama estaba, por ese entonces, encinta de una niña, pues algunos meses después dio a luz y cuando el marido, anhelante de emoción, quiso saber si su hijo era varón o mujer, la comadrona levantó los brazos al cielo diciendo: "¡Es un monstruo!" Y el médico que la atendía dijo: "¡Es un hermafrodita!"

A consecuencia de ese «monstruoso suceso, el rico fabricante estuvo a punto de enloquecer de dolor. Pero reconociendo que todo ocurre por voluntad de Dios, se resignó, retornó a la devoción, donó grandes sumas de dinero para obras piadosas y sirvió de ejemplo a todo el mundo por su piedad.

El sacerdote, al enterarse de lo ocurrido, rió a carcajadas, enormemente divertido, saltó, tosió y finalmente fue a confesarse. Pero el confesor le negó la absolución y debió ir a implorarla al arzobispo.

El andrógino murió a poco de nacer. Gaétan, de nuevo piadoso, vivió feliz con su mujer y tuvieron muchos niños.

# SIMÓN EL MAGO

...Y mientras la multitud glorificaba a aquel cuyos discípulos realizaban tantos prodigios, un hombre de cabellos negros y rizados, barba rojiza y fina y rostro acicalado se acercó al diácono Felipe y le dijo:

—¡Adivino! Permíteme que a cambio de tu ciencia, que deseo conocer, te inculque la mía, que contiene ante todo los diez grados. Hace ya mucho tiempo que mi entendimiento ha franqueado los tres grados tenebrosos y en la actualidad conozco los siete atrios del infierno propiamente dicho.

—¡Atrás! —gritó el diácono Felipe—; nada hay de común, hechicero, entre tú y yo. Soy discípulo de Aquél que, en su bondad, libró a tus maestros malditos a todos los dolores. Pertenzco a su Iglesia y, por su voluntad, las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.

Pero el hombre sonrió y ajustando con la mano derecha su tiara color de azafrán en la que, como el Meandro bajo el sol, brillaba una serpiente de ópalos, continuó:

—Conduzco con rigor a las legiones demoníacas y estoy en comunicación con miríadas de ángeles. En su dulzura reside mi fuerza, y siendo el más rico, el más sabio de Samaría, quiero someterme a Aquél cuyos agentes realizan tantos prodigios. ¿Cómo se llama tu maestro?

—Es —respondió el diácono— Jesús de Nazareth, el Mesías, Hijo de Dios.

En seguida lo adoctrinó, y viendo que sumisa y humildemente reconocía la verdad, le preguntó su nombre y el hombre así con cada mano uno de los aros de oro que pendían de sus orejas. En los dedos llevaba anillos de oro engastados de piedras opacas cubiertas de signos diversos. En la posición adoptada su busto, sus brazos y su cabeza componían un triángulo isósceles. Sus anchos párpados violáceos velaban el brillo de los ojos negros. Su boca pintada pronunció:

—Simón.

El diácono recordó que ese había sido también el nombre del jefe de los apóstoles; luego bautizó al hombre llamándolo Pedro, y agregó:

—Simón, de ahora en adelante tú eres Pedro, como el Vicario de Dios sobre la tierra.

En ese instante, el pueblo, haciéndose a un lado, gritó: "¡Dejad paso!" Y Felipe vio llegar a Pedro en persona, con los ojos turbados por esas lágrimas que no habrían de agotarse jamás, desde que hubo renegado por tres veces de su divino Maestro. Cerca del viejo pescador del lago Tiberíades iba Juan, el discípulo bienamado.

El diácono dijo:

—Aquí viene Pedro llorando. A su lado, joven y severo, marcha Juan, el preferido. ¡Hombre a quien el bautismo ha renovado: pídele que te confiera el Espíritu Santo!

El pueblo se había dispersado. En la plaza no quedaba nadie más que el diácono, Pedro, Juan y el recién bautizado. Este recogió los pliegues de su larga túnica de tela amarilla tramada con dibujos violetas que figuraban bestias fantásticas, y descubrió sus sandalias de cuero azulado adornadas en el empeine con un cuádruple triángulo de oro. Pedro, volviéndose hacia Felipe, preguntó:

—¿Quién es este hombre de aspecto orgulloso? No parece tener una verdadera humildad de corazón.

Y el diácono Felipe repuso:

—Es un hechicero. Según dice, dirigía inflexiblemente las legiones demoníacas y se entiende con miríadas de ángeles. Se ha sometido, él, su ciencia y sus agentes sobrenaturales a la divina autoridad de Cristo, nuestro Señor, y ha sido bautizado.

Una larga teoría de mujeres enguantadas que llevaban cántaros sobre la cabeza atravesó la plaza. Se aproximaron a los apóstoles y una de ellas, graciosa y fuerte, dejó su cántaro en el suelo y arrodillándose ante Pedro dijo:

—Maestro: se asegura que habláis en nombre de Jesús de Nazareth. El conversó conmigo un día. Yo estaba sentada en las inmediaciones de la ciudad, sobre el brocal del pozo hacia donde ahora vamos. Maestro, habladnos de Jesús.

El hechicero se puso delante de la mujer, diciendo:

—Maestro, no le respondáis. Es una prostituta.

Pero Pedro replicó:

—¡Mago, apártate!

Y sonriendo, bañado en lágrimas, dijo a la Samaritana:

—Mujer que tienes fe; vé hasta el pozo con tus compañeras, recoge el agua para tu bautismo y vuelve hacia mí.

Y la Samaritana se incorporó y se alejó, seguida por las otras mujeres, hacia las puertas de la ciudad.

Habiéndose acercado nuevamente a Pedro, el mago le dijo:

—He venido hacia Felipe, tu discípulo, quien realizó prodigios admirables antes de tu llegada. Te ruego me confieras el Espíritu Santo y el poder de conferirlo a mi vez.

Pedro preguntó:

–Mago, ¿para qué deseas el poder de conferir el Espíritu Santo?

Y el hechicero repuso:

–Por la gloria que con ello lograré. Ella me colocará por encima de los demás hombres, y un día, si tú mueres antes que yo, seré digno de ocupar tu lugar, ¡oh Maestro!

Pedro replicó:

–Aquel que anhela una gloria distinta de la del Altísimo es indigno de conferir el Espíritu Santo. ¡Vete de aquí con tu magia, mago!

Pero el hechicero, inclinándose, continuó:

–Maestro, eres pobre y yo soy rico. ¡Véndeme tu ciencia, de la cual mi magia es el error! Pedro se alejó de él, y volviéndose hacia Felipe le preguntó:

–Cómo se llamaba este hombre?

–¡Simón! –respondióle el diácono.

Y Pedro, cayendo de rodillas, se lamentó:

–¡Oh! ¡Mi nombre de pescador! ¿Han de ser Simones todos aquellos que quieran comprar los sagrados dones? ¡Que ese execrable pecado suscite el horror del cielo y de la tierra!

El mago se agachó, y mientras las colgantes y pesadas mangas de su túnica aventaban el polvo, trazó en el suelo las palabras ABLANATANALBA y ONORARONO, que pueden leerse indistintamente de derecho a izquierda o de izquierda a derecha, y cuando se incorporó los discípulos vieron en él la viviente imagen de Pedro, el jefe de los Apóstoles, pero que no lloraba, y decía:

–Simón Pedro, yo no soy otro que el que tú eres, y nuestros nombres son los mismos. Viviré tanto como la Iglesia en la que tú mandas. Yo seré para siempre el mal jefe de ella, mientras tú eres el buen pastor. Y allí donde tú representes la bondad celestial, yo seré la infernal maldad que ponga en movimiento, cuando me plazca, a las legiones demoníacas y las miríadas de ángeles.

Entonces desapareció, y los apóstoles lo buscaron vanamente en la plaza, por donde volvía, desde la puerta de la ciudad, la teoría de las samaritanas que, con los brazos en alto, mantenían en equilibrio sobre sus cabezas, los recipientes llenos de agua bautismal.

\*\*

\*

...Y viendo llegar a dos viejos que se asemejaban mutuamente, Nerón preguntó:

–¿Cuál de vosotros es el galileo cuyos milagros asombran a la ciudad?

Uno de los hombres dirigió su mirada al cielo sin responder, mientras su acompañante exclamaba:

–Este que tanto se me asemeja no es más que un impostor. Y en este jardín donde tú nos recibes, ¡oh! Cesar, quiero elevarme ante ti como un pájaro que levanta vuelo. Mi arte me proporciona los medios para confundir a este silencioso.

El emperador rió a carcajadas.

–Extranjeros –dijo–: al principio os había tomado por Castor y Polux, pero ellos se aman y viven alternativamente. Vuestra enemistad excita mi imaginación. ¡Haced vuestros prodigios, hechiceros! Mi música acompañará a vuestros gestos. Después celebraré vuestras luchas en estrofas alcaicas.

Vio entonces que el rostro del anciano que había hablado era sereno y astuto, en tanto que en las mejillas del silencioso las lágrimas, que no dejaban de correr, habían cavado dos surcos.

Nerón tomó un laúd bien templado y lo hizo sonar; el hombre que no lloraba exclamó:

–Pedro, ha llegado el momento en que te confundiré. Mi arte destruirá todos los encantamientos de tu ignorancia. Mis aliados están despiertos en el Cielo y en el Infierno.

Trazó sobre el suelo la palabra ANATAMA, que se lee por igual de izquierda a derecha y viceversa. Al elevarse una sombría nube el mago le dijo:

–Anatama, príncipe del Infierno: si mi enemigo me atacase en el momento en que no pueda defenderme, al abandonar la tierra tú harás que anochezca y combatirás con este hombre en la obscuridad.

Se puso en cuclillas para anudar los cordones de su sandalia derecha adornada en el empeine con un cuádruple triángulo de oro, y se incorporó exclamando:

–¡Eloah Quannah, Dios celoso, encargado de las puertas del dominio celestial al oeste, apártate después de abrir la puerta y deja salir a aquellos que me sirven!

Entonces gritó:

–¡Kokhabiel!

Y se oyó un rumor argentino de armas celestes, mientras avanzaban Kokhabiel y los trescientos sesenta y cinco mil ángeles que tiene a sus órdenes. El mago echó una mirada triunfal a Pedro que, de rodillas, imploraba ahora con los brazos en cruz.

El brujo llamó: –¡Quemuel!

Y con un ruido similar al canto de millares de pájaros se adelantaron Quemuel y los doce mil Espíritus que están

bajo sus órdenes.

El mago volvió a ordenar:

–¡Angel Dumiel, portero del Infierno: deja pasar a aquellos que me sirven!

Y silenciosos, como el vuelo de los murciélagos, llegaron a horcajadas sobre cebras, burros salvajes, onagros, o de pie sobre elefantes portadores de hermosas ciudadelas, o bien sentados sobre panteras, o aun caminando y arrastrando onzas y osos encadenados, los noventa mil Demonios que asistieron al éxodo de Egipto.

Y el mago dijo a aquellos que le obedecían:

–Vosotros que sois a la vez mis amos y mis servidores, he aquí que me elevaré ante el César, como un pájaro que levanta vuelo. Defendedme mientras esté en el aire, para que mi enemigo permanezca en la tierra, impotente y confundido.

Se acercó a Pedro y le habló:

–Las potencias del Cielo y del Infierno me obedecen. El mismo Dios aparecerá ante ti para confundirte, corroborando mi ciencia y tu ignorancia.

Y llamó: –¡Sidra!

Y la Orden que es la Boca de Dios apareció en el firmamento, donde, al llamado del mago, se manifestaron Tathmahinta, que el Codo izquierdo del Cuerpo de Dios; Adramat, que es un Dedo majestuoso en el Pie derecho del Cuerpo de Dios; Auhez, que es un Dedo prensil en el Pie izquierdo del Cuerpo de Dios, y cerca de Hatoumach, la Integridad misma, que es también el Dedo gordo del Pie izquierdo del Cuerpo de Dios.

¡Y qué inmensa majestad colmaba el cielo a medida que aparecían las celestes Potencias, que son los Miembros del Cuerpo de Dios!

¡Dagoul We Adom se inscribió con una rúbrica distinta en el Cuerpo de Dios! Entonces, Kokhabel y sus trescientos sesenta y cinco mil Ángeles; Quemuel y sus doce mil Espíritus; Anatana el oscuro y los noventa mil Demonios que asistieron al éxodo de Egipto, las legiones de demonios y las miríadas de ángeles de todas las jerarquías se inclinaron y apareció el fulgurante Ohaztah, que es el Príncipe del Rostro divino.

Diligentes e inauditos, rodeando y sosteniendo el Cuerpo adorable, se manifestaron Afapé, Elohémancith, Tamani, Ouriel y los demás Rostros de águilas, leones o querubines que adornan el Carro celestial.

Los Ofanim, una clase de ángeles multicolores, que son las ruedas del Carro, más veloz que todo lo que el espíritu humano puede concebir, giraron en el cielo arrojando un resplandor insoportable, adquirieron todos los tonos, desde las blancuras totales e infinitamente variadas de las más puras regiones estrelladas, hasta los últimos matices que llamean en los abismos, mientras que, sombría y terrible, como un anuncio de tempestad, dominaba en el cénit la profundidad violeta de Humasion, la Amatista, que es un llamado de la Divinidad.

Y Pedro, con la frente en tierra, suplicaba al Altísimo que confundiese al mago, que gritaba: –¡César! De inmediato voy a levantar vuelo ante ti hasta la presencia a Dios.

Y llamó:

–¡Isda! ¡Auhabel! ¡Auferethel!

E Isda, que es el ángel de la alimentación, se acercó y le dio las fuerzas necesarias para dar cumplimiento a su falso milagro en seguida, Auhabel, el ángel querido de Dios y administrador del amor, extendió sus alas y, tomando al mago por los cabellos, lo arrastró hacia las altas regiones, en tanto que Auferethel, que es el ángel del plomo, retenía a Simón para que no subiese demasiado rápido y perdiese el conocimiento.

Pero de repente, habiéndose incorporado, Pedro rompió el encanto con un solo gesto; en un silencio augusto derrumbó la angélica y resplandeciente majestad del Cuerpo divino, en tanto que con un ruido de plata y de seda desaparecían las miríadas de ángeles y con un rumor de burbujeo de cloaca se hundían en el abismo las legiones demoníacas.

\*\*

\*

...Y crucificado cabeza abajo en señal de respeto a la adorable postura de su Maestro, Pedro, el de los ojos quemados por las lágrimas; Pedro, en trance de muerte, observó que un hombre que se le parecía se acercaba al verdugo y le preguntaba:

–¿Por cuánto me venderías el cuerpo de este ajusticiado?

Y el verdugo respondía:

–Extranjero: Este mártir que se te parece es sin duda tu hermano... Yo también soy cristiano, puesto que fui bautizado. Ejerczo mi oficio, y al hacerlo cumplo la voluntad divina. Pero el cuerpo de un mártir es un don sagrado de Dios a sus fieles, y está prohibido vender los dones sagrados. Cuando este hombre haya muerto, tú te llevarás el cadáver para que los creyentes puedan honrarlo... Entretanto y para pasar el tiempo, juguemos a los dados mi silencio contra tus sandalias azules ornadas en el peine por un cuádruple triángulo de oro.

# LA OTMIKA

En el prado, cerca de los huertos de ciruelos en flor que rodean la aldea bosnia, se bailaba el kolo, esa ronda desmelenada y cantarina. Las grupas se movían cadenciosamente: las de los muchachos saltaban, nerviosas y estrechas; las de las niñas giraban pesadas y pulposas, estirando las cortas faldas. Las canciones surcaban el aire, líricas, satíricas o picantes, y en este caso las muchachas simulaban no comprenderlas. Se cantaba:

*El primero decía: "Eres una rosa."  
El segundo decía: "Eres una estrella."  
El tercero decía: "Eres un ángel de los cielos."  
Pero el cuarto me contempló sin decirme nada.  
Según mi espejo no soy ni rosa, ni estrella ni ángel.  
Según mi espejo los tres han mentido.  
Y quienquiera que fueres, tú eres mi bienamado.*

El kolo giró en silencio un instante. Las caderas brincaban, se agitaban, se contorneaban. Los gitanos, hombres y mujeres, sentados en el talud del camino que bordea el prado, preludieron un nuevo aire en sus guitarras y el grupo de bailarines entonó:

*El viejo bey turco de Sarajevo  
Pesaba ciento diez okes.  
Su hija, que sólo pesaba treinta,  
Huyó con los servios para bailar la poskotznika.  
Luego un coro de muchachos entonó:  
La novia no era virgen,  
Era como una bolsa agujereada.*

En ese momento retumbó salvajemente un grito:

–¡Otmika!

Y un tropel de muchachos, que sin duda en complicidad con los gitanos estaban ocultos tras los setos del otro lado del camino, se lanzaron entre los danzarines de kolo.

Por el grito de Otmika, todos comprendieron que se trataba del rapto tradicional entre los esclavos del Sur. Un galán desairado que sabía a su amada bailando el kolo en el prado, había reunido a un grupo de amigos con el propósito de raptar a la desdeñosa. Pero el momento fue mal elegido. Las bailarinas lanzaron un grito de horror, colocándose detrás de sus compañeros de baile, entre quienes estaría, muy posiblemente, el amante favorecido. Al ver que la resistencia se había organizado con tanta rapidez, los presuntos raptos se detuvieron sorprendidos. Eran tan sólo seis, mientras que los bailarines eran once y otras tantas las muchachas.

Estas cuchicheaban entre sí:

–Es Omer, el sastrecillo. Quiere raptar a Mará.

Omer estaba al frente de los otmikari: menudo, moreno, fuerte como un toro, temblaba de furia. Los gitanos pulsaron sus guitarras. Los ojos de Omer brillaron. Dio un paso hacia adelante y cantó:

*Igra kolo, igra kolo na dvadeset i dva.  
U tom kolu, u tom kolu, lipa Mará igra.  
Kakva Mará, kakva Mará medna usta ima...  
(El kolo, gira, compuesto de veintidós personas,  
En la ronda baila la hermosa Mará.  
¡Qué boca de miel tiene Mará...!)*

Un lindo muchacho, alto y delgado, defensor de las niñas, le interrumpió:

–Omer, tú sabes que entre nosotros, cuando no se sabe el nombre de una muchacha o cuando no se la quiere nombrar, se la llama Mará. Dinos por cuál de ellas has gritado ¡Otmika!, a fin de que pueda defenderse.

–Mará, la hija del viejo Tenso –gritó Omer.

Mará asomó su hermosa cabeza morena entre sus defensores y, temerosa, dijo:

–Omer, no te quiero mal. Has cantado bastante tiempo bajo mi ventana, en todas las estaciones, pero nunca te he respondido. Tú sabes muy bonitas canciones, pero no quiero casarme contigo.

El grupo de bailarines de kolo exclamó:

–¡Adiós, Omer! –y se puso en marcha hacia el pueblo.

Los otmikari no se opusieron a esta retirada. Pero cuando los gitanos comenzaron a ejecutar el aire de las Letanías

de Marco, los raptos, para ofender a la bella Mará, salmodiaron este canto misógino:

*Marco, de las mujeres libranos. Marco, de esas víboras libranos,  
Marco, de esas putas libranos,  
Marco, de esas carroñas libranos,  
Marco, de esas traidoras libranos...*

Entonces Omer se volvió con rabia hacia sus compañeros:

–¡Y pensar que siempre fui tan diligente con ella! El año pasado todavía se dejaba cortejar. Después del kolo aceptaba los melosos gurabié, las tartas de ciruelas, los alvé de queso, manteca de cerdo y miel que yo le regalaba. Pero un día fue a la ciudad y allí vio a los italianos, a los judíos, turcos, vieneses y. ¿quién sabe?, puede ser que a alguno de esos griegos a los que detesto y no puedo ver sin mostrarles los cinco dedos de mi mano derecha, diciéndoles: "¡Pende!", que es la más grave injuria que se les pueda inferir.

Uno de los otmikari repuso:

–Si ella conoce la ciudad, no será tan fácil tomarla. Por lo demás, su padre comparte las ideas de la ciudad. Ha llegado así a despreciar las instituciones seculares de nuestra raza y le llegará el momento de lamentarlo. La otmika tradicional es severamente castigada cuando da lugar a querellas, y él pedirá la devolución de su hija por intermedio de los gendarmes.

Los gitanos se habían acercado y tendían sus manos abiertas. Eran hermosos, pero sucios y astutos. Omer les arrojó algunas monedas. Uno de ellos dijo bromeando:

–Los días más felices de un hombre son el de su casamiento y aquel en que su mujer revienta.

Una vieja gitana de rostro reseco había sacado de su bolso una larga cabellera negra, cortada por sorpresa a alguna desdichada cuidadora de patos dormida en un prado. Con un peine viejo y roto, la gitana peinaba esta cabellera, triste como la reliquia de una muerta, murmurando palabras ininteligibles. Levantó la cabeza y, mirando fijamente a Omer, le dijo con voz temblorosa:

–¿Por qué no practicas la otmika contra una muchacha de un pueblo vecino, tal como se hace ordinariamente? Si quieres, yo te robaré una cuyos cabellos sean más hermosos que éstos.

Pero Omer repuso:

–Un héroe no roba; rapta. Quiero a Mará.

La vieja continuó:

–Si me das bastante dinero, raptaré a Mará para ti. Pues tú no tienes la menor astucia y en cambio yo soy fina como las agujas de los abetos.

Omer reflexionó, y aceptando al fin el precio exigido por la vieja le dio algunas arras y se marchó con sus compañeros, en tanto que en señal de alegría por las propinas los gitanos, al son de las guitarras, bailaban la khaliandra golpeándose las nalgas con las suelas de los zapatos al saltar, tomándose de una mano por la oreja y de la otra por el órgano genital.

\*\*

\*

Al día siguiente, Omer no se hizo ver en la aldea. Pasó la jornada cosiendo y bordando, sentado a la turca. En las calles, las gentes hablaban de la otmika y la mayor parte desaprobaba a Omer por haber interrumpido el kolo. Bandi, el vendedor de cerdos, anunciaba que, en adelante, cuando tuviese necesidad de un sastre, haría con gusto diez leguas antes de tener tratos con Omer. El viejo y rico Tenso, viudo por dos veces, se mostró un momento en la calle jurando que Omer no tendría nunca a su hija, que ella no abandonaría jamás la casa paterna y que estaba decidido a recurrir a la gendarmería en caso de violencia. Por la noche, el anciano párroco fue a la casa de Tenso y cuando salió, al cabo de una hora, aquellos que lo vieron aseguraron que parecía muy agitado y que al responder a las preguntas lo hizo con la voz quebrada por sollozos contenidos.

\*\*

\*

Dos días después, hacia las dos de la tarde, la aldea estaba casi desierta, como sucede siempre a la hora de la siesta. El viejo Tenso, en su habitación, sufría de un dolor de muelas. Mará, en la cocina, vigilaba la cocción de un remedio infalible contra esos dolores: higos hervidos en leche. En ese momento llamaron a la puerta de la casa. Mará echó una mirada desde la ventana y vio a una vieja gitana que gritaba:

–Fraile! Fraile! <sup>1</sup>

Bajó a abrir, y la vieja le dijo:

–¿No tienes necesidad de mis servicios, hermosa?

<sup>1</sup> Señoritas, en serviocroata.

–¿De dónde vienes? –le preguntó Mará.

–De Bohemia, el maravilloso país por el que se puede pasar, pero donde no es posible vivir so pena de permanecer para siempre hechizado, embrujado o encantado.

–¿Qué sabes hacer?

–Enseño a bailar y a cantar. Sé arrojar las suertes de las maneras más insidiosas; sé leer el porvenir en las manos y en las cartas. Sé peinar, depilar y hasta puedo devolver la virginidad a una nodriza.

Mará le tendió la mano izquierda diciéndole:

–¡Mira!

La vieja examinó la mano y replicó:

–Te casaras dentro de poco.

Mará le dio una moneda y le dijo:

–¡Vete, vieja! Yo sé bailar y cantar. Nadie, hasta ahora, ha separado mis piernas. Me peino sola y no deseo ser depilada.

La vieja lanzó una risita sarcástica:

–Teremtete! He depilado a bellas musulmanas en Herzegovina, y a cristianas también. El gusto por las carnes lisas se está difundiendo, hija mía, y los mechones de hinojos en las partes secretas de un cuerpo terso repugnan a más de un hombre, aun entre los cristianos.

Mará dio una patada en el suelo y gritó:

–¡Vete de aquí!

Pero la vieja levantó la mano y, de un golpe, desanudó la cabellera de Mará, cuyas trenzas cayeron sobre su espalda.

–¿Ves, mi linda? No sabes peinarte. Yo voy a hacerlo por nada. Date vuelta.

Avergonzada de su impaciencia, Mará la dejó hacer, dócilmente. La vieja extrajo unas tijeras, mas, en ese preciso instante, una nerviosa mano la aferró por el cuello. La gitana lanzó un grito, dejando caer las tijeras que produjeron un ruido metálico al chocar contra las losas. Mará se volvió, abarcando con una mirada las tijeras abiertas sobre el piso y las manos del cura apretando la garganta de la gitana. Omer, a quien la vieja había prometido que retendría a Mará en la puerta para que él pudiera raptarla, llegaba a la carrera. Al advertirlo, Mará lanzó un grito y cerró violentamente la puerta, echándole el cerrojo. Omer, desesperado, se detuvo y murmuró:

–¡Demasiado tarde!

En ese momento desembocó por un recodo una manada de cerdos. Las bestias husmeadoras, de ojos pequeños y cortas patas, gruñían, roncaban, eructaban, resoplaban y sorbían. Detrás del tropel bullente y rosa sucio, venía Bandi armado de un garrote arreando los cerdos y balanceándose y silbando. Al ver a Omer, Bandi enarboló su bastón amenazando al sastre. Pero el cura le gritó:

–¡Eh, Bandi! Deja a Omer por mi cuenta. Ocúpate de esta vieja que quería robar la cabellera de Mará.

El párroco tomó a Omer de una oreja, arrastrándolo consigo. La vieja echó a correr en dirección contraria, seguida de cerca por los cerdos que trotaban más rápido que ella y agitaban y removían sus colas retorcidas. Bandi alcanzó a la vieja en unas pocas zancadas, y le administró una paliza que, aunque rudamente aplicada, no retrasó su huida. Mientras huía, la gitana lanzaba aullidos, gritaba maldiciones y vomitaba los más inmundos juramentos...

\*\*

\*

El cura arrastró de la oreja a Omer hasta el presbiterio. Allí lo soltó por fin y habló así:

–Omer, eres el escándalo de esta aldea. Quieres raptar a una muchacha que nada quiere saber contigo. Seducir a una niña es mala acción, hijo mío.

Omer exclamó:

–No deseo seducirla sino desposarla. ¿Qué importa que ella no me quiera? ¿Es que el hombre debe preocuparse por los caprichos de las mujeres que lloran cuando quieren y rien cuando pueden?

El cura lo escuchaba enternecido:

–Así es otra cosa, Omer, hijo mío; tus intenciones son, pues, puras.. ¿La has pedido a su padre?

–Sí –exclamó Omer–, pero Tenso ha jurado que nunca obtendré a su hija. Deseo casarme con Mará.

Por otra parte, usted lo sabe todo: ayer estuvo más de una hora en su casa.

–Sí –replicó el párroco–. Conozco todo lo que ha pasado hasta aquí. Pero había pensado, como también lo creía Tenso, que no pudiendo tener a Mará por esposa deseabas raptarla para deshonorarla y abandonarla después.

–¿El viejo Tenso desprecia a tal punto nuestras costumbres –dijo con voz sombría Omer–, que me hubiera rehusado su hija en el supuesto caso que la otmika hubiese tenido éxito y la hubiese raptado?

–¡Ay! –exclamó tristemente el cura–. Pero tú, Omer, ¿menosprecias tanto las diversiones de nuestra raza como para ir a interrumpir el kolo, el baile nacional, gritando ¡Otmika! durante .la ronda?

–Yo creía que los sacerdotes consideraban que la danza es pecaminosa.

–¿Cómo?.. Hay algunos, es cierto, que la consideran obra de Satanás. En cuanto a mí, comparto la opinión del cura Spangenberg, quien, en 1547, proclamó que la danza es buena, puesto que se había bailado durante las bodas de Cana, donde quizá hasta el mismo Jesús bailó. Pero tú, Omer, ¿qué has hecho? Como no lograste raptarla durante el baile; ¿qué has imaginado, Omer? Lo he adivinado todo: has tomado por cómplice a una poseída, a un ser infame y

encubridor de demonios; a una gitana ladrona de cabelleras.

–¡Que el diablo la posea! –dijo Omer–. Ella me ha inducido a la cobardía. Pero, por otra parte, ¿de qué manera lograr a Mará ahora? Ya no saldrá de su casa sino acompañada, para ir a misa. Se dice que el viejo Tenso quiere irse a vivir a la ciudad. Me veo obligado a recurrir a la malicia.

El cura reflexionó de esta manera:

–No. No hay nada que hacer por el lado del viejo Tenso. Mará quiere casarse en la ciudad. Mi pobre Omer, renuncia a la otmika; deja de amar a Mará y cástate con otra.

–¡Nunca! ¡Quiero a Mará!

\*\*

\*

En ese momento, unos niños que pasaban entraron a besar las manos del cura. Cuando ellos partieron, el sacerdote sonrió:

–¡Omer! El lugar de Mará en la iglesia está a la izquierda, cerca de la puertita.

Omer vaciló:

–Pero... es un pecado... un rapto en la iglesia... durante la misa...

–En tu lugar, Omer, yo cometería ese pecado. Sé heroico, pero pide perdón a Dios, antes y después. Por mi parte, te daré la absolución cuando vengas a confesarte.

Ornar parecía dudar:

–Pero .. ¿y los gendarmes?

–Sé heroico, Omer; el cielo no te abandonará. Yo te bendigo.

Y lo bendijo con una sonrisa y desapareció tras la puerta del presbítero. Omer quedóse un instante mirando el piso, luego se rascó la cabeza, se santiguó ampliamente y volvió a su taller.

La tarde caía. Más temprano que de costumbre encendió su lámpara. Eligió unos rollos de telas y cortó un traje de hombre y un vestido de mujer. Después, antes de sentarse a coser, se santiguó mientras murmuraba:

–Padre Nuestro que estás en los Cielos, venga a nos el tu reino y que la otmika tenga éxito...

\*\*

\*

El domingo siguiente fue un hermoso día despejado. En la plaza de la iglesia se había instalado uno de esos hombres que van de aldea en aldea exhibiendo fonógrafos. Para dar el ejemplo a sus oyentes se había colocado dos auriculares en las orejas e invitaba a los asistentes a hacer otro tanto por la módica suma de diez kreutzer. Los niños, alineados en torno suyo lo miraban. Unos hombres, agrupados más lejos, hablaban del partido de bolos de la víspera. Varias mujeres parloteaban mientras tejían. Entre ellas una vieja desdentada a la que llamaban Cruz de Hungría, porque era torcida como la cruz colocada sobre la corona de las monedas húngaras, declaró:

–¡Omer obtendrá a Mará, ya lo veréis! Cuando un hombre se enamora de una mujer, no hay nada que hacer; la logrará, y ella deberá amarlo.

En ese momento la campana llamó para la misa y apareció Mará en la plaza, dando el brazo al viejo Tenso. Cerca de ellos iban Bandi, el pastor de cerdos, orgulloso y digno, y el apuesto muchacho que había interpelado a Omer en el prado.

Entraron en la iglesia, que se colmó rápidamente con todos los endomingados habitantes del pueblo. Siguiendo la costumbre, los hombres se colocaron a un lado de la nave y las mujeres al otro. Omer había venido con sus compañeros. Mará lo vio desde el fondo de la iglesia y notó que estaba lujosamente ataviado; después observó que salía con sus amigos. El oficio comenzó.

Durante el evangelio, todo el mundo se puso de pie. De pronto, la puertita junto a la que estaba ubicada Mará se abrió, dejando pasar a Omer, quien tomó a la joven por la cintura, la levantó en vilo y desapareció con ella en un abrir y cerrar de ojos. Las mujeres comenzaron a dar gritos y corrieron junto a los hombres, que proferían juramentos formidables. El viejo Tenso y varios jóvenes, entre ellos Bandi, se precipitaron hacia la salida para dar caza a los raptos. Pero desde el altar, el viejo cura que se había vuelto hacia los fieles exclamaba:

–¡Deteneos, paganos, deteneos!

Ante el clamor de su pastor, los hombres se detuvieron, sobrecogidos. Sólo salió el anciano Tenso. El cura continuó:

–¡Cómo, paganos! ¿Faltaríais a la misa porque un mozo rapta a una joven a la que desea desposar?

Se oyeron algunos murmullos. El cura continuó, más fuerte aún.

–¿Acaso la otmika no es una de nuestras costumbres?

Entonces hubieron exclamaciones de aprobación y todos volvieron a sus sitios, mientras el viejo cura hablaba:

–¿Alcanzaréis vuestra salvación persiguiendo a los otmikari o asistiendo a misa? Si Omer y sus amigos faltan a ella es asunto que concierne a sus almas. Pero vosotros, ¿queréis que vuestro pastor termine la ceremonia sólo ante las mujeres? ¡Pecadores, Satanás ha encontrado un nuevo ardid para induciros al pecado mortal! No diré hay otro sermón. Tened confianza en Dios y arrepentios. Es la gracia que os deseo–.

–¡Amén! –respondió con su voz cascada la vieja Cruz de Hungría.

El sacerdote volvió la espalda y continuó la lectura del evangelio en medio de un edificante silencio. El viejo Tenso volvió casi en seguida, gimiendo. Algunas risas ahogadas que partieron del grupo de mujeres acogieron su retorno.

\*\*

\*

Terminada la misa se formaron algunos grupos en la plaza. La anciana Cruz de Hungría hablaba en favor de Omer, diciendo que la otmika era un hecho consumado y que Tenso debía resignarse. Las niñas sostenían que Omer era un héroe; los muchachos le envidiaban, constatando que Mará era muy hermosa. Bandi y algunos otros jóvenes salieron en busca del refugio de los otmikari.

Terminada la misa, el viejo Tenso se dirigió a la sacristía, donde el párroco estaba quitándose los hábitos sacerdotales. Al verlo entrar, sonrió. El paisano, mirándolo con expresión maliciosa, le dijo:

–Es usted, nuestro confesor, quien ha dado esa idea a Omer. Lo sé bien. Usted está con las viejas ideas. Pero las ideas que yo apoyo tienen a los gendarmes de su lado y Mará me será devuelta, viva o muerta.

El cura sonrió:

–Estás en un error, Tenso. Tu primera mujer con la que te encontrarás en el cielo –si es que vas allí–, la obtuviste gracias a la otmika.

–¡Dios guarde su alma! –exclamó Tenso–. He actuado mal.

–Bien –repuso el cura–. Pero tú sabes que una niña no permanece intacta en poder de un muchacho. ¿Qué harás tú con tu hija encinta? Nadie querrá desposarla, ni aquí ni en la ciudad. ¿Y qué harás con el niño que vendrá? Por otra parte, Mará no detesta a Omer, como pretendes. Me ha dicho, por el contrario, que le gusta, pero desea casarse en la ciudad para convertirse en una dama. Mañana, Mará estará loca por Omer y no será ella quien rehúse casarse con él. Tú eres rico; casa a esos jóvenes y después cómprales un buen negocio en la ciudad. Así Mará podrá convertirse en una dama y sus deseos se verán colmados. Pero, por tu alma, recuerda tu juventud y respeta la otmika, el rapto sagrado de nuestra raza.

El viejo Tenso vaciló, carraspeó, y terminó por estallar en sollozos, gimiendo en frases entrecortadas:

–¡Ah...! Sí... La otmika... la otmika. Mi primera mujer, mi Njera... la madre de Mará. Mi Njera, que será mi compañera en el cielo, espero... Sí, es necesario casarlos... ésta será una bella boda...

El cura acompañó a Tenso hasta el portal de la iglesia, en tanto le decía:

–Sí, ¡será una bella boda! Los trajes están ya preparados. Pronto te sentirás feliz, viejo Tenso, de haber casado a tu hija con un hombre de tu raza. Después podrás dormirte dulcemente en la paz del Señor, y tus nietos, de tu raza ellos también, irán a rezar sobre tu tumba rodeada de romeros.

Los gitanos habían llegado a la plaza y estaban tocando la guitarra. Las niñas y los jóvenes danzaban el kolo y la vieja Cruz de Hungría bailaba con ellos.

Cantaban así:

*Hay que casarlos, hay que casarlos,  
Pues luego de la otmika la niña quedó encinta,  
Hay que casarlos, Tenso, o matarla...*

El viejo Tenso contempló un instante el kolo y luego, decididamente, entró en la ronda. Y meneaba su grupa nerviosamente, mientras cantaba:

*Hay que casarlos. . .*

# ¿QUE VLO-VE?

La guitarra de ¿Que vlo-ve? tenía un algo de ese viento que siempre gime en las Ardenas de Bélgica...

¿Que vlo-ve? era la divinidad de ese bosque en que erraba Genoveva de Brabante, desde los bordes del Mosa hasta el Rin, por el Eifel volcánico hasta los mares que son las charcas de Daun, ese Eifel donde brota la fuente de San Apolinario y en el que el lago de María Laach es un escupitajo de la Virgen...

Los ojos de ¿Que vlo-ve? parpadeantes y legañosos, la carne de cuyos párpados es roja como el jamón crudo, lloraban sin cesar y las lágrimas le quemaban los labios con el mismo ardor de las aguas ácidas de los manantiales que abundan en las Ardenas.

Era el compadre de los jabalíes, el primo de las liebres y las ardillas, y la vida castigaba su alma, como el viento del este castiga los racimos anaranjados de los serbales silvestres llenos de pájaros...

¿Que vlo-ve?, es decir: ¿qué quiere usted?, era valón valoniano de Valonia, nacido prusiano en Mont, lugar llamado Berg en alemán y situado cerca de Malmédy en el camino que conduce a esas peligrosas hornagueras conocidas por Hautes-Fanges o Hautes-Fagnes o más precisamente Hohe-Venn, puesto que estamos ya en Prusia, según lo atestiguan los postes pintados en negro y blanco, sable y plata, color de noche y color de día que se hallan a borde de todas las rutas»

¿Que vlo-ve? prefería su apodo a su nombre verdadero: Poppon Remacle Lehez. Pero si se lo saludaba con este otro sobrenombre: Li bai valet (el buen mozo), hacía vibrar el alma de su guitarra y golpeaba en el vientre de su interlocutor diciendo:

–Suen a hueco como mi guitarra. Eso revela que hay sed y que ya no queda más péket para mear.

La agarraba por el brazo y sin tutearse, porque en valón nunca se usa el tuteo, uno iba con él, ¡vive Dios!, a beber péket, que es el más vulgar de los aguafuertes de cereales y al que se da, por eufemismo, el nombre de ginebra.

Y hubiera sido más que extraordinario no descubrir, en uno de los rincones de la posada, a Guyame el poeta, quien tenía el don de la ubicuidad, pues se lo veía en todos los puestos de venta de cerveza y péket situados entre Stavelot y Malmédy, y cuántas veces había ocurrido que los muchachos se fuesen a las manos porque uno de ellos había dicho:

–Ayer estuve tomando cerveza con Guyame, en la parada, a tal hora.

–Mentiroso –replicaba otro–; a la misma hora Guyame estaba con nosotros en la taberna del Bonete de pelo, y estaban allí el inspector de correos y el recaudador de impuestos.

Y así, de una palabra a otra, los muchachos terminaban por darse de bofetadas en honor del poeta. Guyame era tísico y vivía en el hospicio de Stavelot. Como en todas partes le daban gratis de beber, Guyame iba a beber a todas partes. ¡Y cuando comenzaba a beber contaba cuentos de brujas, historias de bandidos, del otro mundo o simplemente inverosímiles! Recitaba versos contra la familia protestante que vivía en la plaza de la Iglesia, contra el jorobado de Francorchamps y contra la muchacha pelirroja de Trois-Ponts, que en otoño siempre iba a recoger hongos. ¡Puah! ¡Los hongos hacían enfermar a las vacas, y la colorada se los tragaba y no se moría! ¡La muy bruja...! Pero Guyame cantaba también la gloria del arándano, de la mirtila y del bien que hace a las trinas humanas la mirtila con leche, es decir, el U'hatcha, ultra divino y ambrosiaco. A menudo hacía versos para las sirvientas que pelaban las krompires, las buenas papas, las magna bona...

\*\*  
\*

Ese día, a un costado del camino bordeado de árboles fuertes y torcidos, ¿Que vlo-ve? trataba de encender su pipa con el pedernal. Pasaron cuatro mozos, que eran: Hinri de Vielsalm, Próspero el jornalero, que había trabajado en una refinería cerca de París y que en la actualidad vivía en Stavelot; Gaspard Tassin, cazador furtivo de Wanne, cuyo sombrero de fieltro se engalanaba con un ala de gavilán y que fumaba una hedionda pipa de madera de enebro, y finalmente Thomas el babo, es decir, el cojudo, curtidor en Malmédy. La mujer de éste era bastante linda, razón por la cual se acostaba con toda clase de personas, burgueses u obreros, en tanto que e!

marido dejaba embarazadas, cuando podía, a obreras de fábrica o a sirvientas alemanas que, al decir de él, gustaban acostarse con él porque era experto como ninguno en satisfacerlas.

Una vez que encendió su pipa, ¿Que vlo-ve? corrió tras ellos exclamando:

–¡Buenos días, compadres!

–¡Buenos días, bai'valet!

¿Que vlo-ve? los miró alegremente lanzando su eterno ritornelo, origen de su apodo:

–¿Que vlo-ve? ¡Nom di Dio! Oíd mi guitarra: ¿la escucháis? –dio dos golpes en el instrumento, que resonó.

–Suen a más hueco que un pedo del diablo. ¡Vive Dios! ¡Apuesto a que vamos a beber péket en casa de la Chancesse, aquí cerca...! ¡Oís!...

Y habiendo templado su guitarra, atacó la Brabanconne. Pero alguien le gritó:

–¡Calle usted!

Entonces comenzó la Marsellesa, mas, al terminar la primera estrofa exclamó:

–Nom di Dio! –y entonó:

*Ich bin din Preusse*

Pero el babo repetía:

–Cállese, usted es un prusiano que no sabe el alemán... Cállese... quiero ir a dormir con la Chancesse.

Y los mozos cantaron en coro:

*... y si queda un poco será para la sirvienta,  
Si no queda nada, se dará en el vientre!  
Y zon zon zon Lisette, mi Lisette  
Y zon zon zon Lisette, mi Lisette.*

Entraron en lo de la Chancesse. Esta rezaba su rosario sentada, con las piernas abiertas. Bajo la camisola, sus pechos parecían precipitarse como una avalancha.

En un rincón, Guyame el poeta, hablaba solo frente a su vaso de péket. Al entrar, los mozos saludaron:

–¡Salud, a los dos!

Guyame y la Chancesse respondieron:

–¡Salud, compadres!

La mujer trajo un vaso y sirvió péket, mientras los hombres cantaban:

*Oigo el culo del vaso*

Guyame se acercó.

–¿Que vlo-ve? –dijo el guitarrista encendiendo su pipa.

Guyame sirvió péket en un vaso que había llevado. Bebió, hizo chasquear la lengua y luego soltó un poco diciendo a Próspero:

–Trata de agarrarlo, tú, que has estado en París.

Y como caía la tarde, un largo tropel de vacas conducido por una chiquilla descalza pasó lenta y largamente ante la posada.

\*\*

\*

Es necesario ahora armarse de coraje, porque ha llegado el momento difícil. Se trata de decir la gloria y la belleza del andrajoso mendigo ¿Que vlo-ve? y del poeta Guillaume Wirin, cuyos andrajos cubrían también a un buen mendigo mendicante. ¡Entonces, sea! Apolo, patrono mío, te sofocarás; ¡vete! Envíame en cambio a ese otro, Hermes, el ladrón, más digno que tú de cantar la muerte del valón ¿Que vlo-ve?, muerte que aún lloran todos los elfos del Ambléve. Que venga ese sutil ladrón de pies alados.

*Hermes, dios de la lira y ladrón de rebaños*

que arroje sobre ¿Que vlo-ve? y la Chancesse todas las moscas gánicas que, según se cree en el norte, atormentan ciertas vidas, corea una fatalidad. Que traiga consigo a mi segundo patrono, al obispo San Apollinario, mitrado y pluvial. Este último velará el calvario de madera pintada que languidece en la encrucijada:

*Y santones salidos de establos que entristecen  
los balidos y el dulce mirar de graciosos corderos  
conducirán, cada tarde, hasta la cruz de este Cristo  
un largo tropel lírico con un caramillo.*

\*\*

\*

Ya era de noche. La Chancesse continuaba diciendo su rosario. Sobre la mesa, junto a las botellas vacías o llenas de péket, una lámpara de petróleo chisporroteaba y echaba humo. ¿Que vlo-ve? había sacado pan y queso "cabeza de chancho" de su bolso, y comía lentamente, escuchando la charla de sus compañeros y el bullir del agua para el café de la Chancesse.

Guyame contaba la historia de Poncin y sus cuatro hermanos, es decir, el pulgar y los otros cuatro dedos. En el cuento, Poncin zurraba todos los días a Longuedame, que es el mayor. Guyame se levantó y fue a mear a la puerta. Al volver dijo:

–Quisiera estar en los pantanos de atrás de la barraca de Michel; me sentaría entre los yuyales y las bayas y sería más feliz que San Remacle en su urna, ¡nova di Dio! ¡Cuántas bolas de oro hay en el cielo claro de esta noche! Nom di Dio di nom di Dio, el cielo está lleno de cojones luminosos llamados astros, planetas, estrellas, lunas.

Bebió su péket y el babo le dijo:

–La mujer del mayor me ha dicho que yo era como la luna. Pero, nom di Dio, Guyame; yo tengo tres cojones y la luna es uno solo. ¡Me parece!

—¡Babo! No hable tanto; usted es la luna a pesar de sus tres cojones, ¡nom di Dio! ¿Nunca has hablado con una silla? ¿Parece?... ¿No? .. Pues bien: a ver, pregúntele a una silla: ¿qué es un hombre? "Es un culo, ¡parece!", dice. Pregúntele a un banco: ¿qué es una mujer? "Es un culo, ¡parece!", dice. Pregúntele al escabel o a la banqueta: ¿qué son un mucamo y una mucama? "Son dos culos, ¡parece!", dicen. Pregúntele al sillón del cura: ¿qué es un cura?, ¿qué es su sirvienta?, ¿qué es la sobrina del cura, la chica de Rawaye-Jonceux? "Con este último hacen cuatro culos", dicen, "u ocho nalgas, ¡parece!". ¡Ja! ¡Ja!, nom di Dio, usted no sabe ni eso, usted que tiene tres cojones. Hace falta mucho más que eso para lograr quorum y conformar al cielo. Vamos, un poco de guitarra aquí, ¡nom di Dio!... ¿Que vlo-ve?

*Nuestro burro tiene cuatro patas blancas  
Y las orejas. ...? Adivinadlo.  
Y el agujero del culo muy negro  
Muy negro, como el carbón.*

—¡Cállese! —exclamó el babo—. Quiero ir a dormir con la Chancesse.

—¡Nom di Dio! —gritó ¿Que vlo-ve?—, usted, babo, usted que no tiene siquiera unas monedas para pagar su péket, irá a dormir a Mámdí o a Stavlen. ¡Vamos, rápido! ¡Beba un vaso más, haga chasquear su lengua y váyase de aquí!

El babo bebió su vaso de péket, hizo chasquear su lengua y luego dijo:

—Venga un momento ¿Que vlo-ve? Quiero decirle unas cuantas cosas.

¿Que vlo-ve? hizo su habitual pregunta:

—¿Que vlo-ve?

Luego tomó su cuchillo y se echó la guitarra a la espalda. Se acercó al babo.

\*\*

\*

Guyame divagaba:

—Unas lindas viejitas bailan la maclotte en un jardín de girasoles, esos hermosos soles. ¿Que vlo-ve?, mi compadre querido, no se pelee usted. El babo lo estrangulará como la maleza estrangula a los árboles... ¡Cuidado ¿Que vlo-ve? Va a partirte la cabeza de un golpe.

*Bailemos la Cramagnole.  
Viva el sonido, viva el sonido...*

\*\*

\*

El babo y ¿Que vlo-ve? se arañaban y se daban tajos, armados de sus cuchillos. En ese momento la Chancesse era más bella que Helena, la cual no era más joven que ella cuando Paris la raptó.

—¡Nom di Dio! ¡Qué pelea!

Prosper le gritó:

—Por culpa suya, ¡harpía!

Después se levantó y, seguido por sus dos compañeros, salió cantando:

*Sí ya no queda absolutamente nada, se dará en el desde el 1° de enero al 31 de diciembre vientre, y zon, zon, zon...*

\*\*

\*

¿Que vlo-ve? y el babo se desafiaban, mirándose a los ojos. —¿Que vlo-ve?, ¡me iré a dormir con la Chancesse!

—¡Babo!, las putas son para los hombres; Mareye, su mujer, es una puta.

—¿Que vlo-ve?, usted no conoce el color de su culo... .

—¡Babo!, ¡no se acostará usted más con la Chancesse, y su mujer de usted está sifilítica!

Y ¿Que vlo-ve? se lanzó sobre el babo. Se estrechaban y se daban cuchilladas. Su sangre corría. La Chancesse lloraba y gritaba.

—¡Qué historia!

Y Guyame cantaba lentamente:

—Miro esto que puede servir de espejo al amor. Bella Chancesse, que haces que se peleen en tu taberna un héroe de tres cojones y un músico insigne, ¿Que vlo-ve?, Li bai valet errante!... ¡Bella Chancesse, seré yo, creo, quien irá a dormir con usted! ¡Prepare usted, porque tengo hambre, una buena fritada que comeré con usted, hermosa! Honra a los héroes cuya sangre cae como la cascada de Coo. ¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Oíd!. . Los elfos salen del Ambléve... Uno de ellos llora porque se le han roto sus zapatitos de vidrio... ¡Escuchad, escuchad! El viento gime entre los álamos, Bella Chancesse, si los demás se pelean. Nosotros bailemos. ¡Ah! Pobre babo, veo que era usted quien la está pasando mal.

\*\*

\*

¿Que vlo-ve? y el babo continuaban ensangrentándose en honor de la Chancesse, que ahora bailaba la maclotte frente a Guyame, mientras la marmita cantaba cada vez más fuerte.

El babo se debilitaba. ¿Que vlo-ve? le había hecho saltar los botones del pantalón y éste, al caer, dejó ver el culo reservado, contorneado y lastimoso como los cuartos de luna. De pronto, a causa de una hábil cuchillada de ¿Que vlo-ve?, la raya trasera del babo, por naturaleza oscura con tonalidades verdosas, y velludas, se ensangrentó y, ante esta aurora, el babo se puso a gemir. Y gritaba:

–No, ya no haré pim-pam con la Chancesse. ¡Ah, ¿Que vlo-ve?, me has lastimado los cojones!

Y ¿Que vlo-ve? se encarnizaba.

–¡Ah! ¡Pero tiene usted tres cojones! ¡Glotón! ¡Galán! –y le dio tal puntapié en el vientre que el babo cayó sobre su culo, que se diría ensangrentado por una menstruación. Mientras tanto, Guyame y la Chancesse terminaban su maclotte.

¡Pero he aquí el instante supremo!

¿Que vlo-ve?, ebrio de sangre, se arrojó sobre el babo y le hundió el cuchillo en el pecho. El babo susurraba entre estertores:

–¡Nom di Dio! ¡Nom di Dio! ¡Nom di Dio!

Sus ojos se desorbitaron. ¿Que vlo-ve? se levantó sosteniendo la mano al babo, y con su cuchillo se puso a cortar el brazo por la articulación. El babo gritó:

–¡Ay! ¡Ay! Le dirá usted a mi Mareye que le envíe un beso de amor.

Pero la Chancesse gritó:

–¡Usted es cornudo!

El babo tuvo un último sobresalto y murió como un pescado al lado del pescador.

¿Que vlo-ve? seguía cortando... Por fin el brazo se desprendió. ¿Que vlo-ve? lanzó un grito salvaje de satisfacción. Como su saco gastado por el uso y manchado de sangre tenía un bolsillito sobre el pecho, hundió en él el brazo cortado, cuya mano pendía como una bella flor...

La lámpara chisporroteaba y humeaba. Sobre el fuego el agua estaba encolorizada: gangueaba, roncaba, rezongaba, ¿Que vlo-ve? derrumbado sobre un banco, acariciaba su guitarra. Guyame dijo:

–¿Que vlo-ve?, compadre bien amado, ¡adiós! Siempre lo querré a usted. Huya esta noche, porque si no los gendarmes lo prenderán mañana. Yo vuelvo al hospital y seré reprendido por llegar tarde.

Se marchó lentamente y sus pasos resonaron largo rato en el camino.

\*\*

\*

¿Que vlo-ve? y la Chancesse miraban el cuerpo. El agua hervía. De pronto, ¿Que vlo-ve? se levantó y se puso a cantar:

*.. Adiós!*

*Besémonos antes de partir  
porque es hoy la última vez  
que tu cantina vengo a visitar.*

–No hable así –dijo la Chancesse–. Lo amo a usted, bai valet.

Se acercó a ¿Que vlo-ve? El cadáver los separaba. Se abrazaron. Pero el brazo del muerto, que se había enderezado y asomaba por el bolsillo del saco semejante a una rama florecida de cinco pétalos, se interpuso entre ellos.

En medio de la triste penumbra besaron la mano muerta, y como la palma estaba vuelta hacia la Chancesse, las uñas del babo le cosquillearon el rostro. Ella tembló.

–¡Ah!

Y ¿Que vlo-ve? gritó:

–¡Dulce misericordia!

–¡Nom di Dio! ¡Nom di Dio!

Sobre el fuego el agua murmuraba la plegaria de los muertos. ¿Que vlo-ve? continuaba:

¡Nom di Dio! ¡Está muerto!

La Chancesse agregó:

–La sangre corre hasta la puerta.

–Se escapa por debajo de la puerta –observó ¿Que vlo-ve?– Cuando baje llegará hasta el cuartel de los carabineros, y éstos remontando la corriente encontrarán al babo. ¡Nom di Dio! ¡Nom di Dio! ¡Adiós, Chancesse!

\*\*

\*

¿Que vlo-ve? abrió bruscamente la puerta y echó a correr por el camino.

La guitarra volaba tras él como un halcón privado; él mismo saltaba como un sapo y el viento del este en la noche

clara batía alas como mil compañías de perdices. Los serbales silvestres del borde del camino lanzaban sus ramas hacia el sur, desesperadamente.

La Chancesse, desde la puerta, gritó durante largo rato:

–¿Que vlo-ve, ¿Que vlo-ve?, Li bai valet, ¿Que vlo-ve?!

Pero ¿Que vlo-ve?, que marchaba ahora por el camino, tomó la guitarra y rasgó su canto de muerte.

Caminando y tocando, miraba las estrellas habituales, cuyos resplandores versicolores palpitaban.

–A todas las conozco de vista –pensaba–. Pero, ¡Nom di Dio!, voy a conocerlas súbitamente a cada una personalmente, ¡Nom di Dio!.

El Amblève estaba cerca y sus aguas corrían frías entre los álamos que circundaban.

Los elfos hacían resonar sus zapatitos de vidrio sobre las perlas que cubrían el lecho del río. El viento perpetuaba ahora los sonos tristes de la guitarra. Las voces de los elfos atravesaban el agua, y ¿Que vlo-ve?, desde la orilla, los escuchaba parlotear:

–Mnieu, mnieu, mnieu...

Entonces descendió al arroyo, y como estaba muy frío tuvo miedo de morir. Felizmente las voces de los elfos se acercaban:

–Mnié, mnié, mnié.

Después, ¡nom di Dio!, en el arroyo olvidó repentinamente todo cuanto sabía, y comprendió que el Amblève se comunica subterráneamente con el Leteo, pues sus aguas hacen perder el conocimiento. ¡Nom di Dio! Pero los elfos parlotearan ahora tan graciosamente, cada vez más cerca:

–Mnié, mnié, mnié...

Y de todas partes, a la redonda, los elfos de las pouhons, o fuentes que borbotan en los bosques, les respondían...

# LA ROSA DE HILDESHEIM O LOS TESOROS DE LOS REYES MAGOS

A fines del siglo pasado había en Hildesheim, cerca de Hannover, una joven llamada Ilse, cuyos cabellos, de un rubio pálido, tenían reflejos suavemente dorados que daban la impresión de un claro de luna. Su cuerpo se erguía núbil y esbelto. Su rostro era agradable y risueño, con un hoyuelo adorable en el mentón regordete y unos ojos grises que, sin ser muy hermosos, sentaban a su rostro y se movían como pájaros. Era de una gracia incomparable, aunque muy mala ama de casa, como la mayoría de las alemanas, y pésima costurera. Una vez terminadas las tareas domésticas se sentaba al piano, y cuando cantaba se la hubiera tomado por una sirena; o si leía, por una poetisa.

Cuando hablaba el alemán, que es considerado el idioma de los caballos, se hacía más dulce que el italiano, que es la lengua de las asmas. Y como tenía el acento hannoveriano, en el que las S no tienen nunca el sonido de la CH, su habla era realmente encantadora.

Su padre, que había estado en América, se casó allí con una inglesa y después de algunos años retornó al país natal, a vivir en la casa paterna.

Hildesheim es una de las más bonitas aldeas del mundo. Con sus casas bien pintadas, de formas extrañas y techos desmesurados, parece surgir de un cuento de hadas. ¿Qué viajero podría olvidar el espectáculo de la plaza del Ayuntamiento, tan pintoresca que raya en el lirismo?

La casa de los padres de Ilse, como casi todas las casas de Hildesheim, era muy alta. Su techumbre, casi vertical, era más elevada que toda la fachada. Las ventanas, sin postigos, se abrían hacia afuera. Eran muchas y estaban muy juntas unas de otras. Sobre las puertas y las vigas estaban esculpidas figuras piadosas o gesticulantes comentadas con antiguos versos alemanes o inscripciones latinas. Allí estaban Las Tres Virtudes Teologales, las Cuatro Virtudes Cardinales, los Pecados Capitales, los Cuatro Evangelistas, los Apóstoles, San Martín cediendo su capa al mendigo, Santa Catalina y su rueda, y cigüeñas, escudos de armas, etc. Todo esto pintado de azul, rojo, verde y amarillo. Los pisos, avanzando uno sobre el otro, le daban el aspecto de una escalera invertida. Era una casa multicolor y graciosa.

Ilse había sido llevada muy pequeñita a esa casa, y en ella creció. Cuando tuvo dieciocho años la fama de su belleza llegó a Hanover, y de allí a Berlín. Los que iban a visitar el lindo pueblo de Hildesheim, su rosal milenar y los tesoros de su catedral, no dejaban de ir a admirar a aquella que era conocida por la Rosa de Hildesheim. Muchas veces fue requerida en matrimonio, pero, con la mirada baja, ella respondía invariablemente a su padre, cuando éste elogiaba a su última pretendiente, que deseaba permanecer todavía soltera para gozar de su juventud. El decía:

—Te equivocas; pero haz como quieras.

Y el pretendiente quedaba olvidado.

Cuando Ilse volvía de sus paseos, todas las figuras recortadas sobre la casa sonreían y le daban la bienvenida. Los Pecados exclamaban a coro:

—Míranos, Ilse, Representamos los Siete Pecados Capitales, es verdad; pero aquellos que nos han recortado y pintado no tenían la suficiente maldad para darnos la forma real de pecados mortales. Míranos: sólo somos siete pecados veniales, siete pecadillos. No tratamos en absoluto de tentarte. Al contrario: ¡somos tan feos!

Las Virtudes Teologales y Mundanas, tomadas de la mano como para bailar una ronda, cantaban:

—Ringel, Ringel, Reihe, Nosotras siete configuramos tu virtud. Míranos, sóndenlos: ninguna de entre nosotras es tan bella como tú. Ringel, Ringel, Reihe.

\*\*

\*

Ahora bien, Ilse tenía un primo que estudiaba en Heidelberg. Se llamaba Egon, y era alto, rubio, de anchos hombros y soñador. Los jóvenes se encontraron en Dresde durante unas vacaciones, quedaron prendados el uno del otro y se lo confesaron mutuamente ante la admirable Mailona Sixtina de Rafael, de quien Ilse poseía algunos de sus rasgos de angelical dulzura.

Egon pidió la mano de Ilse, pero, naturalmente el padre exigió como condiciones fortuna y posición. A su regreso de Heidelberg, durante el tiempo que le dejaban libre los estudios y los duelos en Hirschgasse, el joven se encaminaba hacia el lado del castillo que se encuentra al borde del Sendero de los Filósofos, para pensar en qué forma podría obtener la fortuna que le haría dueño de su prima.

\*\*

\*

Un domingo de enero, en que había ido a escuchar el sermón, el pastor habló de los sabios de Oriente que visitaron a Jesús en el pesebre. Citó el versículo del Evangelio de San Mateo, que nada dice en cuanto al número y la condición de los piadosos personajes que ofrendaron oro, incienso y mirra a Jesús.

Durante los siguientes días, Egon no pudo impedirse a sí mismo pensar en esos sabios de Oriente que, a pesar de ser protestante, él se figuraba, según la leyenda católica, que estaban coronados y eran tres: Gaspar, Baltasar y Melchor. Los Reyes Magos, el negro en el centro, desfilaban ante él. Se los imaginó portadores de oro a los tres. Unos días

después, no los veía de otra manera que con los rasgos y vestimentas de esos nigromantes alquimistas que, a su paso, todo lo transmutan en oro.

Toda esta fantasmagoría se la inspiraba el amor que sentía por ese oro que le permitiría desposar a su prima. Perdió en ellas la sed y el apetito, como si, tal un nuevo Midas, no tuviese por alimentos otra cosa que los lingotes transmutados por los astrólogos cuyas osamentas se honra de poseer la catedral de Colonia.

Investigaba en las bibliotecas, leyendo todo lo relacionado con los Tres Reyes Magos: el Venerable Beda, las leyendas antiguas y todos los autores modernos que han discutido la autenticidad de los Evangelios. Después, echaba a andar rumiando sus dorados pensamientos:

—¡Qué inestimable valor debe tener ese tesoro! En ninguna parte está escrito que ese oro haya sido distribuido, empleado, gastado, escondido o hallado...

Hasta que una tarde, Egon debió reconocer que deseaba ese tesoro de los Reyes Magos. Además de la dicha amorosa, este hallazgo le proporcionaría una gloria indiscutible.

\*\*

\*

Sus extrañas actitudes intrigaron muy pronto a profesores y estudiantes de Heidelberg. Los que no formaban de la misma división que Egon no vacilaron en asegurar que se había vuelto loco. Los de su grupo lo defendieron, aunque a causa de una serie interminable de duelos de los que aún se habla a orillas del Neckar. Después, las anécdotas sobre el asunto comenzaron a circular. Un estudiante que lo había seguido en el curso de uno de sus paseos, contó que una vez Egon se había acercado a un buey y le había hablado así:

—Busco un querubín. Las analogías me emocionan. Encuentro un buey. Verdad es que los querubines son bueyes alados. Pero, dime, hermoso buey que paces... Puede ser que tu simpleza encierre algo de la ciencia de esos animales que forman parte de una de las más nobles jerarquías celestiales. Dime, ¿no se ha perpetuado en tu raza la tradición de la Navidad? ¿No te sientes honrado porque uno de los tuyos haya calentado con su aliento al niño del pesebre? Y en este caso, quizá, ¿sabes tú, noble animal creado a la imagen de los querubines?, ¿sabes tú dónde está el oro de los Reyes Magos? Busco este tesoro que me haría dueño de una fortuna sagrada. ¡Oh, buey, mi única esperanza, respóndeme! He interrogado a los asnos, pero éstos son bestias y no la imagen de algo celestial: ¡Ay! Esos enérgicos animales sólo conocen una respuesta: la ronca afirmación germánica.

Esto ocurría al caer la noche. En las casas lejanas se encendían las lámparas. Los pueblecitos se iluminaban en derredor. El buey volvió lentamente la cabeza y mugió.

\*\*

\*

Entre tanto, en Hildesheim, Ilse recibía confiada entusiastas y amorosas cartas, suponiendo, como sus padres, que Egon estaba en trance de hacer fortuna.

Llegó el invierno; la nieve caía tibiamente, como plumaje de cisnes. Las figuras esculpidas en los frentes de las casas también se cubrían de nieve y parecían tiritar. Llegó la Navidad con sus árboles iluminados, alrededor de los cuales se canta:

*El árbol de Navidad es el más bello árbol  
Que hay sobre la tierra.  
¡Qué hermoso florece el árbol milagroso  
Cuando sus florecillas lucen,  
Cuando sus florecillas lucen,  
Sí, lucen!*

Una de esas mañanas de hielo en que los trineos se deslizaban por la aldea, llegó una carta sellada en Dresde, donde vivían los padres de Egon. Como su padre no encontraba sus anteojos, fue Ilse quien la leyó en voz alta. La misiva era triste y corta. El padre de Egon comunicaba que su hijo se había vuelto loco de amor. Contaba la historia del tesoro de los Reyes Magos que su hijo deseaba a toda costa, y luego la furia que le había atacado, obligándolo a internarlo en un hospicio, donde, en pleno desvarío, no cesaba de repetir el nombre de su prima.

A causa de esta carta, Ilse comenzó a languidecer rápidamente. Sus mejillas se demacraron, sus labios palidieron y sus ojos se hicieron más brillantes. Abandonó las ocupaciones domésticas y la costura. Pasaba todo el tiempo sentada al piano o soñando; hasta que, a mediados de febrero, debió guardar cama.

\*\*

\*

Por ese tiempo, una noticia conmovió a todos los habitantes de Hildesheim. El rosal milenario, testigo milagroso de la fundación del pueblo, se moría de frío y de vejez. Detrás de la catedral, en el cementerio murado donde antes crecía, su viejo tronco se estaba secando. Todo el mundo se sintió desolado. La municipalidad recurrió a los jardineros más hábiles, pero todos se declararon impotentes para hacerlo revivir. Finalmente, llegó uno de Hannover que emprendió un tratamiento, empleando los recursos más ingeniosos de su arte. Y una mañana de principios de marzo una gran alegría invadió a Hildesheim. Todo el mundo se saludaba felicitándose.

—El rosal ha resucitado. El jardinero de Hannover le ha devuelto la vida mediante sangre de buey sabiamente

empleada.

\*\*

\*

Esa misma mañana, los padres de Ilse lloraron junto al ataúd de la hija muerta de amor. Cuando los monigotes recortados y pintados sobre el frente fue levantado el féretro cubierto con un paño blanco, de la vieja casa tiritaban cubiertos por la nieve y parecían gimotear:

–Ringel, Ringel, Reihe. Adiós para siempre, Ilse. Adiós para siempre.

Un regimiento pasó delante del cortejo. Los tambores y los pífanos ejecutaban una música ligera y triste. Las mujeres, inclinándose, decían:

–Ha resucitado el rosal legendario, pero enterramos a la Rosa de Hildesheim.

# LOS PEREGRINOS PIAMONTESSES

Los peregrinos llegaban por todos los caminos. Algunos de ellos, que tuvieron que trepar por la empinada pendiente de la Trinité-Víctor, llegaban sofocados. Las campesinas que venían de Peille traían cestas llenas de huevos apoyadas en almohadillas sobre la cabeza, y caminaban muy erguidas, moviendo imperceptiblemente la cabeza, para acompañar las oscilaciones de su carga y mantenerla en equilibrio. Con las manos libres tejían. Un viejo paisano afeitado llevaba al brazo un cesto lleno de bollos espolvoreados de confites de anís. Había vendido una parte de su mercadería durante el camino y marchaba penosamente, fumando su pipa. Las campesinas más ricas montaban en sus muías de cascos reforzados. Unas muchachas, tomadas del brazo, desgranaban sus rosarios. Lucían esos sombreros de paja, casi planos, característicos de las mujeres del condado de Niza, y semejantes a los que usaban las damas griegas, tal como se puede observar en las estatuillas de Tanagra. Algunas habían recogido ramas de Olivo y se abanicaban con ellas. Otras caminaban detrás de sus muías, tomándoles la cola. Las muías iban cargadas de presentes para los frailes: cestos de higos, barriles de aceite y sangre de cordero coagulada.

Grupos de peregrinos elegantes, doncellas con vestidos de seda y súbditos ingleses llegaban desde Mónaco. Había también talladores presumidos y grupos de muchachas monegascas melindrosas y llenas de colores. Los simples curiosos se dirigían primero hacia las posadas que se hallan frente al convento de Laghet para refrescarse y ordenar el almuerzo. Los peregrinos de verdad, en cambio, iban en seguida al convento. Los mozos de las posadas conducían las muías al corral. Los peregrinos, hombres y mujeres, entraban al convento mezclándose al gentío que había ya allí desde el alba, recorriendo lentamente el claustro mientras salmodiaban el rosario y observaban los innumerables ex votos fijados de las paredes.

\*\*

\*

Galería rica sólo en anónimos y misteriosa era el claustro de Laghet. La rudeza, maravillada y minuciosa, del arte primitivo que reina en el claustro, emociona aun a quienes carecen de fe. Hay cuadros de todo género; sólo el retrato no tiene cabida. Todos los envíos son expuestos a perpetuidad: basta que la pintura conmemore un milagro debido a la intervención de Nuestra Señora de Laghet.

Todos los accidentes posibles, las enfermedades fatales, los dolores profundos, todas las miserias humanas están allí descritas simple, devota, ingenuamente. ..

El mar desencadenado sacude a un pobre casco de navío desarbolado, sobre el que aparece de rodillas un hombre más grande que el barco. Todo parece perdido, pero la Virgen de Laghet vela aureolada de claridad, en un rincón del cuadro. El devoto se salvó. Lo atestigua una inscripción en italiano. Era en 1811...

Un carruaje arrastrado por caballos indóciles cae a un precipicio. Los viajeros perecerán destrozados sobre las rocas. María vela en el ángulo del cuadro rodeada de un halo luminoso. Coloca arbustos en los flancos del precipicio, los viajeros se agarrarán de ellos para sostenerse y luego colgarán ese cuadro en el claustro de Laghet, en prueba de agradecimiento. Fue en 1830...

Y así siempre: en 1850, en 1860, cada año, cada mes, casi cada día, los ciegos vieron, los mudos hablaron, los típicos sobrevivieron, gracias a la Señora de Laghet, que sonríe dulcemente, nimbada de amarillo, en un rincón de los cuadros.

\*\*

\*

Hacia las diez de la mañana se escucharon canciones italianas. Llegaban los peregrinos piamonteses, fatigados, pero animosos y fervientes.

Sus pies descalzos estaban cubiertos de polvo. Sus ojos brillaban en los rostros delgados y enérgicos. Las mujeres se habían cubierto la cabeza con hojas de higuera para protegerse del sol de julio. Algunas comían trozos de polenta, sobre los que se posaban los remolinos de moscas que se levantaban a su paso. Unos niños postillosos mordisqueaban algarobas recogidas en camino. Los piamonteses llegaban en grupos compactos e interminables. Como eran pobrísimos, venían a pie desde el fondo de sus provincias. Todos, hombres y mujeres, llevaban puesto encima de sus ropas el escapulario obscuro del Monte Carmelo. Casi todos cantaban. Un muchacho, al que la peladera había vuelto calvo como César, apretaba entre sus dientes una gimbarde que sostenía con la mano izquierda, mientras que con la derecha hacía vibrar el instrumento para acompañar al cántico.

Los que estaban sanos cargaban por turno a los enfermos. Encorvado por el peso, un viejo llevaba sobre sus hombros a un adolescente, cuyas piernas habían sido destrozadas en algún accidente. Por más poderosa que fuese, era evidente que María no podría devolvérselas. Pero, ¿qué importancia puede tener esto para un creyente? La Fe es ciega.

Una jovencita de sin par belleza, pero cuyo rostro muy pálido estaba cubierto de pecas, era conducida en una camilla por su madre y su hermano.

Los cojitranco saltaban de un lado a otro.

A la vista del convento y al son de las campanas que los monjes echaron a volar en ese momento, los piamonteses sintieron renacer sus ánimos. Sus cánticos se hicieron más ardientes y sus súplicas se elevaron más fervientes hacia la Virgen, cuyo nombre repetido era en sí una letanía:

*Santa María...*

Sus ojos se elevaban hacia el cielo, quizá con la esperanza de ver aparecer en lo alto, a la izquierda o a la derecha, como en los rincones de los cuadros votivos, a la Virgen de Laghet nimbada de sol. Pero el cielo latino permanecía puro.

Al llegar frente a la iglesia, un hombre lanzó un grito lastimero y se abatió vomitando sangre a borbotones.

En el claustro, una mujer cayó víctima de una deprimente crisis de epilepsia.

Los peregrinos cantaban. Diez veces dieron la vuelta al claustro. Cuando llegó la hora de la misa mayor, entraron en la iglesia deslumbrante de oro y de llamas de cirios. Los peregrinos respiraban con delicia el olor del incienso y de la cera; se maravillaban piadosamente ante los balcones dorados, las columnas ornadas con flecos y todo el lujo estucado del estilo jesuítico.

En los brazos de su madre, un niño berreaba extendiendo las manos hacia los navíos, las muletas y los corazones de oro o de plata suspendidos en los muros de la nave y del coro. El niño tomaba esos ex votos por juguetes.

De repente se puso a gritar: "Bambola", al tiempo que agitaba sus bracitos hacia la Virgen milagrosa, la cual, ceñida en un tieso vestido de terciopelo recargado de pedrería, sonreía desde el altar. El pequeño lloraba: "¡Bambola!", es decir muñeca, y no otra cosa es ese simulacro honorable y prodigioso.

\*\*

\*

El coro se colmó de monjes. Uno de ellos, vestido con hábitos sacerdotales, subió al altar. Los peregrinos y los monjes cantaron al unísono. El acento de los monjes era similar al de los peregrinos llegados a pie desde el Piamonte esa mañana.

Había algunos viejos carmelitas encorvados, que respondían con voz temblona cuando el oficiante decía: Dominus vobiscum.

Estaban también allí algunos jóvenes que aún no habían pronunciado votos perpetuos. Uno de ellos, alto y robusto, que lucía una corona de abundantes cabellos oscuros alrededor de la tonsura, se volvió un momento hacia la nave al oír los gritos proferidos por la joven que había llegado en la camilla y ahora se había incorporado gritando:

–¡Amedeo! ¡Amedeo!

Inmediatamente cayó agotada. La madre y el hermano se inclinaron solícitos para atenderla, en tanto que los peregrinos cuchicheaban:

–¡Milagro! ¡Milagro! ¡La Apolonia, que hace tres años que no puede tenerse en pie, acaba de incorporarse!

En el coro, el monje se estremeció y bruscamente volvió la espalda. Los cantos habían cesado. Era el momento de la elevación y aquellos que podían hacerlo se arrodillaron. En medio del silencio se escuchaba claramente al muchacho de las piernas cortadas, que imploraba un milagro. Su voz juvenil vibraba en palabras fervorosas. Las expresiones piamontesas sonaban vigorosas, concisas y claras.

–Te lo ruego, Virgen Santa: yo, un pobre tullido, yo, el caganido (excremento del nido). ¡Cúrame! ¡Devuélveme mis dos piernas para que pueda ganarme la vida!

En ese punto la voz se volvió dura e imperiosa:

–¿Me escuchas? ¿Me escuchas? ¡Cúrame! –y continuó con blasfemias convulsivas, con aullidos imprecatorios:

–¡Cúrame, sacramento! ¡O te romperé la jeta!

En ese momento el tintinear de la campanilla hizo inclinar las frentes mientras el sacerdote elevaba la hostia. El tullido continuaba sus plegarias salpicadas de blasfemias. La campanilla sonó por tercera vez. Entonces se escuchó otra vez s Apolonia gritar:

–¡Amedeo! ¡Amedeo!

Y los peregrinos, levantando rápidamente las cabezas, vieron que la joven volvía a caer en su camilla.

El monje del coro se puso de pie, abrió la reja y avanzó hacia la enferma, que todavía murmuraba: –¡Amedeo ! ¡Amedeo!

Y le preguntó duramente en su dialecto: –¿Qué es lo que quieres?

–Basmé... (bésame) –repuso ella.

El monje temblaba; las lágrimas afluyeron a sus ojos. La madre de Apolonia lo contempló temerosa, y señalando la hija explicó:

–Está enferma –repitió:

–¡Enferma! ¡Enferma! –¡Marota, marota!

Apolonia, exhausta, lo miraba suplicante:

–¡Basmé, Amedeo! Desde que te marchaste los días fueron para mí tan negros como boca de lobo.

La madre repetía las últimas palabras de la frase:

–Schir cmé'n bucea a u luv

Inclinándose sobre la enferma, el monje la abrazó dulcemente.

–Apolonia ..

Mientras ella murmuraba:

–Amedeo.

La madre dijo:

–Todavía estás a tiempo para dejar el convento, Amedeo. Vuélvete con nosotros, porque sin ti ella morirá.

El repetía:

–Apolonia. ..

Luego, incorporándose con decisión, se deshizo de la casulla haciéndola pasar por la cabeza, y la dejó caer. Desató el cordón, desabotonó el hábito y se lo quitó, apareciendo como un rústico obrero piamontés, en tricota y pantalón de terciopelo azul sostenido por un ceñidor de lana roja.

En la iglesia se oían las risas ahogadas de las chicas monegascas y se distinguían con claridad las palabras: "Piafen! ¡Piafi!", que designan a los piamonteses.

El chiquillo que quería a la Virgen por muñeca lloraba, en tanto que la madre le reprendía en alta voz porque ya no veía sujeta a su cuello la cinta que sostenía la manita de coral que protege a los niños contra las brujerías.

El monje miraba a los peregrinos. Se sentía su hermano, vestido como ellos y hablando su mismo dialecto. Todo el mundo lo contemplaba extasiado, cuchicheando:

–Un milagro...

Hizo una seña al hermano de Apolonia y los dos se inclinaron para alzar la camilla.

El tullido aullaba:

–¡Sacramento! ¡Cúrame! ¡Canalla, perra: cúrame o te escupo en la cara!

Amedeo llamó en alta voz:

–Venid conmigo; volvamos al Piamonte.

Y sosteniendo la camilla salió, seguido de la multitud de peregrinos que exclamaban: –¡Milagro!

Una vez afuera, Apolonia, incorporándose en la camilla y con mirada huraña le dijo:

–¡Basmé, Amedeo!

Este apoyó la camilla en el suelo y se arrodilló. Apolonia le tomó la mano y volvió a caer, inerte. Amedeo la besó, desesperado, murmurando palabras de ternura. Llegó un médico que estaña entro los peregrinos como simple curioso, y examinó a la pobre criatura diciendo:

–Se acabó; está muerta.

Amedeo se ir guió, lívido, y echó una mirada a los piamonteses que, consternados, guardaban silencio. Luego, levantando el puño hacia el cielo muy azul, rugió:

–Hermanos cristianos, ¡el mundo está mal hecho!

Y volvió al claustro, para siempre. .

\*\*

\*

Las mujeres se santiguaban; los hombres repetían la exclamación dolorosa del monje meneando la cabeza:

–Fradei cristiang, ir mund Vé mal fáa!

La madre espantaba las moscas que venían a posarse sobre los ojos y la boca de la muerta. Las muías piafaban en el corral. Desde las posadas llegaba el ruido de la vajilla. En el claustro seguía cantando la triste letanía dominada por el nombre de la Virgen:

*Santa María...*

Llegaban nuevos peregrinos. Otros regresaban alegres, rodeada la cintura con un gran rosario de cuentas grandes como nueces. Entre los árboles, bastante lejos, un cucú dejaba oír, a intervalos regulares, su doble nota apacible e invariable...

# LA DESAPARICIÓN DE HONORÉ SUBRAC

A pesar de las más prolijas investigaciones, la policía no ha podido dilucidar el misterio de la desaparición de Honoré Subrac.

Subrac había sido amigo mío, y como yo conocía toda la verdad acerca de su caso, me sentí obligado a poner a la justicia al tanto de todo lo ocurrido. El juez ante el cual presté declaración empleó conmigo, después de haber escuchado mi relato, un tono de cortesía tan espantado, que no me cupo la menor duda de que me tomaba por loco. Se lo dije, y desde ese momento fue aún más amable. Luego, levantándose de su silla, me condujo hasta la puerta y pude ver que su secretario estaba de pie, con los puños apretados, dispuesto a saltar sobre mí en caso de que me diera un ataque de locura.

No insistí. El caso de Honoré Subrac era, en efecto, tan extraño, que en verdad parecía increíble. Se sabía, por las noticias aparecidas en los diarios, que Subrac pasaba por un individuo muy original. Tanto en invierno como en verano sólo vestía una hopalanda y se calzaba únicamente con pantuflas. Era muy rico, y como su manera de vestir me asombraba, un día le pregunté qué razón tenía.

—Es para poder desvestirme con mayor rapidez en caso de necesidad—me respondió—. Por lo demás, es fácil acostumbrarse a salir con poca ropa, y se puede prescindir muy bien de ropa interior, medias y sombrero. Vivo así desde los veinticinco años y nunca me enfermé.

Estas palabras, lejos de esclarecerme, agudizaron mi curiosidad.

—¿Por qué razón—pensé—, Honoré Subrac tendrá tanta necesidad de desvestirse con rapidez?

E imaginé toda clase de conjeturas...

\*\*

\*

Una noche, al volver a casa—sería la una o la una y cuarto—, oí pronunciar mi nombre en voz baja. Me pareció que esa voz salía de la pared que había rozado. Me detuve desagradablemente sorprendido.

—¿No hay nadie en la calle? Soy yo, Honoré Subrac.

—¿Dónde está usted?—exclamé mirando a todas partes sin lograr darme una idea del lugar donde mi amigo estaba escondido.

Descubrí entonces su famosa hopalanda tirada en la acera y al lado sus no menos famosas pantuflas.

—He aquí un caso—pensé— en que la necesidad ha obligado a Honoré Subrac a desvestirse en un abrir y cerrar de ojos. Por fin voy a conocer el motivo de este misterio.

Le dije en voz alta:

—La calle está despierta, mi querido amigo; puede usted salir.

Bruscamente, Honoré Subrac se desprendió de la pared, en la que yo no había notado su presencia. Estaba completamente desnudo y, antes que nada, se apoderó de su hopalanda, se la puso y la abotonó lo más rápidamente que pudo. En seguida se calzó las pantuflas y resueltamente me habló, en tanto me acompañaba hasta la puerta de mi casa.

\*\*

\*

—Usted se habrá asombrado—me dijo—, pero ahora comprenderá la razón por la cual me visto de forma tan extravagante. Seguramente, usted no ha comprendido cómo pude escapar por completo a sus miradas. Es muy simple. Sólo se debe ver en eso un fenómeno de mimetismo... La naturaleza es una buena madre. Ha distribuido entre aquellos de sus hijos amenazados por peligros y que son débiles para defenderse, el don de confundirse con lo que les rodea... Usted ya conoce todo eso. Sabe que las mariposas se parecen a las flores, que ciertos insectos, son semejantes a hojas, que el camaleón puede tomar el color que mejor lo oculte, que la liebre polar se ha vuelto blanca como las comarcas glaciales en las que, medrosa como la de nuestros campos, escapa sin ser vista.

Es así como esos débiles animales huyen de sus enemigos, por medio de un instintivo artificio que modifica su aspecto.

Y perseguido por un enemigo sin cesar, yo, que soy pusilánime e incapaz de defenderme en una pelea, me parezco a esos animales: me confundo a voluntad y por terror, con el medio ambiente.

Hace ya años que he ejercitado por primera vez esta facultad instintiva. Tenía veinticinco años y, en general, las mujeres me encontraban agradable y apuesto. Una de ellas, que era casada, me testimonió tanta amistad que me sentí incapaz de resistir. ¡Fatales relaciones!... Una noche estaba en su casa. Su supuesto marido había salido de viaje por varios días. Estábamos desnudos como divinidades, cuando la puerta se abrió de pronto y apareció el marido empuñando un revólver. Sentí un terror inexpresable y, cobarde como era y como lo soy aún, no tuve más que un deseo: desaparecer. Adosándome a la pared, anhelé confundirme con ella. Y el hecho imprevisto es produjo de repente. Tomé el color del empapelado y mis miembros se aplanaron en un estiramiento voluntario e inconcebible; me pareció que formaba parte de la pared y que, en adelante, nadie me vería. Era verdad. El marido me buscaba para matarme. Me había visto y era imposible que hubiese podido escapar. Se puso como loco, y volviendo su ira contra su mujer la mató

salvajemente disparándole seis tiros en la cabeza. Se fue en seguida, llorando desesperadamente. Cuando hubo salido, instintivamente mi cuerpo recuperó su forma y su color naturales. Me vestí y logré salir de allí antes de que nadie viniese... Desde entonces he conservado esta afortunada facultad que se parece al mimetismo. El marido, no habiendo podido matarme entonces, consagró su existencia al logro de esa tarea. Durante años me persiguió por todo el mundo, y yo pensé haberle escapado viniendo a vivir a París. Pero unos minutos antes de que usted pasase volví a verlo. El terror me hizo castañetear los dientes. Apenas tuve tiempo para desvestirme y confundirme con el muro. Pasó cerca de mí, observando con curiosidad la hopalanda y las pantuflas abandonadas en la acera. Ya ve usted que me sobra razón para vestirme tan sumariamente. No podría ejercer mi facultad mimética si estuviese vestido como todo el mundo. Me sería imposible desvestirme tan rápidamente para escapar a mi verdugo, y lo más importante es que esté desnudo, para que mis ropas, aplastadas contra la pared, no hagan inútil mi desaparición defensiva. Felicité a Honoré Subrac por esa facultad suya, de la que tenía pruebas suficientes, y que por cierto le envidiaba. ..

\*\*

\*

Durante los días siguientes sólo pensé en esto. A cada momento me sorprendía a mí mismo esforzándome por lograr voluntariamente la modificación de mi forma y mi color. Intenté transformarme en ómnibus, en Torre Eiffel, en académico, en ganador de la lotería. Mis esfuerzos fueron vanos. No lo lograba. Mi voluntad no era suficientemente fuerte y, además, me faltaba ese santo terror, ese formidable peligro que había despertado los instintos de Honoré Subrac.

\*\*

\*

Hacia algún tiempo que no lo veía, cuando un día llegó enloquecido:

—Ese hombre, mi enemigo —me dijo—, me acecha en todas partes. Pude escaparle tres veces gracias a mi facultad, pero tengo miedo, ¡tengo miedo, mi querido amigo!

Advertí que había enflaquecido, pero me cuidé de decírselo.

—No le queda a usted más que un camino —le dije—. Para escapar a un encarnizado enemigo como él, debe usted irse. Ocúltese en una aldea. Deje a mi cuidado sus asuntos y diríjase a la estación más cercana.

Me estreché la mano diciéndome:

—Acompáñeme usted, se lo suplico; ¡tengo miedo!

\*\*

\*

Ya en la calle, caminamos en silencio. Honoré Subrac volvía continuamente la cabeza, presa de la inquietud. De pronto lanzó un grito y echó a correr, al tiempo que se desembarazaba de la hopalanda y las pantuflas. Vi que un hombre venía a la carrera tras de nosotros. Traté de detenerlo, pero se liberó de mí. Empuñaba un revólver que apuntaba hacia Honoré Subrac. Este había llegado al paredón de un cuartel, desapareciendo allí como por encanto.

El hombre del revólver se detuvo estupefacto, lanzó una airada exclamación y, como para vengarse del paredón, que parecía haberle arrebatado su víctima, descargó el revólver sobre el lugar donde había desaparecido Honoré Subrac. Después se alejó corriendo.

la gente se aglomeró en el lugar y acudieron agentes de policía que la obligaron a dispersarse. Entonces llamé a mi amigo, pero éste no me respondió.

Palpé la pared; todavía estaba tibia, y observé que de las seis balas disparadas tres habían penetrado a la altura del corazón de un hombre, en tanto que las restantes habían hecho saltar el revoque algo más arriba, allí donde me pareció distinguir vagamente el contorno de un rostro.

# EL MARINERO DE ÁMSTERDAM

El bergantín holandés Alkmaar volvía de Java cargado de especias y otras materias preciosas.

Hizo escala en Southampton y los marineros obtuvieron permiso para bajar a tierra.

Uno de ellos, Hendrikk Wersteeg, llevaba un mono sobre el hombro derecho, un papagayo sobre el izquierdo y, en bandolera, un bulto de telas indias que pensaba vender en la ciudad junto con los animales.

Era a comienzos de la primavera y la noche aún caía temprano. Hendrikk Wersteeg marchaba a buen paso por las calles algo neblinosas, que la luz de gas iluminaba apenas. El marinero pensaba en su próximo regreso a Amsterdam, en su madre, a quien llevaba tres años sin ver, en su novia, que lo aguardaba en Monikendam. Calculaba cuánto dinero le producirían los animales y las telas, y buscaba un comercio donde pudiera vender esas mercancías exóticas.

En Above Bar Street, un señor muy correcto lo detuvo para preguntarle si buscaba comprador para el papagayo.

—Este pájaro —dijo— me vendría muy bien. Necesito alguien que me hable sin que yo deba responderle, pues vivo solo.

Como la mayoría de los marineros holandeses, Hendrikk Wersteeg hablaba inglés. Fijó un precio que el desconocido aceptó.

—Sígame —dijo éste—. Mi casa queda bastante lejos. Usted pondrá el papagayo en una jaula que tengo. Me mostrará usted sus telas y quizás encuentre alguna de mi gusto.

Contento de su inesperado éxito, Hendrikk Wersteeg siguió al gentleman, haciendo durante el camino el elogio de su mono, que, decía, era una especie muy rara, cuyos individuos se adaptan muy bien al clima de Inglaterra y que, además, se encariñan con los amos.

Hendrikk Wersteeg dejó al pronto de hablar. Estaba derrochando sus palabras, pues el desconocido no le respondía y ni siquiera parecía escucharlo.

Continuaron caminando en silencio. Nostálgicos de sus tropicales selvas natales, el mono —asustado por la niebla— soltaba un gemido de niño recién nacido, y el papagayo batía las alas.

Al cabo de una hora de marcha, el desconocido dijo bruscamente:

—Nos estamos acercando a mi casa.

Habían salido de la ciudad. El camino estaba bordeado por grandes parques cercados por verjas. De tanto en tanto, brillaban a través de los árboles las ventanas iluminadas de un cottage; a ratos, en la lejanía, sonaba en el mar el grito siniestro de una sirena.

El desconocido se detuvo ante la reja, sacó una llave del bolsillo y abrió una puerta que volvió a cerrar una vez que entró Hendrikk.

El marinero estaba impresionado. Apenas distinguía en el fondo del jardín una casita de bastante buen aspecto, pero cuyas persianas cerradas no dejaban filtrar ninguna luz.

El silencioso desconocido, la casa sin vida, todo eso era bastante lúgubre. Pero Hendrikk recordó que el desconocido vivía solo. Es un extravagante —pensó—. Y como un marinero holandés no es lo bastante rico como para que alguien piense en desvalijarlo, se avergonzó de sus temores.

\*\*  
\*

—Si tiene usted fósforos, alúmbreme —dijo el desconocido, introduciendo una llave en la cerradura de la puerta del cottage.

El marinero obedeció y, una vez adentro, el desconocido trajo una lámpara que iluminó una sala amueblada con gusto.

Hendrikk Wersteeg estaba ahora completamente tranquilo. Alimentaba la esperanza de que su extraño compañero le compraría buena parte de sus telas.

El desconocido, que había salido de la sala, volvió con una jaula:

—Ponga aquí el papagayo —dijo—. Sólo cuando se haya domesticado y sepa decir lo que quiero que diga le pondré sobre una percha.

Después de cerrar la jaula, en la que el pájaro quedó azorado, pidió al marinero que tomara la lámpara y pasara a la habitación vecina, donde había una mesa apropiada para desplegar las telas.

Hendrikk obedeció y entró en la habitación indicada. En seguida escuchó la puerta cerrarse tras él y la llave que giraba en la cerradura. Estaba preso.

Confundido, dejó la lámpara sobre la mesa y quiso arrojarla sobre la puerta para forzarla. Pero una voz lo detuvo:

—¡Un paso más y es hombre muerto, marinero!

Hendrikk levantó la cabeza y vio, por un tragaluz que no había notado hasta entonces, el caño de un revólver que lo apuntaba. Aterrorizado, se detuvo.

No había lucha posible: su cuchillo de nada le servía en esa circunstancia, y aun un revólver le hubiera resultado inútil. El desconocido, que lo tenía a su merced, se escondía detrás del muro, a un costado del tragaluz, desde donde vigilaba al marinero y por donde pasaba sólo la mano que empuñaba el revólver.

–Escuche bien–dijo el desconocido– y obedezca. El forzado favor que usted me hará le será recompensado. Pero usted no puede elegir. Deberá obedecerme sin chistar, de lo contrario lo mataré como a un perro. Abra el cajón de la mesa... Hay un revólver de seis tiros cargado con cinco balas. . Tómelo.

El marinero holandés obedecía casi inconscientemente. En su hombro, el mono lanzaba gritos de terror y temblaba. El desconocido continuó:

–En el fondo del cuarto hay una cortina. Córrala.

Descorrida la cortina, Hendrijk vio una alcoba y en ella, sobre una cama, atada de pies y manos y amordazada, una mujer lo miraba llena de desesperación.

–Desate a esa mujer y quítele la mordaza –dijo el desconocido.

Ejecutada la orden, la mujer, muy joven y de admirable belleza, se acercó al tragaluz y arrodillándose, exclamó:

–Harry, esta es una celada infame. Me has traído a esta casa para asesinarme. Fingiste haberla alquilado para que pasáramos los primeros tiempos de nuestra reconciliación. Pensaba haberte convencido. ¡Creía que finalmente estabas seguro de que nunca he sido culpable! ¡Harry, Harry, soy inocente!

–No te creo –dijo secamente el desconocido.

–¡Harry, soy inocente! –repitió con estrangulada voz la joven dama.

–Son tus últimas palabras; las guardo cuidadosamente y me las repetirán toda la vida –la voz del desconocido tembló un instante, pero inmediatamente recobró energías–. Te quiero todavía –agregó–; si te amara menos sería yo mismo quien te mataría. Pero me resulta imposible porque te amo... Ahora, marinero, si antes de que yo haya contado hasta diez usted no ha alojado una bala en la cabeza de esta mujer, caerá muerto a sus pies. Uno, dos, tres...

Y antes que el desconocido hubiera llegado al cuarto, Hendrijk, enloquecido, disparó sobre la mujer que, siempre arrodillada, lo miraba fijamente. La víctima cayó de cara al suelo: había recibido el tiro en la frente. Seguidamente, un segundo disparo hecho desde el tragaluz hirió al marinero en la sien derecha. Hendrijk se desplomó contra la mesa, mientras el mono, lanzando agudos chillidos de espanto, buscaba refugio en su blusón.

\*\*

\*

Al día siguiente, unos transeúntes que habían oído gritos extraños procedentes de un cottage de las afueras de Southampton, avisaron a la policía, que llegó rápidamente y forzó las puertas, encontrando los cadáveres de la joven dama y del marinero.

El mono salió bruscamente del blusón de su amo y saltó a la cara de uno de los policías. Tanto los asustó, que éstos dieron unos pasos atrás y lo mataron a tiros antes de atreverse a acercarse de nuevo.

La justicia informó. Pareció evidente que el marinero había matado a la dama y luego se había suicidado. Sin embargo, las circunstancias del drama parecían misteriosas. Los cadáveres fueron identificados sin dificultad, y la gente se preguntaba cómo Lady Finngal, esposa de un par de Inglaterra, pudo haberse encontrado a solas en una aislada casa de campo de las afueras con un marinero llegado la víspera a Southampton.

El propietario de la finca no pudo dar ningún informe satisfactorio para orientar a la justicia. El cottage había sido alquilado ocho días antes del drama por un tal Collins, de Manchester, a quien, por otra parte, no se pudo encontrar. El tal Collins usaba anteojos y lucía una larga barba roja, que muy bien podía ser postiza.

El lord llegó de Londres a toda prisa. Adoraba a su mujer y la desesperación que exhibió inspiraba lástima. Como todo el mundo, no comprendía nada de este asunto.

Después del hecho, se retiró de la vida mundana y vive en su casa de Kensington sin otra compañía que un doméstico mudo y un papagayo que repite sin cesar:

–¡Harry, soy inocente!

# HISTORIA DE UNA FAMILIA VIRTUOSA, DE UN CESTO DE MIMBRE Y DE UN CALCULO VESICAL

Eran las cinco de la mañana y, desvelado, opté por levantarme y salir. Estábamos hacia fines de marzo. Las calles, frías y desiertas, tenían un tono azulado. Los sótanos de las panaderías dejaban escapar el calor de la última hornada y los panaderos semidesnudos y enharinados gesticulaban, iluminados por los resplandores de los hornos. Seguí por el bulevar Coucelles, costeadando el parque Monceau, a esa hora lleno de cantos de pájaros y del misterio suscitado por el estanque que vigila la columnata en ruinas, mientras que los árboles erguían sus ramazones y sacudían su renovado follaje.

Pasó un hombre llevando un gancho, una linterna sorda y, a la espalda, un gran cesto de mimbre. Lo seguí y observé que se aproximaba a cada uno de los abundantes tachos de basura en los que hurgaba con su gancho.

Había ya revisado varios recipientes y, viendo que yo no me apartaba, se volvió y levantó su linterna sobre mi cara para observarme, al tiempo que me decía:

—¿Quiere usted hacerme competencia?

—¡Dios me guarde! —exclamé—. Soy un simple curioso y desearía acompañarlo a usted para conocer el contenido de su cesto, bajo su supervisión y en su casa.

—Aceptado —dijo—. Pero no me moleste; sígame sin decir nada.

\*\*

\*

Obedecí. Estuvimos andando hasta cerca de las nueve de la mañana. Hacia las seis pasamos por los Halles. Cerca de la fuente de los Inocentes vi a un hombre vestido de andrajos multicolores como un mosaico, arrodillado ante un montón de basuras, buscaba restos de alimentos podridos que luego comía ávidamente. No llevaba sombrero y sus rolos cabellos caían como los de un Cristo. Alrededor de las siete y media cruzamos el puente de Austerlitz, donde topamos con un carro cargado de pieles de carnero cuyo olor me espantó, a pesar de haber estado olfateando tantos montones de basuras desde el amanecer.

El cesto de mi compañero estaba lleno, y rápidamente llegamos a la plaza Italia y salimos de París, pues el trapero vivía en Kremlin-Bicêtre.

\*\*

\*

Me hizo entrar en su casucha, que daba a un terreno baldío y exhalaba un olor nauseabundo. El trapero me presentó a su familia. Primeramente, a su mujer, que estaba encinta y cuyo vientre levantábale las faldas casi hasta las rodillas. El marido la disculpó:

—Es fecunda, señor, y bella también. Pero las ropas que lleva no la favorecen mucho. Desnuda, su vientre se redondea como una perla.

—¡Nicolás! —llamó, y luego aclaró—: Es mi hijo.

Un chico de trece años, bien formado, escasamente vestido y despechugado como un Atis, vino a hacer mojigangas en mi honor.

—Hermosa progenitura la suya, compañero —dijo al padre—. Nicolás le honra a usted. Sus ropas abiertas dejan ver su delicada piel, que la mugre sombrea. Está hecho como el Príncipe Encantador y bien sana, virtuosamente.

*Cerca de las pirámides de Malpighi  
la torre de marfil se yergue*

El trapero llamó luego a su hija, una chica de quince años, esbelta, impúber, coronada de una enorme melena engrasada. Como la jovencita se llamaba Genoveva, la saludé líricamente:

—Sus cabellos destilan aceite como las olivas, pero su piel, al revés de la Truitonne del cuento de hadas, no es aceitosa. Sus dientes son bellos como dientes de ajo; sus ojos, negros como los frutos del almez; sus labios, cual dos gajos de toronja, quizá tienen su mismo sabor amargo. Su pañoleta palpitante aplasta sin razón los madroños de sus senos. ¡Compadre! Con una familia tan encantadora es usted más digno de envidia que un emperador.

El trapero sonrió y dijo gloriosamente:

—De ellos desciendo. Mi nombre es Pertinax Restif, para servir a usted.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Desciende usted de ese impresor demasiado virtuoso, tan virtuoso que ya parecía abyecto? Alguien lo tomó por un sirviente, el 21 de marzo de 1756. ¿Lo sabía usted? Llevaba un grueso bergopzom verde, con borlas y galones, un gran manguito de piel de oso y cinturón de pelo... Se paseaba con una mujer, una de las pocas a las que hubo tratado como hermana, cuando los llamó una dama para preguntarle: "¿Perteneceis a la servidumbre?..."

¡Desciende usted de Restif de La Bretonne, y, como él, es usted virtuoso!

El trapero adoptó una actitud severa y dijo:

–¡Más virtuoso que él!

No lo creí en absoluto; sin embargo, agregué muy seriamente:

–Vuestra medianía no tiene más de lo que merece. Ustedes no son más que traperos.

Pertinax Restif hizo un gesto evasivo y sonrió con malicia. Hizo unos pasos de rigodón; luego, mirándome fijamente a los ojos, me dijo:

\*\*

\*

–Este modo de bailar ya ha pasado. Sea, pero me gusta esta danza. La virtud no está ya de moda, ¡sea!, pero yo la practico. Soy lionés, del barrio de la Croix-Rousse. Cuando terminé el servicio militar me hice comerciante en ropas. Vivía en la cuesta del Tirecul, a donde cada noche volvía fatigado después de haber pregonado mis mercancías, desde el amanecer, por todos los barrios. Tenía una hermana, una belleza que trabajaba de tripera y ganaba tres francos diarios. Éramos huérfanos, vivíamos juntos... ¿Y qué quiere usted? Ni el uno ni la otra éramos corre-calles. La comida, la familia, un buen lugar donde estar... nos sentíamos felices y la felicidad engendra toda virtud. La sangre virtuosa de nuestros mayores nos impelía a no descuidar esa felicidad, a ser virtuosos hasta el fin. Hicimos el amor. Como la ropa vieja y los sombreros sucios y desgarrados no dejaban mucho, me hice trapero. Iba a hurgar las inmundicias. A veces, algunos hallazgos compensaban largas jornadas de búsquedas en general infructuosas. No obstante nos vinimos aquí, a Kremlin-Bicétre. Continué mi oficio, cada mañana. En París, en lugar de las inmundicias escarbo las basuras: sólo ha cambiado el nombre. Vivo feliz y virtuosamente, educando a estos niños que me ha dado mi esposa, mi hermana.

\*\*

\*

Escuchaba con pena este relato. Un malestar indefinible me hacía latir las sienes y experimentaba una gran repugnancia por esta familia y por el olor de su casa. La Thamar de Pertinax Restif escuchaba erguida con la "mirada hosca. Su rostro desfigurado por la máscara del embarazo se alargaba como el de una sierva mal alimentada. De su belfo colgante, signo atávico de bondad, se escurría un poco de saliva sin espuma, denotando un embrutecimiento honesto y una virtud de perra. Sus brazos se balanceaban. Alzó la mano derecha para rascarse la cabeza, quizá piojosa. Vi entonces que llevaba en el anular una sortija ordinaria, cuyo engarce encerraba un ópalo: piedra de desgracia, gema infame, inmunda mezcla de orines, esputos, esperma y ojos reventados.

Durante el relato de su padre, los niños habían echado a llorar y se tomaban de las manos, que besaban y mojaban con sus lágrimas. Ante tanta virtud, mi alma también se dulcificó, mi cerebro se llenó de las Ideas más mediocres. Las lágrimas subieron a mis ojos y todo se enturbió, se hizo opalino a mi alrededor. Pero por fortuna, el vientre de la Thamar al reprimir ésta un sollozo, hizo un movimiento y yo sonreí, bromeé y me incliné bondadosamente para besar la mano de esta mujer a quien la emoción le hacía sacudir la panza.

Como si temiese un parto prematuro, Pertinax Restif observaba con inquieta diligencia ese vientre agitado. Murmuró:

–Ventre sororal de mi esposa. ¡Oh, mi perla! ¡Mi perla fina!

Entonces esa mujer sentimental pronunció las únicas palabras que le escuché decir:

–Las perlas mueren.

Esta frase hizo acudir nuevas lágrimas a mis ojos. Pertinax Restif declamaba con voz de falsete los versos que él mismo había compuesto, inclusive el último:

*La mort nous posera dans le girón divin.  
En attendant, vivons parmi les équevilles.  
Vertu, ce mot sacre n'est peut-être pas vain,  
Joignons done nos vertus, ma soeur, mon fus, ma [filie...  
Ou peut-on être mieux qu'au sein de sa famille<sup>1</sup>*

Mis lágrimas secáronse instantáneamente. La desnudez del joven Nicolás se había apaciguado. Me complací en repetir:

*Cerca de las pirámides de Maípi ghi  
la torre de marfil se yergut,  
pero inclinada, como la torre de Pisa.*

Luego, volviéndome hacia el trapero, agregué:

–¡Ay, compadre, compadre! Mire adonde lo ha conducido su virtud y la de su antepasado Monsieur Nicolás: no es usted más que un trapero, y sin embargo descende de un emperador.

Pertinax Restif pareció contrariado, pero enrojeció de orgullo al decir:

–Yo soy patriarca.

–Bien: ¡patriarca! ¡Padre de familia! Insistes en perpetuar tu virtud. Pero fíjate: al principio de la genealogía, un emperador; al final, un trapero contento de su suerte. Decente y virtuosamente tu hijo debiera ser pocero; pero para felicidad suya ese oficio ya casi no existe; ahora hay máquinas para vaciar los pozos.

El resto de orgullo que había en Pertinax Restif le impidió comprender.

–Sí –insistió–, desciendo de un emperador pero soy un patriarca

\*\*

\*

Y, gravemente, fue a sacar de un armario un viejo cofrecillo de madera de nogal encerado, del que extrajo una vitela arrollada en un cilindro de boj. Reconoció la genealogía establecida por el padre de Restif de la Bretonne y transcrita por este último en la introducción de El señor Nicolás o el corazón humano develado. El trapero desenrolló la vitela y leyó enfáticamente el encabezamiento:

"Pedro Pertinax, de otro modo Restif, descende en línea directa del emperador Pertinax, sucesor de Cómodo, y al que sucedió Didio Juliano, elegido emperador porque fue bastante rico para satisfacer el precio que los soldados habían puesto al poder soberano.

"Ahora bien, el emperador Helvio Pertinax tuvo un hijo póstumo también llamado Helvio Pertinax, cuya muerte fue ordenada por Caracalla, sólo porque era hijo de un emperador. Pero un liberto que llevaba el nombre de su amo se ofreció generosamente a los asesinos, engañándolos..."

El trapero se detuvo. El orgullo chispeaba en sus ojos. Su esposa incestuosa y los niños lo admiraban. El olor a podredumbre que flotaba en la casa se hizo heroico como la hediondez de un campo de batata. Extraje mi pañuelo, me soné ruidosamente y declaré de modo perentorio:

–Compañero. ..., compadre, usted prometió dejarme ver el contenido de su canasta.

Los rostros volvieron a ser honestos; los olores, nauseabundos. Pertinax Restif arrolló la vitela en el cilindro de boj y acomodó el cofre en el armario. Inmediatamente llevó el canasto de mimbre al terreno baldío, adonde lo seguí. El botín de la mañana quedó esparcido en el suelo y examiné cada pieza, que luego pasaba a Pertinax a medida que escogía.

Allí encontré sellos postales inutilizados, sobres de cartas, cajitas de fósforos, entradas de favor para diversos teatros, una cuchara de metal sin valor, trozos de tul de ilusión arrugado, pedazos de barredoras, cintas mustias, colillas de cigarros, flores artificiales ajadas, un cuello postizo destrozado, pellejos de papas, cáscaras de naranjas y de cebollas, horquillas para el pelo, escarbadietes, madejas de hilo mezcladas con pelos, un viejo corsé al que se había pegado un gajo de limón, un ojo de vidrio, una carta estrujada que dejé aparte y que transcribo:

"Señor y querido maestro:

"Le ruego excuse mi importunidad. Pero como usted es un poco la causa de mis disgustos, he pensado que tal vez usted podría ayudarme en la emergencia.

"Hubiera preferido hablarle personalmente y no por carta, pero sé que es muy difícil acercarse a los grandes hombres.

*"Non licet omnibus adire Corinthum.*

"Y bien, señor. He sido alumno del colegio que los premonstratenses sostienen en Saint-Cloud. Era un buen alumno de segunda, pleno de eso que se llamaba espíritu de la casa. Desdichada o quizá felizmente, uno de los externos introdujo un libro de usted. Recuerdo que era su célebre novela cuyo título es un nombre latino afrancesado a lo Corneille: Brute! La acción de esa novela se desarrolla en el barrio de Saint-Germain. "Ese libro, lo reconozco y usted no ha de ignorarlo, es a veces algo cochino. Fue mi perdición, señor. Se despertó en mí el irresistible deseo de conocer toda su obra. Por medio del externo adquirí: Les Roses qu'on arrose, Les Passions de la Congaye, Le Chien amoureux y ese libro grandioso, Kolloioth. Todos ellos estaban en mi estante, en el colegio. Por ese tiempo yo escribía versos y prosa. Todos sus libros y mis escritos fueron saqueados. Sus obras figuran en el index, no lo dude usted. Mi escritos ridiculizaban las numerosas instituciones que los premonstratenses acostumbran honrar. Se llegó a la conclusión de que yo ya no era poseedor del espíritu de la casa. Los prejuicios de mis maestros prevalecieron sobre las cualidades del buen alumno que era yo. Se me echó a la calle; me expulsaron, señor, a pesar de los ruegos de mis padres, que, desde ese día, se alejaron de mí, obligándome a ganarme la vida y negándome con toda ayuda.

"Sí, querido maestro: me encuentro en una situación a la que un anglosajón se amoldaría, pero que puede mortificar a un francés de quince años.

"En esta situación recurro a usted, etc., etc."

Seguían distintas protestas de amistad, el nombre y la dirección.

\*\*

\*

Continué hurgando en las basuras. Además encontré: un peine desdentado, algunas cintas de condecoraciones cosidas a calzones; una pantalla de lámpara, desgarrada pero de buen gusto; una pipa, frascos de perfumes y de remedios, una esponja, un paquete de tarjetas transparentes no obscenas –el adquirente, engañado por un buhonero, las habría tirado por despecho–; una libreta con cuentas del mercado, hechas por alguna cocinera; un abanico roto; algunos guantes desaparejos; un cepillo de dientes; borra de café, latas de conservas aplastadas, huesos, uno de esos huevos de madera para zurcir medias y, finalmente, un extraño anillo que compré al trapero. Este anillo era de oro y tenía una

pedra blancuzca cuyo nombre ignoraba. Lo pagué. Luego, como la canasta estaba casi vacía, pues sólo quedaban en ellas algunos fragmentos de espejo y un barómetro roto del que salían todavía algunas gotas de mercurio, agradecí a Pertinax Restif y prometí volver a visitarlo. El hombre meneó la cabeza, diciendo:

–En tal caso, vuelva antes de seis meses; porque al término de ese tiempo espero haber reunido el dinero suficiente para establecerme en el sur de Francia. Iremos por etapas hasta Niza o Mónaco, pero de todos modos lo más cerca posible de Turbia.

–¿Por qué Turbia? –le pregunté.

El respondió gravemente:

–Porque ese lugar es la cuna de nuestra raza, el ilustre lugar de nacimiento de mi antepasado, el emperador romano Pertinax.

Sonreí, le deseé buena suerte y dije adiós a este hombre virtuoso. Olvidando despedirme de su familia, me alejé sin volver la cabeza.

\*\*

\*

Una vez en casa, examiné los dos hallazgos que, arrojados a dos tachos de basuras en dos lugares distintos de París, se habían reunido en el cesto de Pertinax Restif. Guardé la carta entre los diversos documentos hilarantes y conmovedores que poseo, y el anillo en el bolsillo del chaleco.

\*\*

\*

Algunos días después me encontraba en casa de unos ricos burgueses, cuando fue anunciada la llegada del senador X... y su hijo. Ese senador era pariente de la dueña de casa, y su apellido era el mismo que firmaba la carta del escolar que he transcripto. Grueso, feo, de porte arrogante, el senador X... entró con gran dignidad, empujando delante de sí a su hijo, joven desmañado que vestía el uniforme del liceo y tenía el rostro cubierto de bar ritos. Deduje que la severidad paterna se había dulcificado y que algún instituto habría admitido al jovencito expulsado por los monjes.

Al cabo de unos momentos fue anunciado el autor de Brute! y de Kolloth. Vi cómo el estudiante enrojecía. El gran escritor entró con desenvoltura y durante las presentaciones estuvo encantador; nada en su fisonomía denunciaba que pudiera tener el menor conocimiento del caso del estudiante. Me pareció que éste, por otra parte, estaba persuadido, y encantado, de que el gran hombre no hubiera recibido su carta. Rodeado y festejado por todos, el escritor narraba toda clase de historias. Contó los acontecimientos de la semana y fue una mezcla extraordinaria de juegos de palabras, recetas de cocina, consejos para la belleza, aventuras personales y anécdotas de toda suerte, con frecuencia audaces y picantes. Esta fue la última:

–Una actriz de un pequeño teatro tiene relaciones con un viejo que, supongo, es un político. Ella lo engaña con uno de mis amigos, por medio del cual conozco la historia. El viejo, enamorado y celoso hasta la locura, se cree correspondido, como es justo. Hace un tiempo debió soportar una dolorosa operación. Parece ser que la actriz no preguntó en ningún momento por la salud del enfermo y hasta hizo un viaje a Niza en la época de la operación. El viejo se sintió afectado por esta indiferencia y, cuando volvió a ver a la dama en cuestión, le hizo algunos reproches. La actriz se disculpó diciendo que ella nunca había supuesto la gravedad del caso, agregando que ella misma había sufrido diversas operaciones de los ovarios, de quistes y de apenaicitis; que ya estaba curtida por cosas así y que nunca temía por la vida de nadie cuando se enteraba que estaba en manos de un cirujano. El viejo interpretó que la indiferencia de ella no radicaba en su desamor sino en una confianza ilimitada en la ciencia. La actriz le dio, no obstante, irrefutables pruebas de amor, y, como él se creía buen mozo, no dudó que era amado, ya que era amable. Este hombre, versado en diversas y muy importantes ciencias sociales y a quien se puede considerar un hombre serio, imaginó un medio extraño y muy desagradable para conmemorar su curación: invitó a la actriz a una cena a solas en un gran restaurante. Bajo la servilleta, la actriz encontró un seductor estuche; lo abrió: no contenía más que un simplísimo anillo, con una piedra cuyo nombre ignoraba. Agradeció al viejo amante, quien le dio esta explicación: "Este anillo, mi querida niña, debe ser muy precioso. Será, para siempre, recuerdo de nuestro amor. En la parte interior está grabada la fecha en que nos conocimos, y la piedra engarzada es un cálculo de mi vejiga..."

A esta altura de la narración del gran hombre escuché un extraño jadeo cerca de mí. Comprendí que era el senador X... Pero nadie se dio cuenta, pues todos estaban pendientes de la historia. Yo mismo estaba entretenido acariciando en el bolsillo del chaleco el anillo encontrado en el cesto del virtuoso Pertinax Restif. El célebre escritor continuó:

–La actriz cerró el estuche. El incidente le había cortado el apetito y el anillo le repugnaba.

Una damita exclamó:

–¡Sin embargo, a ella le debían de haber ocurrido muchas cosas!

–Es cierto –repuso el narrador–, pero la naturaleza humana está hecha así. La actriz estaba inmunizada contra las cosas más repugnantes. Sin embargo no pudo soportar el anillo en cuestión y esa misma noche lo tiró a la basura...

Un débil grito y la caída de un cuerpo, interrumpieron al orador y nos sobresaltó. El senador X... acababa de desplomarse junto a su silla. Todos acudieron a auxiliarlo. Estaba lívido, hinchado e irremediamente muerto, como un elefante, roto el corazón.

Mentalmente rendí homenaje a esta víctima del amor. Al día siguiente, resultándome imposible conservar en mi poder ese anillo que se había transformado en reliquia, fui a una iglesia y lo dejé sobre el altar.

## Footnotes

<sup>1</sup> La muerte nos pondrá sobre el regazo divino / En su espera, vivamos entre las inmundicias. / Virtud, esa palabra sagrada, no es quizá vana. / Reunamos nuestras virtudes, esposa, hijo, hija... / ¿Dónde se puede estar mejor que en el seno de la familia?

# LA SERVILLETA DE LOS POETAS

Situado en el límite de la vida y en los confines del arte, Justin Prérogue era pintor. Vivía con su amiga y algunos poetas iban a visitarlo. Por turno, se quedaban a comer en el atelier, en cuyo techo el destino había dispuesto chinchas a manera de estrellas.

Había cuatro convidados que jamás se encontraban en la misma mesa:

David Picard, venía de Sancerre y descendía de una familia judía cristiana de las que hay tantas en la ciudad. Léonard Delaisse, tuberculoso, que escupía su vida de inspirado con mogigangas que hacían morir de risa. Georges Ostréole, de ojos inquietos, que meditaba, como antaño Hércules, entre las entidades de la encrucijada. Jaime Saint-Félix, que sabía más historias que nadie. Su cabeza podía girar sobre sus hombros, como si tuviese el cogote atornillado al cuerpo.

Y los versos de todos ellos eran admirables.

Las comidas eran interminables y la misma servilleta servía por turno a los cuatro poetas, pero ellos no lo sabían.

\*\*

\*

Esta servilleta se fue ensuciando poco a poco. Por allí había una mancha de huevo junto a una brizna de espinaca. Más allá, marcas redondeadas de bocas húmedas de vino y cinco huellas grisáceas dejadas por los dedos de una mano que se había posado. Una espina de pescado atravesaba la trama como una lanza. Un grano de arroz seco estaba pegado en un ángulo. Y las cenizas de los cigarrillos ensombrecían unas partes más que otras.

\*\*

\*

—David, tome su servilleta —decía la amiga de Justin Prérogue—. Habría que pensar en comprar servilletas —decía Justin Prérogue—; anótalo para cuando haya algún dinero.

—Su servilleta está sucia, David —decía la amiga de Justin Prérogue—. Se la cambiaré para la próxima vez porque la lavandera no vino esta semana.

—Léonard, sírvase su servilleta —decía la amiga de Justin Prérogue—. Puede usted escupir en la caja del carbón. ¡Qué sucia está su servilleta! Se la cambiaré cuando la lavandera me traiga la ropa.

—Léonard, será conveniente que haga tu retrato representándote en el momento de escupir —decía Justin Prérogue—, y me está entrando ganas de hacerte una escultura.

\*\*

\*

—Georges, me avergüenza tener que darle siempre la misma servilleta —decía la amiga de Justin Prérogue—; no entiendo qué hace mi lavandera.

—Empecemos a comer —decía Justin Prérogue.

\*\*

\*

—Jaime Saint-Félix, estoy obligada a darle otra vez la misma servilleta. No tengo otra hoy —decía la amiga de Justin Prérogue.

Y el pintor hacía girar la cabeza del poeta durante la comida, escuchando toda clase de historias.

\*\*

\*

Y pasaban las estaciones.

Los poetas usaban por turno la misma servilleta y sus poemas eran admirables.

Léonard Delaisse escupía su vida con más comicidad todavía, y David Picard también empezó a escupir.

La servilleta venenosa contaminó sucesivamente a David, a Georges Ostréole y a Jaime Saint-Félix, aunque ellos no lo sabían.

Como un inmundito trapo de hospital, la servilleta se manchó con la sangre que subía a los labios de los cuatro poetas, y las comidas eran interminables.

\*\*

\*

A comienzos del otoño, Léonard Delaisse escupió el resto de su vida.

En diferentes hospitales, sacudidos por la tos como las mujeres por la voluptuosidad, los otros tres poetas murieron con pocos días de intervalo. Y los cuatro dejaron poemas tan hermosos que parecían encantados.

Sus muertes no fueron atribuidas a la alimentación sino al hambre canina y a las vigilias líricas. Porque, ¿es acaso concebible que una sola servilleta pueda matar en tan poco tiempo a cuatro poetas incomparables?

\*\*

\*

Muertos los contertulios, la servilleta se volvió inútil. La amiga de Justin Prérogue resolvió hacerla lavar, y al desplegarla pensó: "Está verdaderamente sucia, y ya comienza a oler mal."

Ante la servilleta desplegada, la amiga de Justin Prérogue se asombró y llamó a su amigo, quien exclamó maravillado:

–¡Sí, es un verdadero milagro! Esta servilleta tan sucia que tú exhibes con complacencia presenta, gracias a la suciedad coagulada de diversos colores, los rastros de nuestro difunto amigo David Picard.

–¿No es verdad? –murmuró la amiga de Justin Prérogue.

Los dos contemplaron en silencio durante un momento la imagen milagrosa, y luego hicieron girar lentamente la servilleta.

Y palidieron, al ver aparecer el espantoso y risible espectro de Léonard Delaisse, esforzándose en escupir.

Los cuatro lados de la servilleta ofrecían el mismo prodigio. Justin Prérogue y su amiga vieron al indeciso Georges Ostréole y a Jaime Saint-Félix a punto de contar una historia.

–Deja esa servilleta –exclamó bruscamente Justin Prérogue.

El lienzo cayó, extendiéndose en el piso. Justin Prérogue y su amiga giraron largo rato a su alrededor como giran los astros en torno al sol, y esta Santa Verónica, con un cuádruple mirar, los impulsaba a huir hacia el límite del arte, a los confines de la vida.

# EL ANFIÓN FALSO MESÍAS O HISTORIAS Y AVENTURAS DEL BARÓN D'ORMESAN

## I *El guía*

Hacia unos buenos quince años que no veía a D'Ormesan, uno de mis compañeros de colegio. Sólo sabía de él que después de haber amasado una considerable fortuna que a continuación disipó, servía de guía a los turistas en París. Lo encontré un día, ante uno de los más grandes hoteles de los bulevares. Mordiendo un cigarro, esperaba pacientemente a sus clientes. Me reconoció antes que yo a él, y viendo que yo no lo recordaba registró sus bolsillos y extrajo una tarjeta que me tendió en seguida, y donde se leía:

*Barón Ignace D'Ormesan*

Lo estreché en mis brazos, y sin asombrarme de su sin duda reciente ennoblecimiento, le pregunté qué tal andaban sus asuntos y si los extranjeros rendían este año.

—¿Me toma usted por guía? —exclamó indignado—. ¿Un guía, un simple guía?

—Eso creía —farfullé—. Me habían dicho...

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! Los que le dijeron eso bromeaban. Usted me da la impresión de un hombre que preguntara a un pintor conocido si la construcción anda bien. ¡Soy un artista, querido amigo; más aún, he inventado un arte propio que soy el único en ejercer!

—¿Un arte nuevo? ¡Caramba!

—¡No se burle usted! —agregó en un tono severo—. Hablo muy en serio.

Le pedí disculpas y él continuó con modestia:

—Adoctrino en las artes, me destaco en todas; pero las carreras artísticas son enredadas. Convencido de que no lograría renombre como pintor, quemé todos mis cuadros. Renunciando a los laureles poéticos, rompí cerca de ciento cincuenta mil versos. De esta manera consolidé mi libertad estética e inventé un nuevo arte, fundado en el peripatetismo de Aristóteles. Llamé anfonía a este arte, en recuerdo del extraño poder que tenía Anfión sobre las piedras y otros diversos materiales que constituyen las ciudades. Además, aquellos que practiquen la anfonía serán llamados anfinés.

"Como todo nuevo arte necesita de una nueva Musa, y como por otra parte era yo su creador, fui, en consecuencia, su musa, y simplemente agregué al grupo de las Nueve Hermanas mi personificación femenina, bajo el nombre de baronesa d'Ormesan. Debo agregar que soy soltero y que, por lo tanto, tuve menos escrúpulos en aumentar a diez el número de Musas, en lo cual respeto, además, las leyes de mi país, relativas al sistema decimal.

"Ahora que están claramente expuestos, según creo, los orígenes históricos y los datos mitológicos de la anfonía, voy a explicársela.

"El instrumento y la materia de este arte es la ciudad, una parte de la cual se trata de recorrer, de manera que se exciten en el alma del anfión o del diletante los sentimientos que nacen ante lo bello y lo sublime, tal como lo hacen la música, la poesía, etcétera.

"Para conservar los trozos compuestos por el anfión y para poder ejecutarlos nuevamente, él los anota en el plano de una ciudad, indicando exactamente, por medio de un trazo, el camino a seguir. Esos trozos, esos poemas, esas sinfonías anfiónicas, se llaman antiopías, en memoria de Antíope, la madre de Anfión.

"En lo que a mí respecta, practico la anfonía en París.

"Vea usted esta antiopía, que compuse esta mañana. La he titulado: "Pro patria", y está destinada, como su título lo indica, a exaltar el entusiasmo y los sentimientos patrióticos.

"Partimos de la Plaza Saint-Agustín, donde se halla un cuartel y la estatua de Juana de Arco. Se sigue por la calle de la Pépinière, la de Saint-Lazare, la de Châteaulun hasta la de Laffitte, donde se puede ver el palacio de Rothschild. El regreso se hace por los bulevares hasta la Madeleine. Los grandes sentimientos se exaltan ante el edificio de la Cámara de Diputados.

"El Ministerio de Marina, ante el cual se pasa, ofrece una idea elevada de la defensa nacional, y luego subimos por la Avenida de los Champs-Élysées. La emoción llega a un punto extremo al ver erguirse la mole del Arco de Triunfo. Ante la cúpula de los Inválidos, los ojos se llenan de lágrimas. Se vuelve rápidamente a la avenida Marigny para conservar esta emoción, que retoma la cúspide delante del palacio del Eliseo.

"No le oculto que esta antiopía sería mucho más lírica, tendría mayor grandeza si se la pudiera terminar frente al palacio de un rey. Pero, ¿qué quiere usted? Hay que tomar las cosas y las ciudades como son.

—Pero. .. —dije riendo—, yo hago anfonía todos los días. Sólo se trata de un paseo...

—¡Señor Jourdain...! —exclamó el barón d'Ormesan—. Dice usted bien; usted practicaba la anfonía sin saberlo.

\*\*

\*

En ese momento salió del hotel un tropel de extranjeros. El barón se precipitó hacia «líos y les habló en su idioma; luego me llamó:

–Ya lo ve usted, soy políglota. Pero venga con nosotros. Voy a ejecutar para estos turistas una antiopía resumida, algo así como un soneto anfiónico. Es uno de los trozos que más me producen y se titula Lutèce. Gracias a ciertas licencias no poéticas, aunque sí anfónicas, me permite mostrar todo París en una media hora.

Los turistas, el barón y yo subimos al imperial de un ómnibus que hace el recorrido entre la Madeleine y la Bastille. Al pasar por delante de la Opera, el barón d'Ormesan lo anunció en voz alta, y agregó al indicar la sucursal de la Caja de Descuentos:

–El Palacio del Luxemburgo, el Senado.

Frente al Napolitano, dijo enfáticamente:

–La Academia Francesa.

Ante el edificio del Crédito Lionés, anunció el Elíseo, y continuando de esta manera, mostró, en el trayecto hasta la Bastilla, los principales museos: Notre-Dame, el Panteón, la Madeleine, las grandes tiendas, los ministerios, las residencias de nuestros hombres ilustres muertos o vivos y, por fin, todo cuanto un extranjero debe ver en París. Descendimos del ómnibus. Los turistas retribuyeron con largueza al barón d'Ormesan. Yo estaba maravillado y se lo dije. El me agradeció modestamente y nos separamos.

\*\*

\*

Pasado un tiempo recibí una carta fechada en la prisión de Fresnes. Estaba firmada por el barón d'Ormesan:

"Querido amigo –me escribía el artista–: Había compuesto una antiopía titulada: El Vellochino de oro, y la ejecuté un miércoles por la noche. Salí de Grenelle, donde vivo, en una lancha. Como usted podrá apreciarlo, era una sabia evocación de la leyenda de los argonautas. Hacia medianoche, en la rué de la Paix, rompí algunas vidrieras de joyería. Se me detuvo con bastante brutalidad, encarcelándoseme con el pretexto de haber robado diversos objetos de oro que constituían el Vellochino, objeto de mi antiopía. El juez de instrucción no entiende nada de anfonía y si usted no interviene será condenado. Usted sabe que soy un gran artista. Proclámelo y libéreme."

Como nada podía hacer por el barón d'Ormesan y, además, no me gusta tener que ver con la Justicia, no me tomé el trabajo de contestarle.

## II

### *Un bello film*

—¿Sobre qué conciencia no pesa un crimen? —preguntó el barón d'Ormesan—. Por mi parte, yo no los cuento. He cometido algunos que me produjeron no poco dinero. Y si hoy no soy millonario debo culpar más bien a mis apetitos que a mis escrúpulos.

"En 1901, fundé con algunos amigos la Cinematographic Internacional Company, a la que para abreviar llamábamos la C.I.C. Se trataba de producir filmes de gran interés y proyectarlos luego en los cinematógrafos de las principales ciudades de Europa y América. Nuestro programa estaba bien planeado. Gracias a la indiscreción de un mucamo, pudimos obtener una escena interesante: el presidente de la República en el momento de levantarse de la cama. También logramos cinematografiar el nacimiento del príncipe de Albania. Por otra parte, sobornando después a precio de oro a algunos funcionarios del Sultán, pudimos fijar para siempre la impresionante tragedia del gran visir Malek-Pacha, quien después de los desgarradores adioses a sus esposas e hijos, bebió el siniestro café, por orden de su amo, en la terraza de su residencia de Pera.

"Nos faltaba la representación de un crimen. Pero no se conoce de antemano la hora de una fechoría y es muy raro que los criminales actúen abiertamente. Desesperando de que pudiéramos procurarnos por medios lícitos el espectáculo de un atentado, decidimos organizar uno en una casa que alquilamos en Auteuil. Primeramente habíamos pensado contratar actores para mimar ese crimen que nos faltaba. Pero, además de que con ello hubiésemos engañado a nuestros futuros espectadores, dándole escenas falsas, habituados como estábamos a no cinematografiar más que la realidad, no podíamos contentarnos con un simple juego teatral, por perfecto que fuera. Se nos ocurrió entonces echar suertes para determinar quién de entre nosotros debía sacrificarse y cometer el crimen que nuestra cámara debía registrar. Pero esta perspectiva era ingrata para todos. Después de todo, constituíamos una sociedad de gentes de bien y nadie quería arriesgarse a perder el honor, así fuera con fines comerciales.

"Una noche nos ocultamos en la esquina de una calle desierta, muy cerca de la casa que habíamos alquilado. Éramos seis, todos armados con revólveres. Pasó una pareja, un hombre y una mujer jóvenes, cuyo aspecto atildado nos pareció apropiado para dar los elementos más interesantes de un crimen sensacional. Silenciosamente nos arrojamos sobre la pareja y, amarrándolos, los condujimos a la casa. Allí los dejamos al cuidado de uno de los nuestros y volvimos a nuestra emboscada. Apareció un señor de patillas blancas, vestido con traje de noche; fuimos a su encuentro y lo arrastramos a la casa, a pesar de su resistencia. Nuestros revólveres dieron razón de su coraje y de sus gritos. Nuestro fotógrafo dispuso su cámara, iluminó la escena convenientemente y se aprestó a registrar el crimen. Cuatro de los nuestros se colocaron a su lado apuntando con sus revólveres a los tres cautivos. Los jóvenes estaban desvanecidos. Los desvestí con atenciones conmovedoras: despojé a la muchacha de la falda y el corsé, dejando al joven en mangas de camisa. Luego, dirigiéndome al señor de frac, le dije:

—Señor, ni mis amigos ni yo deseamos a usted ningún mal. Pero le exigimos, bajo pena de muerte, que asesine con este puñal que pongo a sus pies, a este hombre y a esta mujer. Ante todo, usted tratará de que vuelvan en sí. Tenga cuidado de que no lo estrangulen. Y como están desarmados, no cabe duda de que usted logrará su propósito.

—Señor —repuso cortésmente el futuro asesino—: debo ceder ante la violencia. Ustedes han tomado sus decisiones y no he de intentar modificarlas, aunque su motivo no se me aparezca claramente; pero le pido una gracia, una sola: permítame cubrirme el rostro.

"Nos consultamos y resolvimos que era mejor así, tanto para él como para nosotros. Le apliqué sobre la cara un pañuelo, que previamente había perforado en el lugar de los ojos, y el infeliz comenzó su tarea.

"Golpeó al joven en las manos. Nuestro aparato fotográfico empezó a funcionar, registrando este lúgubre escena.

"Con el puñal dio unos puntazos en el brazo de su víctima. El joven se puso de pie de un salto y con una fuerza decuplicada por el espanto se echó sobre la espalda de su agresor. La joven volvió en sí de su desvanecimiento y acudió en ayuda de su amigo. Pero fue la primera en caer, herida de una puñalada en el corazón. Luego le tocó el turno al joven, que cayó, herido en la garganta. El asesino hizo las cosas bien. El pañuelo no se había movido durante la lucha, y lo retuvo todo el tiempo que la cámara funcionó.

—¿Están ustedes contentos? —nos preguntó—. ¿Puedo ahora arreglarme un poco?

"Lo felicitamos por su labor. Se lavó las manos, se peinó, se cepilló la ropa.

"Inmediatamente, la cámara se detuvo.

\*\*

\*

"El asesino esperó a que termináramos de hacer desaparecer los rastros de nuestro paso por el lugar, porque la policía no dejaría de ir allí al día siguiente. Salimos todos juntos. Se despidió de nosotros como un perfecto hombre de mundo, y se dirigió rápidamente a su club donde, seguramente, no habría de ganar esa noche una suma fabulosa, después de semejante aventura. Saludamos muy reconocidos a ese jugador y nos fuimos a acostar. Ya teníamos nuestro crimen sensacional, que provocaría un alboroto enorme, pues las víctimas eran la mujer del ministro de un pequeño estado de los Balcanes y su amante, hijo del pretendiente a la corona de un principado de Alemania del norte.

"La casa había sido alquilada bajo nombre falso, y el administrador, para evitar complicaciones, declaró reconocer al locatario en el joven príncipe. La policía estuvo atareada en el asunto durante dos meses. Los diarios publicaron ediciones especiales y, como nosotros comenzamos en ese momento nuestra gira, es de imaginar el éxito que tuvimos. La policía no sospechó ni en un instante que ofrecíamos la realidad del asesinato del día. Sin embargo, nosotros lo anunciábamos con toda claridad. El público no se engañó: nos acogió entusiastamente, y tanto en Europa como en América ganamos, al término de seis meses de exhibiciones, trescientos cuarenta y dos mil francos, que repartimos entre los miembros de nuestra asociación.

"El crimen había suscitado demasiado revuelo como para permanecer impune, y la policía terminó por detener a un levantino que no pudo presentar una coartada admisible para la noche del crimen. A pesar de sus protestas de inocencia, fue condenado a muerte y ejecutado. Tuvimos, además, mucha suerte. Nuestro fotógrafo pudo, por un feliz azar, asistir a la ejecución, con lo que nuestro espectáculo se cerraba con una nueva escena, hecha a medida para atraer a las multitudes.

"Cuando al término de diez años, por causas sobre las que no me extenderé, nuestra asociación se disolvió, yo había cobrado por mi parte más de un millón, que perdí en las carreras al año siguiente.

### III

## *Un cigarro novelesco*

"Hace de esto unos años –me dijo el barón d'Ormesan–, uno de mis amigos me obsequió una caja de habanos, asegurándome que eran de la misma calidad que aquellos sin los cuales no podía pasarse el difunto rey de Inglaterra.

"Esa noche, levantando la tapa de la caja, me complacé en respirar el aroma de esos maravillosos cigarros. Los comparé a los torpedos bien alineados de un arsenal. ¡Pacífico arsenal! ¡Torpedos que el sueño ha inventado para combatir el hastío! Luego, tomando delicadamente uno de los cigarros, comprendí que la comparación con los torpedos era desacertada. Se parecía, más bien, a un dedo de un negro, y el anillo de papel dorado contribuía a aumentar la ilusión que el hermoso color oscuro me había sugerido. Lo perforé cuidadosamente, lo encendí y comencé a aspirar, beatíficamente, aromáticas bocanadas. Al cabo de unos instantes, comencé a sentir en la boca un sabor desagradable, y el humo del cigarro me pareció que olía a papir quemado.

"El rey de Inglaterra –me dije– debe de tener, en materia de tabacos, gustos menos refinados de lo que podría creerse. Es posible, también, que el fraude, tan generalizado en nuestros días, no haya respetado siquiera el paladar ni la garganta de Eduardo VII. Todo se pierde; ya no hay manera de fumar un buen cigarro. Y con una mueca de disgusto dejé de fumar ese cigarro que, decididamente, olía a cartón quemado. Lo examiné un momento y pensé:

"Desde que los norteamericanos han puesto sus manos sobre Cuba, puede ser que la prosperidad de la isla haya aumentado, pero los habanos ya no son fumables. Estos yanquis habrán seguramente aplicado procedimientos modernos a los cultivos de tabaco; las cigarreras han sido reemplazadas por máquinas. Todo eso puede resultar económico y rápido, pero el cigarro pierde mucho. En todo caso, el que traté de fumar hace un instante me autoriza a creer que los falsificadores intervienen en esto y que los diarios viejos empapados en nicotina ocupan ahora el lugar de las hojas de tabaco en las manufacturas habaneras.

"Reflexionaba de esta manera mientras deshacía mi cigarro con el objeto de analizar los elementos que lo componían. No me sorprendió demasiado descubrir, dispuesto de manera que no impedía el tiraje, un rollito de papel que me apresuré a desenrollar. Estaba formado por una hoja de papel que protegía a un sobrecito cerrado con la siguiente dirección:

*Sen. Don José Hurtado y Barral  
Calle de los Ángeles  
Habana*

"En la hoja de papel, cuyo borde superior estaba un poco quemado, leí con estupefacción algunas líneas en español trazadas por una mano femenina:

«Encerrada contra mi voluntad en el convento de la Merced, ruego al buen cristiano a quien se le ocurra la idea de averiguar la composición de este cigarro desagradable, quiera enviar a su destino la carta adjunta.»

"Asombrado y muy conmovido, tomé mi sombrero y luego de escribir mis señas como remitente en el dorso del sobre, para que en caso de no llegar a su destinatario me fuese devuelto, fui a echarla al correo. Volví a casa y encendí un segundo cigarro. Era excelente, al igual que los restantes. Mi amigo no se había engañado. El rey de Inglaterra era un buen conocedor de tabacos de La Habana.

\*\*  
\*

"Cinco o seis meses después, cuando ya había olvidado este novelesco incidente, un día me anunciaron la visita de un negro y una negra muy atildados, que me rogaban insistentemente los recibiera, agregando que yo los conocía y que, sin duda, sus nombres no me dirían nada.

"Muy intrigado, entré en el salón donde me esperaba la exótica pareja. El caballero negro se presentó con soltura, expresándose en un francés bastante inteligible:

–Soy –me dijo– don José Hurtado y Barral...

–¡Cómo! ¡Usted! –exclamé asombrado al recordar de pronto la historia del cigarro. Aunque, debo confesado, no se me habla pasado por las mientes que el Romeo habanero y su Julieta pudieran ser negros.

"Don José Hurtado y Barral prosiguió con cortesía:

–Soy yo. Esta es mi esposa –y presentándose a su mujer, agregó–: lo es gracias a la gentileza de usted, pues sus padres, despiadados, la habían encerrado en un convento en el que las monjas fabrican cigarros destinados exclusivamente a la corte pontificia y a la de Inglaterra.

"Yo no salía de mi asombro, Hurtado y Barral continuó:

–Los dos pertenecemos a ricas familias de color, de las que hay un cierto número en Cuba. Pero, ¿lo creerá usted?, el prejuicio racial existe tanto entre los negros como entre los blancos. Los padres de mi Dolores querían, a todo precio, que ella se casara con un blanco. Sobre todo, deseaban a un yanqui por yerno, y, afectados por la firme decisión adoptada por la hija de casarse conmigo, la encerraron, dentro del mayor secreto, en el convento de la Merced.

«No sabiendo cómo volver a encontrar a Dolores, estaba desesperado y dispuesto a matarme, cuando la carta que usted tuvo la bondad de echar al correo me devolvió el ánimo. Rapté a mi novia y luego la hice mi mujer...

«Hubiésemos sido ciertamente muy ingratos, señor, de no haber elegido como meta de nuestro viaje de bodas a este París, adonde teníamos el deber de venir para darle las gracias.

»En la actualidad dirijo una de las más importantes manufacturas de cigarros de La Habana, y queriendo indemnizarle por el mal cigarro que usted fumó por culpa nuestra, le enviaré, dos veces al año, una provisión de habanos de primera selección, y sólo espero conocer su gusto de usted para ordenar el primer envío.»

"Don José había aprendido el francés en Nueva Orleans, y su mujer lo hablaba sin acento extranjero, pues había sido educada en Francia...

\*\*

\*

"Poco tiempo después, los jóvenes héroes de esta aventura novelesca regresaron a La Habana. Debo agregar que, ingrato o descontento de su matrimonio, no lo sé, don José Hurtado y Barral jamás me hizo llegar los cigarros que me había prometido.

## IV

### *La lepra*

Como alguien acababa de decir que el idioma italiano ofrece muy pocas dificultades, el barón d'Ormesan protestó con la certeza de alguien que habla una docena de lenguas europeas o asiáticas:

—¿Que el italiano no es difícil? ¡Que error!...

"Puede que sus dificultades sean poco observables, pero no por ello dejan de existir, créame; tengo experiencia al respecto. Esas dificultades fueron la causa de que casi cayese víctima de la lepra, ese terrible mal que, parecido a las dificultades de la lengua italiana, se oculta y parece haber desaparecido, mientras que, en realidad, continúa causando estragos a través de las cinco partes del mundo.

—¡La lepra!

—¿A causa del italiano?

—¡Cuéntenos usted eso?

—¡Debe ser horroroso!

Al escuchar esas exclamaciones que probaban el éxito de su paradójica declaración, el barón d'Ormesan sonrió. Le alargué la caja de cigarrillos. Eligió uno y lo encendió después de haberle sacado la etiqueta, que se colocó en el anular, siguiendo una tonta costumbre que había adquirido en Alemania. Después de haber arrojado algunas bocanadas triunfales sobre sus oyentes, comenzó a hablar con un tono de vana condescendencia:

—Hace unos doce años viajaba yo por Italia. En ese entonces era un lingüista muy ignorante; hablaba malísimamente el inglés y el alemán, y en cuanto al italiano, lo macarronizaba; es decir, me servía de palabras francesas a las que agregaba terminaciones sonoras, y usaba también palabras en latín. En una palabra, me hacía entender.

"Había recorrido a pie buena parte de la Toscana, cuando llegué una tarde, a eso de las seis, a una deliciosa aldea, donde debía pernoctar. En la única posada del lugar me dijeron que todas las habitaciones estaban tomadas por un grupo de ingleses. El posadero me aconsejó que fuese a pedir albergue al cura. Este me recibió muy bien y pareció encantado de mi idioma híbrido, que de buen grado y haciéndome un gran honor, comparó a la lengua del Sueño de Polifilo. Le repuse que me contentaba con imitar involuntariamente a Merlin Coccaie. Rió mucho, diciéndome que precisamente su nombre era Folengo, lo que pareció una casualidad bastante extraordinaria. Acto seguido me condujo a su dormitorio, que puso a mi disposición. Quise rehusar, pero de nada valió. Este digno abate Polengo entendía la hospitalidad a la usanza toscana, sin duda, porque ni siquiera insinuó la intención de cambiar las sábanas de su cama, y no pude hallar un buen pretexto para pedir al buen cura, sin ofenderlo, un par de sábanas limpias.

"Comí a solas con el cura Folengo. El menú fue tan delicado que olvidé las nefastas sábanas, entre las que me acosté hacia las diez de la noche. Me dormí en seguida. Llevaba casi un par de horas de sueño cuando fui despertado por unas voces que llegaban desde el cuarto vecino. Don Folengo hablaba con su gobernanta, la respetable señora de setenta años que nos había preparado la suculenta comida que aún estaba digiriendo. El cura hablaba animadamente. La gobernanta le respondía con voz agrídulce. Una palabra que a cada instante escuchaba durante la conversación me chocó: la lepre. Me pregunté qué motivos habría para que a esas horas estuviesen hablando de ese terrible mal: la lepra.

"Entonces evoqué la figura del abate Folengo y me pareció que estaba hinchado. Sus manos eran muy gruesas. Continuando mi razonamiento, tuve que reconocer que el sacerdote toscano era imberbe a pesar de su edad avanzada. Era demasiado. El espanto se apoderó de mí. Algunas aldeas italianas, al igual que ciertos pueblitos franceses, son verdaderos semilleros de lepra. Y ahora estaba seguro: don Folengo era leproso. Yo estaba acostado en el lecho de un leproso. Las sábanas no habían sido siquiera cambiadas. En ese momento las voces callaron. Poco después se oyeron los ronquidos del sacerdote en la pieza vecina. Escuché crujir los peldaños de una escalera de madera: la gobernanta subía a su bohardilla a acostarse. Mi terror crecía. Pensaba que los médicos aún no se han puesto de acuerdo a propósito del contagio de la lepra. Esos pensamientos no eran los más apropiados para tranquilizarme. Me decía que el abate me había ofrecido su lecho como acto de caridad y que, durante la noche, se percató de que de esa manera podía transmitirme su mal. De eso habría estado hablando con su gobernanta y, sin duda, antes de dormirse rogaría a Dios para que su imprudencia no tuviese una consecuencia desgraciada. Me levanté bañado en sudor frío y me acerqué a la ventana.

"El reloj de la iglesia dio la media noche. No pude más y, fatigado, me senté en el piso y me dormí apoyado contra la pared. El frescor de la mañana me despertó a eso de las cuatro: estornudé unas treinta veces y temblaba al mirar el lecho fatal. Despertado por mis estornudos, el abate Folengo entró en la habitación:

—¿Qué hace usted en camisa, contra la ventana? —me preguntó—. Me parece, mi querido huésped, que estaría usted mejor en esa cama.

"Miré al cura. Su tez era rosada; era grueso, pero su salud, debo confesarlo, parecía floreciente.

—Señor — le dije—; usted sabe que el clima de París y aun el de la Ile-de-France es poco favorable para el desarrollo de la lepra. Ese clima tiene, incluso, la saludable propiedad de hacer retrogradar ese mal. Muchos leprosos asiáticos o de Colombia, en América, donde esa enfermedad es muy frecuente, sólo piensan en redondear cierta suma de dinero

que les permita vivir dos o tres años en París. Habiéndose atenuado la lepra durante ese tiempo, vuelven a sus países para amasar una nueva fortuna que les permita pasar otra temporada a orillas del Sena.

—¿Adonde quiere usted ir a parar? —me preguntó el padre Folengo—. Habla usted, si no me equivoco, de la lepra, la lebbra, esa terrible enfermedad que hizo tantos estragos durante la Edad Media.

—No son menores los que causa actualmente —le respondí, mirándolo severamente—, y en cuanto a los sacerdotes que la padecen, creo que estarían mejor en los lazaretos de Honolulu o en otras leproserías asiáticas. Allí podrían cuidar de sus compañeros de infortunio...

—Pero, ¿por qué me habla usted de esas cosas horribles a hora tan temprana? —replicó el abate Folengo—. No son todavía las cinco; el sol apenas si apunta en el horizonte. La aurora que colorea el cielo de púrpura no me parece hecha para inspirar tan fúnebres pensamientos.

—Confíeselo ya signor abate —exclamé—: es usted leproso; se lo escuché decir anoche...

"Don Folengo parecía estupefacto y aterrado:

—Señor francés —me dijo—: se engaña usted; no soy leproso, y me pregunto cómo pudo ocurrírsele idea tan desoladora.

—No, signar abate —precisé—: lo escuché a usted anoche. Hablaba de la lepra con su gobernanta en la pieza vecina.

"El abate Folengo estalló en una carcajada:

—Ustedes los franceses —dijo riendo hasta las lágrimas—, no pueden venir a Italia sin que les ocurra una historia por el estilo, por ejemplo, vuestro Paul-Louis Courier, que cuenta algo muy parecido en una de sus cartas... Lepre significa liebre en italiano. Está abierta la temporada de caza, y uno de mis fieles me ha traído estos últimos días una liebre soberbia. De ello hablaba anoche con mi gobernanta, pues me parece que ya está a punto. Nos será servida hoy mismo, a mediodía. Se regalará usted con ella y se felicitará de haber aumentado sus conocimientos lingüísticos al precio de una mala noche.

"Me sentí confundido. Pero la liebre me pareció deliciosa. Es que las peores cosas, hasta la misma lépre, pueden resultar excelentes, siempre y cuando se sepa acomodarlas y acomodarse uno a ellas.

## V

### *Cox-City*

El barón d'Ormesan llevóse rápidamente la mano a la cicatriz que yo acababa de descubrir en su cabeza, y se arregló el pelo para disimularla.

—Debo estar siempre muy bien peinado —me dijo—, de lo contrario se nota claramente esta maldita mancha morada del cuero cabelludo, que da la impresión que padezco peladera... Esta cicatriz no es reciente. Data de una época en que fui fundador de una ciudad ... Hace de esto unos quince años, y ocurrió en la Columbia Británica, en el Canadá... ¡Cox City!... Una ciudad de cinco mil almas... Su nombre de Cox le venía de Chislam Cox, un tipo intrépido, mitad hombre de ciencia, mitad aventurero, que provocó un verdadero rush en esa parte de las Montañas Rocosas, vírgenes a la sazón, y donde todavía hoy se encuentra Cox City.

"Los mineros habían sido reclutados aquí y allá: en Québec, en Manitoba, en Nueva York. Fue en esta última ciudad donde me topé con Chislam Cox.

"Estaba allí desde hacía alrededor de seis meses, pero, en resumidas cuentas, debo confesar que no ganaba un centavo y me moría de aburrimiento.

"No vivía solo; me acompañaba una alemana muy bonita, cuyos encantos tenían éxito... Nos habíamos conocido en Hamburgo y yo me había convertido en su manager, por así decir. Se llamaba Marie-Sybill, o Marizibil, para hablar como la gente de Colonia, su ciudad natal.

"¿Será necesario agregar que ella me amaba con locura? Por mi parte, yo no era nada celoso. No obstante, esta vida de haraganería me pesaba más de lo que usted pudiera creer; no tengo alma de rufián. Pero en vano procuraba emplear mis talentos en trabajar...

"Un día, en un salón, me dejé embaucar por Chislam Cox, que, apoyado en el bar, hablaba en voz alta y exhortaba a los parroquianos a seguirlo a la Columbia Británica, donde él conocía un lugar donde el oro abundaba.

"En su discurso se entremezclaban Cristo, Darwin, el Banco de Inglaterra y, Dios me condene si sé por qué, la papisa Juana. Este Chislam Cox era muy convincente. Me enrolé en sus filas juntamente con Marizibil, que no quería abandonarme, y partimos.

"No llevé conmigo nada emparentado con el equipo de un marinero, sino vajilla de bar y muchos alcoholes: whisky, gin, rum, etc., manteles y balanzas de precisión.

"Nuestro viaje fue bastante penoso, pero una vez llegados al lugar donde Chislam Cox quería conducirnos levantamos una ciudad de madera que fue bautizada con el nombre de Cox-City en honor de quien nos guiaba.

"Inauguré mi despacho de bebidas, que en seguida fue muy frecuentado. El oro era, en efecto, abundante, y yo mismo negociaba con él.

"Muchos de los mineros eran franceses o canadienses franceses; también habla alemanes e individuos de habla inglesa. Pero el elemento francés predominaba. Más adelante llegaron mestizos franceses de Manitoba y un gran número de piemonteses. También vinieron algunos chinos. De manera que, al cabo de algunos meses, Cox-City contaba con cerca de cinco mil habitantes, de los cuales sólo diez eran mujeres. .. En esta ciudad cosmopolita me había hecho de una posición envidiable. Mi salón estaba en situación floreciente. Lo había bautizado Café de París, y ese nombre lisonjaba a todos los habitantes de Cox-City.

\*\*

\*

"Los grandes fríos se hicieron sentir. Era terrible. Cincuenta grados bajo cero constituyen una temperatura inaguantable. Entonces se advirtió con terror que Cox-City contaba con provisiones insuficientes para pasar el invierno. No había comunicaciones posibles con el resto del mundo. Era la muerte como perspectiva inmediata. Prontamente se agotaron las provisiones y Chislam Cox dio una conmovedora proclama en la que nos hacía conocer todo lo espantoso de nuestra situación.

"Nos pedía perdón por habernos llevado a la muerte, pero a pesar de su desesperación, encontraba medios para hablar de Herbert Spencer y del falso Smerdis. El final del memorial era algo espantoso: Cox invitaba al pueblo a reunirse a la mañana siguiente en la plaza que se había tenido el buen cuidado de dejar en el centro de la ciudad. Todo el mundo debía llevar su revólver y suicidarse, a una señal, para escapar a los horrores del frío y del hambre.

"Nadie protestó. En general, la solución pareció elegante, y hasta Marizibil, en lugar de lloriquear, me dijo que sería feliz de morir conmigo. Distribuimos el alcohol que quedaba, y a la mañana siguiente nos dirigimos del brazo a la plaza mortuoria.

"Así viviera cien mil años, jamás olvidaré el espectáculo de esa multitud de cinco mil personas abrigadas con mantas y colchas. Cada uno tenía un revólver en la mano y se oía el castañeteo de los dientes. .. ¡Se lo juro!

"Chislam Cox, subido a un tonel, presidía la reunión. De repente, se llevó el revólver a la frente y disparó. Fue la señal: mientras Chislam Cox caía de su tonel, todos los habitantes de Cox-City, entre los que me hallaba, nos hacíamos saltar la tapa de los sesos ¡Qué horroroso recuerdo! ¡Qué tema de meditación el de esta unanimidad en el suicidio! ¡Pero

qué frío terrible hacía...!

"Yo no estaba muerto sino aturdido, y pronto me incorporé. Una herida, o más bien un rasguño, que me provocaba mucho dolor, y cuya cicatriz llevaré hasta el fin de mis días, me recordaba que había tratado de suicidarme. ¿Por qué estaba solo?

—¡Marizibil! —llamé.

"Nadie me respondió. Los ojos desencajados, temblando de frío, permanecí largo rato atontado, mirando a esos muertos que mostraban, todos, una herida voluntaria en la frente.

"Después sentí un hambre terrible que me torturaba el estómago. Los víveres se habían agotado. No encontré nada en las casas que registré. Enloquecido y titubeante, me arrojé sobre un cadáver y le devoré el rostro. La carne estaba todavía tibia. Me saqué sin ningún remordimiento. Luego comencé a pasearme por la necrópolis pensando en los medios de salir de allí; Me armé; me abrigué cuidadosamente; cargué la mayor cantidad de oro que podía transportar. De pronto sentí inquietud por la alimentación. El cuerpo de las mujeres es más rico en grasas; su carne más tierna. Busqué una y le corté las dos piernas. Ese trabajo me llevó de dos horas. Pero logré dos jamones que me colgué al cuello mediante dos correas. En ese instante me di cuenta de que había cortado las piernas a Marizibil. Mi alma de antropófago apenas se conmovió. Sobre todo, deseaba irme.

"Me puse en marcha y, por milagro, encontré un campamento de leñadores, justamente el día que mis provisiones se habían terminado.

"La herida que me había hecho en la cabeza curó rápidamente. Pero la cicatriz que oculto con mis dedos me recuerda sin cesar a Cox-City, la necrópolis boreal, y sus habitantes helados, que el frío conserva en la forma que cayeron —armados y heridos—, con los bolsillos llenos del oro inútil por el que murieron.

## VI

### *Tacto a distancia*

Los diarios han relatado la extraordinaria historia de Aldavid, a quien numerosas comunidades judías de las cinco partes del mundo tomaron por el Mesías, y que murió a consecuencia de circunstancias que parecieron inexplicables.

He estado ligado de la manera más trágica a estos hechos, y siento la necesidad de librarme de un secreto que me ahoga.

Una mañana, al desplegar el diario, mis ojos se fijaron en la siguiente información fechada en Colonia:

"Las comunidades israelitas de la orilla derecha del Rin, entre Ehrenbreitstein y Beuel, se hallan en efervescencia. En el seno de unas de ellas, en Dollendorf, se encontraría el Mesías, quien, por medio de numerosos milagros, habría dado muestras de su potestad.

"El ruido que se hace alrededor de este asunto no ha dejado de inquietar al gobierno provincial, que, temeroso de la exaltación de los espíritus, habría tomado medidas para reprimir los desórdenes.

"Por otra parte, no se duda en otras esferas, de que ese Mesías, cuyo apellido se supone es Aldavid, sea un impostor. El doctor Frohmann, el sabio etnólogo danés que en estos momentos es huésped de la Universidad de Bonn, ha viajado por curiosidad a Dollendorf y afirma que Aldavid no es judío como él pretende ser, sino más bien un francés oriundo de Saboya, lugar donde con mayor pureza se conserva la raza de los allobrages. Sea lo que fuere, de buen grado las autoridades habrían expulsado a Aldavid si ello hubiera sido posible.

"Pero ocurre que este hombre a quien los judíos renanos llaman ahora el Salvador de Israel, desaparece como por encanto cuando se lo propone. De ordinario aparece frente a la sinagoga de Dollendorf, predicando la restauración del reino de Judea con términos impetuosos e inflamados, que no dejan de recordar la ruda elocuencia de Ezequiel. Pasa allí tres o cuatro horas al día, y desaparece por la tarde sin que nadie pueda saber qué se ha hecho de él. En suma, que por el momento se ignora tanto su domicilio como el lugar donde come. Se espera que dentro de poco ese falso profeta será desenmascarado y que sus artes de charlatán no engañarán más, ni a las autoridades ni a los judíos renanos. Superado su engaño, estos últimos terminarán por exigir ellos mismos que se les libere de un aventurero, cuyas falaces palabras, dándole una lamentable arrogancia ante el resto de la población, podría fácilmente provocar una explosión de antisemitismo, cuyas víctimas difícilmente podrían lamentar aun las gentes sensatas. Agreguemos que Aldavid habla perfectamente el alemán. Parece estar al corriente de las costumbres de los judíos y conoce su jerga."

\*\*

\*

Esta información, que en su oportunidad excitó vivamente la curiosidad del público, me incitó, no sé por qué, a lamentar la ausencia del barón d'Ormesan, del que no tenía noticias desde hacía cerca de dos años.

"He aquí un asunto digno de excitar la imaginación del barón –me decía–. El tendría, sin duda, unas cuantas historias de falsos Mesías para contarme."

Y olvidando la sinagoga de Dollendorf, pensé en este amigo desaparecido, cuyos hábitos e imaginación no dejaban de ser inquietantes, pero por quien yo sentía, a pesar de todo, un vivo interés. El efecto que me uniera a él cuando éramos compañeros de clase en el colegio y se llamaba simplemente Dormesan, los numerosos reencuentros en los que me había dado ocasión de apreciar su singular carácter, su falta de escrúpulos, una cierta erudición desordenada y una gracia de espíritu muy agradable, eran la causa de que yo experimentase, algunas veces, algo así como un deseo de volver a verlo.

\*\*

\*

Al día siguiente, los diarios contenían informaciones aún más sensacionales que las de la víspera sobre los hechos de Dollendorf.

Algunos despachos fechados en Francfort, Maguncia, Leipzig, Estrasburgo, Hamburgo y Berlín, anunciaban simultáneamente la presencia de Aldavid.

Como en Dollendorf, había aparecido ante una sinagoga; la principal de cada ciudad.

La noticia se difundió rápidamente; los judíos acudieron y el Mesías había predicado en todas partes en idénticos términos, según el testimonio de los despachos insertados en los diarios. En Berlín, a eso de las cinco de la tarde, la policía intentó detenerlo. La multitud judía se opuso a ello, profiriendo gritos y lamentaciones, llegando inclusive a actos de violencia que provocaron muchos arrestos.

Entretanto, Aldavid había desaparecido como por milagro...

Estas noticias me impresionaron, pero no más que ese público que se apasionaba por Aldavid. Durante el día se sucedieron las ediciones especiales de los diarios, para anunciar la aparición (ya no se decía la presencia) del Mesías en Praga, Cracovia, Amsterdam, Viena, Livorno y aun en Roma.

En todas partes, la emoción llegaba al colmo y los gobiernos, como se recordará, convocaron a sus consejos para tomar decisiones que fueron mantenidas en secreto, pues todas llegaban a la conclusión de que, siendo el poder de

Aldavid, al parecer, de orden sobrenatural o por lo menos inexplicable por los medios de que dispone la ciencia, valía más esperar, sin intervenir, los acontecimientos que la fuerza pública no parecía capaz de impedir.

\*\*

\*

Al día siguiente, los despachos diplomáticos intercambiados entre los gabinetes de los gobiernos interesados dieron por resultado la detención de los principales banqueros judíos de cada nación.

Esta medida se imponía. En efecto, si tal como se suponía, la prédica de Aldavid tenía por resultado el éxodo de los judíos a Palestina, se podía descontar también el éxodo de los capitales de todos los países hacia el mismo destino y se imponía evitar los desastres financieros que provocara este hecho. Por otra parte, se pensaba con razón que este Mesías, cuya ubicuidad si no los milagros que se le adjudicaban, parecía incontestable, podía muy bien mediante métodos sobrenaturales, alimentar el presupuesto del nuevo reino de Judea cuando fuese necesario. Y los banqueros judíos, tratados con muchas consideraciones, fueron puestos en prisión, lo que no dejó de ocasionar muchos desastres financieros; pánico en las Bolsas, quiebras y suicidios.

Durante este tiempo, la ubicuidad de Aldavid se manifestaba en Francia: en Nimes, Aviñón, Burdeos, Sancerre; y el Viernes Santo, aquel que Israel aclamaba como la Estrella que debía nacer de Jacob, y que los cristianos solo llamaban anticristo, apareció en París, a las tres de la tarde, ante la sinagoga de la calle Victoria.

\*\*

\*

Todo el mundo esperaba este acontecimiento; desde hacía varios días los judíos creyentes de París se agolpaban frente a la sinagoga de la calle de la Victoria y hasta en las calles vecinas. Las ventanas de los edificios próximos a la sinagoga fueron alquilados a precio de oro por los israelitas que querían ver al Mesías.

Cuando apareció, se elevó un intenso clamor que se escuchó desde las alturas de Montmartre y desde la plaza de la Estrella. En ese momento me encontraba en los Bulevares y, con la multitud me precipité hacia la calzada de Antoin, aunque me fue imposible ir por ella hasta más allá de la calle Lafayette, donde se había instalado un cordón de agentes y guardias a caballo.

Solo por los diarios de la tarde pude enterarme del imprevisto acontecimiento que se había producido durante esa aparición.

Desde que no limitaba sus prédicas a los países de lengua alemana Aldavid hablaba menos. Sus nuevas apariciones duraban tanto como las de los primeros tiempos, pero callaba frecuentemente para orar en voz baja y luego retomaba su prédica, siempre en la lengua de la gente del lugar en que se encontraba. Ese dominio de los idiomas, que hacía de su vida una Pentecostés cotidiana, no era menos sorprendente que su don de ubicuidad y su facultad de desaparecer a voluntad.

Durante uno de los breves momentos en que el Mesías parecía rogar en voz baja ante los judíos prosternados y silenciosos, se dejó oír una potente voz que partía de una de las ventanas frente a la sinagoga. Al levantar la cabeza, los asistentes vieron a un monje de rostro calmo e inspirado. Su mano izquierda extendida presentaba un crucifijo a Aldavid, en tanto que con la derecha agitaba un hisopo cuyas gotas de agua bendita alcanzaron al hombre prodigioso. Al mismo tiempo, el monje pronunció la fórmula católica del exorcismo, pero su efecto fue nulo. Aldavid ni siquiera levantó los ojos hacia el exorcista, quien ahora de rodillas y la vista fija en el cielo besó el crucifijo y permaneció largo rato orando frente a aquel de quien aun no había salido el demonio Legión y que, si era el anticristo, parecía tan seguro de sí mismo que ni siquiera un exorcismo había podido turbar en su oración. El efecto de esta escena fue inmenso y los judíos desdeñosos y triunfales, se guardaron de toda injuria, de toda burla a expensas del monje. Sus ojos ardientes miraban al Mesías; sus corazones exultaban, y mujeres, niños y viejos, tomándose de las manos en apretadas filas, se pusieron a bailar, como en otro tiempo lo hiciera David ante el arca, "Hosannas" e himnos de alegría.

\*\*

\*

El sábado santo, Aldavid volvió a aparecer en la calle de la Victoria y en las otras ciudades donde ya se había mostrado. Su presencia se anunció en muchas grandes ciudades de América, en Australia, Túnez, Argelia, Constantinopla, Salónica y Jerusalén, la Ciudad Santa. Se notó igualmente la actividad de un gran número de judíos que apresuraban su partida hacia Palestina.

Por todas partes la emoción llegaba al máximo. Hasta los espíritus más escépticos se rendían ante la evidencia, confesando que Aldavid era ese Mesías que los profecías prometieron a los judíos. Los católicos esperaban con ansiedad que Roma se pronunciase sobre estos hechos, pero el Vaticano parecía ignorar lo que ocurría, y el propio Papa, en la encíclica Misericordiam, sobre los armamentos, publicada en esa época, no hizo alusión al Mesías que se mostraba diariamente tanto en Roma como en otras partes...

\*\*

\*

El día de Pascua estaba sentado ante mi escritorio leyendo con atención los telegramas que relataban los sucesos de la víspera, las palabras de Aldavid, el éxodo de los judíos, entre los cuales los más pobres marchaban a pie, en grupos, hacia Palestina.

De pronto escuché pronunciar mi nombre en voz alta; al levantar la cabeza vi ante mí al barón de Dormesan en persona.

–¡Usted aquí! –exclamé–. No esperaba volver a verlo... Ha estado usted ausente por lo menos dos años... Pero, ¿cómo ha entrado? Sin duda he dejado la puerta abierta.

Me levanté y fui a estrecharle la mano.

–Siéntese usted –le dije–. Cuénteme sus aventuras, pues no tengo la menor duda que le habrán ocurrido cosas extraordinarias desde que no lo veo.

–Voy a satisfacer su curiosidad –me respondió–. Pero permítame que permanezca de pie, apoyado en la pared; no tengo deseos de sentarme.

–Como usted guste, pero ante todo dígame de dónde viene, alma en pena.

Me respondió sonriente:

–Haría mejor en preguntarme dónde estoy.

–Pues, en mi casa, ¡caramba! –repliqué con tono impaciente–. No ha cambiado usted nada, ¡siempre tan misterioso! Al grano; sin duda esto forma parte de su relato. Y bien ¿dónde está usted?

–Estoy, desde hace cerca de tres meses, en Australia, en una pequeña localidad de Queensland y allí me encuentro muy bien; sin embargo, no tardaré en embarcar para el viejo Mundo adonde me llaman importantes asuntos.

Lo miré algo asustado. –Usted me asombra –le dije–, a pesar de que me ha acostumbrado a tantas extravagancias suyas; quisiera creer lo que me dice, pero le ruego que me explique. Usted está en mi casa y pretende estar a la vez en Queensland, en Australia. Confíese que tengo motivos para no comprender.

Sonriendo continuó:

–Ciertamente, estoy en Australia, cosa que no impide que usted me vea aquí, al igual que en este instante puedan verme en Roma, Berlín, Livorno, Praga y en tantas otras ciudades, que su enumeración sería fastidiosa...

–¡Usted! –exclamé interrumpiéndolo–. Entonces, ¿usted es Aldavid?

–El mismo –repuso el barón d'Ormesan–. Y espero que ahora no dudará de mis palabras.

Fui hacia él, lo palpé, lo miré; estaba realmente allí, apoyado en la pared frente a mí; no se podía dudar. Me senté en un sillón y contemplé ávidamente a este hombre sorprendente que, varias veces condenado por robo, impune autor de resonantes asesinatos, era también y de manera innegable, el más milagroso de los mortales. No osé decir una palabra y por fin él rompió el silencio:

–Sí –dijo–: soy Aldavid, el Mesías prometido, el próximo rey de Judea.

–Usted me trastorna –protesté explíqueme cómo ha podido realizar esos prodigios que mantienen en suspenso la atención del universo.

Dudó un instante; luego se decidió a hablar:

–La ciencia es la causa de los pretendidos milagros que he realizado. Es usted el único ante quien me atrevo a franquearme, pues lo conozco desde hace mucho tiempo y sé que no me traicionará, y además, necesito un confidente... Usted sabe mi verdadero nombre, Dormesan, y conoce algunos de los crímenes artísticos que constituyen la alegría de mi vida. Poseo una cultura científica tan vasta como mi cultura literaria, lo que no es poco decir, puesto que, conociendo a fondo un gran número de idiomas, estoy al corriente de todas las grandes literaturas antiguas y modernas. Todo eso me ha servido. He tenido altibajos, es cierto, pero una sola de las fortunas por mí forjadas y disipadas, sea en el juego, sea en prodigalidades de toda clase, formaría una suma respetable, inclusive en América. .. Como quiera que sea hace cuatro años me cayó del cielo, por así decir, una pequeña herencia de aproximadamente doscientos mil francos, y consagré este dinero a experiencias científicas: me dediqué a investigaciones en materia de telegrafía y telefonía sin hilos, transmisión de imágenes fotográficas, fotografía en colores y en relieve, cinematografía, fonografía, etc.

Esos trabajos me llevaron a preocuparme por un tema descuidado por los sabios que se ocuparon de estos apasionantes problemas, quiero decir el tacto a la distancia. Y terminé por descubrir los principios de esta nueva ciencia.

Así como la voz puede ser transmitida de un punto a otro muy alejado, también la apariencia de un cuerpo y las propiedades de resistencia por las que un ciego puede tener noción de ese cuerpo, pueden ser transmitidas sin que sea necesario que nada ligue al "ubicuista" con los cuerpos que proyecta.

Debo agregar que el nuevo cuerpo conserva la plenitud de las facultades humanas, dentro de los límites en que son ejercidas ante el aparato por el verdadero cuerpo.

Los relatos milagrosos, los cuentos populares que conceden a ciertos personajes el don de ubicuidad, demuestran que otros hombres antes que yo se han planteado la cuestión del tacto a distancia; sin embargo, no eran más que ensañaciones sin importancia.

Me estaba reservado a mí resolver el problema científicamente.

Por supuesto, dejo de lado los fenómenos o pretendidos mediúmnicos relativos al desdoblamiento de los cuerpos. Esos fenómenos mal conocidos nada tienen que ver, por lo que sé, con las búsquedas que he realizado con éxito.

Después de muchas experiencias logré construir dos aparatos, uno de los cuales conservaba conmigo, colocando el otro en un árbol situado al borde de un sendero del parque Montsouris. Mi experiencia tuvo un éxito rotundo; accionando el aparato transmisor que tantos cuidados me había costado y que siempre llevo conmigo, podía, sin abandonar el lugar en que me encontraba en realidad, aparecer simultáneamente en el parque Montsouris; y si no podía pasarme, al menos podía ver, hablar, tocar y ser tocado en ambos sitios a la vez. Más tarde, instalé otro de mis aparatos

receptores en un árbol de los Champs Elysées y pude comprobar con alegría que también podía aparecer en tres lugares distintos a la vez. A partir de ese momento el mundo era mío. Hubiera podido sacar un provecho inmenso de mi invento; pero preferí guardarlos para mi uso exclusivo.

Mis aparatos receptores son pequeños, tienen un aspecto insignificante y todavía no ha ocurrido que alguien los retirara de los lugares donde los he dejado. Hace dos años coloqué uno en su casa, mi querido amigo, y usted nunca lo advirtió; pero esta es la primera vez que me sirvo de él.

–Es verdad –respondí– nunca lo he "visto".

–Estos aparatos –continuó– tienen simplemente el aspecto de un clavo. Durante dos años he viajado colocando receptores en el frente de las sinagogas. Mi deseo es transformarme, del simple barón en que yo mismo me había constituido, en rey Pero no podía esperar salir airoso de la empresa sino restaurando el reino de Judea, acontecimiento que aguardan desde hace tanto tiempo los judíos.

Recorrí las cinco partes del Mundo, manteniéndome sin embargo, merced a mi ubicuidad, en contacto con mi casa de París, con mi mujer a quien amo y que me ama, que de haber viajado conmigo, me, hubiera incomodado.

Pero ¡vea usted el lado práctico de esta Invención!; mi amante, una mujer encantadora y casada, jamás ha estado al corriente de mis viajes. Hasta ignora que me alejé de París, pues los miércoles de cada semana, cuando viene a mi casa ávida de caricias, me encuentra en el lecho provisto de uno de mis aparatos. Y es así que desde Chicago, Jerusalén y Melbourne, he podido hacerle a mi amante en París, tres niños que, ¡ay!, no llevarán mi nombre.

–Tenga usted misericordia –le dije–. El verdadero Mesías perdonó a la mujer adúltera.

No prestó atención a mis palabras, y continuó:

–Por lo demás, usted conoce los acontecimientos tan bien como yo.

–Los conozco, sí –repliqué"–; y lo juzgo a usted severamente. No creo que tenga usted las cualidades propias de un fundador de imperio; y menos aún las de un buen monarca Su vida de criminal lo condena y sus extravagancias le harían un día llevar a la ruina a su pueblo. Hombre de ciencia y hábil en las artes, a pesar de sus crímenes, usted merece la indulgencia y quizás también la admiración de la gente instruida y de buen sentido. Pero no tiene derecho a ser rey; no sabría promulgar leyes justas y sus súbditos solo serían juguetes de sus caprichos. Renuncié a ese sueño insensato, a ese trono del que es usted digno. Esa pobre gente va a pie por los caminos, creyéndolo a usted un personaje sagrado que reconstruirá el Templo de Jerusalén. Muchos son los que han muerto en el camino por culpa del miserable impostor que es usted. ¡Renuncie a seguir llamándose más tiempo ese Mesías que no es, o lo denunciaré!

–Lo tomarán por un loco –me dijo burlándose, el falso Mesías–. ¿Me cree usted lo bastante tonto como haberle dado los datos suficientes que le permitieran defraudarme y destruir mi aparato. ¡Desengañese usted!

La cólera me encgueció; ya no sabía exactamente lo que hacía. Tomé de encima de la mesa un revólver que estaba siempre allí y descargué las seis balas contra el falso cuerpo aparente y sólido del falso Mesías, que se desplomó lanzando un grito. Me precipité hacia él: el cuerpo estaba allí; yo acababa de matar a mi amigo Dormesan, criminal, pero agradable compañero. No supe qué hacer.

–Me ha engañado –pensé–; era una farsa. Llegó aquí de improviso, entró sin que lo oyese, pues la puerta estaba ciertamente abierta. Se ha burlado de mí haciéndose pasar por Aldavid; era fantástico y encantador. Me he dejado engañar y lo maté... ¡Ay! ¿Qué será de mí?

Y durante un rato estuve meditando junto al cuerpo ensangrentado de mi amigo...

De súbito, un extraordinario rumor me sobresaltó. Una nueva aparición de Aldavid –pensé"–. Quizás anuncia su coronación. ¡Y yo que pude haberlo matado a él y tener todavía a mi lado a mi amigo d'Ormesan!

Abrí la ventana para saber qué nuevo milagro habría realizado el prodigioso taumaturgo, y vi una nube de vendedores de diarios que, a pesar de las ordenanzas policiales que prohibían las informaciones sobre el asunto, voceaban mientras corrían a toda velocidad:

–La muerte del Mesías, curiosos detalles sobre su final repentino.

Se me heló la sangre en las venas y caí desvanecido.

\*\*

\*

Desperté alrededor de la una de la mañana, temblando al tocar a mi lado el cadáver.

Me levanté rápidamente; luego, reuniendo todas mis fuerzas, alcé el cuerpo muerto y lo arrojé por la ventana.

Pasé el resto de la noche borrando las manchas de sangre que se extendían por el piso; salí después a comprar los diarios, en los que leí lo que todo el mundo sabe; la súbita muerte de Aldavid, acaecida en ochocientas cuarenta ciudades situadas en las cinco partes del mundo.

Aquel a quien llamaban el Mesías, parecía dedicado a la plegaria desde hacia más de una hora, cuando de pronto lanzó un grito, en tanto que seis agujeros similares a los que hacen las balas de revólver aparecieron en su cuerpo, a la altura del corazón. En todas partes se desplomó de pronto, y a pesar de los cuidados que en todas partes le fueron prodigados, en todas partes había muerto.

Esta profusión de cuerpos pertenecientes al mismo hombre –exactamente ochocientas cuarenta y uno, pues por un singular fenómeno se había encontrado dos de sus cuerpos en París– no asombró extraordinariamente al público, al que Aldavid había dado muchos otros motivos de asombro.

En todas partes los judíos le hicieron funerales imponentes. Apenas podían creer en su muerte, y aseguraban que resucitaría. Pero vanamente esperaron este acontecimiento, y la restauración del Reino de Judea fue diferida para otra oportunidad.

\*\*

\*

Observé atentamente la pared contra la que Dormesan se me había aparecido. Encontré en ella un clavo, pero tan parecido a los otros con los que lo comparé, que me pareció imposible que ese fuera uno de sus artefactos.

Por otra parte, ¿no me había dicho él mismo que me ocultaba las particularidades esenciales de los aparatos que utilizaba para hacer aparecer los cuerpos fingidos, gracias a su descubrimiento de las leyes del tacto a la distancia?

Es así que soy incapaz de dar la menor información concerniente a la prodigiosa invención de ese barón d'Ormesan, cuyas aventuras, sorprendentes o divertidas, han hecho durante mucho tiempo mis delicias.